



6 COMEDIAS SERIAS

—

Rafael Bruza

SEIS COMEDIAS SERIAS

—

Rafael Bruza

EL PAÍS TEATRAL

 EDITORIAL

Bruza, Rafael

Seis comedias serias / Rafael Bruza ; prólogo de Carlos Fos. - 1a ed. -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Inteatro, 2019.

176 p. ; 22 x 15 cm. - (El país teatral)

ISBN 978-987-3811-50-0

I. Antología de Obras de Teatro. I. Fos, Carlos, prolog. II. Título.
CDD A862

Ejemplar de distribución gratuita
Prohibida su venta

Foto de tapa: Paco Fernández, para producción de "La denuncia".

Consejo Editorial

Armando Dieringer

Nerina Dip

Carlos Pacheco

Equipo Editorial

Carlos Pacheco

Graciela Holfeltz

Germán Frers

Laura Occhiuzzi (Corrección)

Mariana Rovito (Diagramación)

Patricia Ianigro (Distribución)

© Inteatro, editorial del Instituto Nacional del Teatro

ISBN 978-987-3811-50-0

Impreso en la Argentina – Printed in Argentina.
Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723.
Reservados todos los derechos.

Impreso en Buenos Aires, enero de 2019
Primera edición: 2.500 ejemplares

PRÓLOGO

—

Carlos Fos

BRUZA O LA NECESIDAD DEL ACONTECIMIENTO TEATRAL FESTIVO

Cuando comencé a garabatear estas palabras no pensé en escribir un estudio preliminar de las obras de Rafael Bruza ancladas en este volumen. Mi relación entrañable con el autor y con los textos mismos me alejaban del criterio de análisis pormenorizado, que suele atravesar recovecos académicos que nos alejan del hecho festivo que deseamos celebrar. La invitación a prologar este aporte a la escena me llena de alegría y resulta un honor, pues participo desde un lugar de compromiso con lo teatral en un acontecimiento que se multiplicará en tantas encarnaduras poéticas futuras. No estoy hablando de un aporte literario sino de una serie de piezas que reclaman por cuerpos rebeldes para darles vida, cuerpos que serán atravesados por discursos poéticos de inusual belleza y profundidad. Sin dudas, uno no puede manifestarse distraído frente a la lectura de la producción del dramaturgo de San Francisco; la necesidad de avanzar en la intriga es signo de que somos modificados por esa original paleta de lenguajes que repicará con la misma potencia en quien tome el libro en los lugares o no lugares que elija, o en el público sentado en una sala, en ese territorio en el que los sueños son personificados. Para comprender las expresiones escénicas hoy, debemos abandonar trillados senderos que se repetían en términos vacíos o poco aplicables a un panorama estético tan rico como enemigo de cánones. La complejidad y diversificación del sistema teatral desde fines de los años ochenta no podía resolverse con los recursos teóricos utilizados para períodos anteriores sin correr el riesgo de estratificarse. Para sobreponerse a una actitud conservadora frente a las nuevas poéticas emergentes (que incluyeron negación y rechazo) era indispensable aportar nuevas herramientas de estudio con bases científicas, abandonando criterios amateurs. Pero no solo se trataba de comprender las ofertas del presente, sino que era impostergable retomar producciones pretéritas, profundizar las miradas sobre ellas. Dichas transformaciones, reflejo de la dispersión y fragmentación de los decires populares y cultos, no pueden dejar lugar a categorías antojadizas u omisiones de temáticas sostenidas en vetustos criterios de autoridad. Romper con los cercos de las determinaciones áulicas, asomarse a los rincones de los suburbios creativos para empaparnos de la praxis artística. Estas posiciones, dominantes en distintas áreas de las disciplinas humanas, generan un corpus intocable y “ancestral” como referencia unívoca y monolítica, sin estimular la práctica del pensamiento crítico. Se trata de vanos intentos por congelar saberes que deberían dar respuestas incuestionables a toda

duda, actitud que sólo empobrece los marcos teóricos impuestos. De estas ópticas cristalizadas no podemos pedir amplitud, y sus límites quedan expuestos ante una realidad rica y heterogénea a la que no puede comprender. En un panorama teatral diverso, Bruza realiza su propia investigación, genera sus elaboraciones estéticas con variedad de recursos y sin atarse a herramientas previsibles. En sus trabajos se reivindica lo popular (término que debe contextualizarse al ser utilizado), pero desde una pluma exquisita con la que nos suele sorprender. Se yergue sobre los cimientos de la construcción colectiva, escapando a la violencia recíproca que proclaman los poderes fácticos, arrasando con las repeticiones estereotipadas y alienantes que sólo dejan huellas ya transitadas. Rafael apuesta al entretenimiento, al ponernos “entre”, sin resquicios para el divertimento epidérmico pero sí para la carcajada franca, esa que susurra desde el fogón germinal.

La evolución de los estudios teatrales nos ha llevado a cuestionarnos esos estrechos enfoques, para adentrarnos en un mundo fascinante que exige de múltiples instrumentos no excluyentes. Cuando asumimos este desafío, nos topamos con dos fronteras presentadas como obstáculos: la degradación del orden festivo en la sociedad y su abordaje desde posturas esencialistas conservadoras. El repensar lo identitario (ya alejados de considerarlo como un bloque monolítico rastreable en un pasado mítico inexistente) como una multiplicidad de voces cambiantes en un mundo de fronteras porosas es indispensable para transitar la historia. Considerar la identidad de una comunidad como un sustrato inmutable, incapaz de transformarse y emparentada con un espacio cristalizado y de dudosa exactitud es un error cometido por ingenuidad o por manipulación política. La memoria no busca la cosificación de lo pretérito, aislarlo de las circunstancias históricas que lo animaron. En sentido inverso, se ocupa de dar explicaciones, información retaceada o camuflada durante años, que ponga en un punto de encuentro a los materiales del declamado patrimonio cultural con las particularidades de los colectivos que le dieron vida. También promueve el repensar la pertinencia de esos materiales a la luz de la paleta de las identidades que conforman a estas comunidades, dejando en claro la pérdida de sentido de algunos de ellos y la revalorización de otros poco desarrollados. Cuando nos referimos a la territorialidad que tiene el acontecimiento teatral no queremos reducirlo a una expresión de escasa potencia sino que, entre otras cosas, deseamos enfocar nuestro pensamiento crítico en las particularidades regionales que lo animan y lo hacen universal. En este sentido, conservando las particularidades propias (aquellas que responden a la cosmovisión interna del autor), las

manifestaciones artísticas dialogan en convivencia armónica con otras aun sin desearlo en la imposibilidad de encapsulamientos o guetos impenetrables. No son tiempos de certezas ni de verdades cerradas para un teatro que responde desde esa crisis del contexto que nos engloba y que comprende la crisis como oportunidad de evitar la mimesis, las formas o contenidos predecibles, o la intimidad cercenada que no alcanza a determinar preceptos indiscutibles. Desde los conceptos expuestos nos referiremos con la celeridad del oteo que exige de lectores voraces e inquietos a las obras compiladas en este volumen, la mayor parte de las cuales ya tuvieron destino de escenario:

“Tango turco” nos interpela con su particular humor en esas criaturas que no sostienen su devenir. La eterna pregunta sobre el amor y su posibilidad es tratada con ingenuidad, pero con matices y pliegues que enriquecen el material y le dan hondura a ese interrogante existencial. El tango, con su universo mítico invertido, nos abraza y contiene en una locación que es tan exótica como cómplice del juego.

Un acta de denuncia verídica, enmarcada en los comienzos del siglo XX, se transforma en una disparatada propuesta que tiene diversas capas para la reflexión. Sin abreviar en el nativismo con carga costumbrista, posee rasgos de comportamiento que no se cristalizan en los tiempos de contexto y adquieren otro significado en el presente. Una suerte de invitación a la comedia del arte con visos de nuestro sainete en relación a los grandes actores populares. Esas criaturas que parten de la denuncia oficial son retratadas en una suerte de comedia disparatada que, a pesar de su origen rural, respira componentes urbanos. “La denuncia” es una mirada artesanal del autor que reescribe el material inicial y le otorga la potencialidad de plasmar un acontecimiento con sutilezas y cuidado estético.

En “Días de sol”, la comedia agrotescada se presenta en esplendor con ironía demoledora y cierta inclinación por la sátira embozada. Otra óptica sobre las relaciones amorosas, las estructuras hipócritas de una sociedad que oculta las miserias de matrimonios artificiales, sin amor como argamasa, sin sentimientos positivos que le den sustancia. No hay jornadas diáfanas para estos personajes que ni siquiera pueden establecer lazos mínimos de comunicación. Y volvemos a preguntarnos cómo las relaciones interpersonales son neutralizadas o construidas a partir de la desesperación, degradadas en cuerpos ensimismados y puestos en crisis.

“Piensa en mí” recupera a esos artistas trashumantes que poblaron durante décadas los escenarios de todo el país, que fueron refuncionalizados y resemantizados en los últimos años pero continúan vigentes desde poéticas

disparos. Un conjunto de boleros, Los gladiolos, transitan un sendero musical a partir de su decisión de probarse y probarnos que los hombres sufren por amor. Tal vez inspirados en sus propias experiencias, exponen sus pasiones, las incomprendiones y la falta de reciprocidad en los sentimientos que han entrelazado en sus existencias. Humor, nostalgia y ternura afloran en una gira imaginaria por lugares y no lugares a teatrar.

“Camarines” nos presenta otro tipo de amor, el que se establece entre padre e hijo, unidos por la profesión artística que desarrollan en largos periplos, atravesando pueblos y ciudades. La importancia del ámbito privado, el camarín: sede de sueños, peleas, encuentros y desencuentros. Región de transmisión de enseñanzas pero también registro de tensiones, espacio vacuo donde la espera se patetiza. Equilibrada escritura que habita los momentos de alivio de la comedia y las emociones que desgrana el drama, este texto se filtra en los intersticios de lo inclasificable.

“El sueño de los zánganos” no acepta una lectura única y oferta gamas poéticas que aguzan nuestros sentidos. Una sociedad emparentada con la organización de las abejas pero que en la que se atisban las ruindades humanas. Una estructura de poder, que es tan aparente como el amor de Reina y Rey, desnuda la imposibilidad de contener a una comunidad que esta sitiada por la posible invasión externa. La amenaza, el sacrificio como salida, la violencia que crece y los chirridos que se hacen reales en un final en el que las apariencias ceden ante la voluntad del monarca de abrir las puertas.

Siempre es una fiesta la aparición de nuevos instrumentos enriquecedores para el campo de las disciplinas escénicas y la publicación de una selección dramaturgica de Rafael Bruza es motivo de esta dicha, pues refleja vitalidad de la escena nacional y presenta un panorama tan disfrutable en la riqueza de las micropoéticas expuestas. En este mundo sin certezas, donde reina la despersonalización y la descomposición del ser humano, el teatro con su mundo ritual podrá convertirse en un altar profano que nos ayude a encontrarnos en la unión de lo múltiple. Simplemente los invito a encontrarse con un ejemplar que, no abrigo dudas, los apasionará, porque no tiene como destino anaqueles o bibliotecas sino la reproducción en hechos artísticos vivos.

Carlos Fos.

Investigador y antropólogo teatral.

TANGO TURCO

TANGO TURCO

ESCENA 1

Tensa espera en el living. En los sillones, Amelia y Rodolfo miran el techo con las piernas cruzadas. Las manos en el regazo. Rodolfo carraspea.

- RODOLFO: –¿Desea hacer el amor, Amelia?
- AMELIA: –Le agradezco el ofrecimiento, Rodolfo. Pero no estoy con ánimo.
(Pausa). ¿Desea un café?
- RODOLFO: –No, gracias. El café me excita.
- AMELIA: –Nunca me lo dijo.
- RODOLFO: –Me produce taquicardia.
- AMELIA: –No lo sabía. Hay tantas cosas de usted que desconozco...
- RODOLFO: –Su marido: ¿va a tardar mucho?
- AMELIA: –Lo dudo: Ya tendría que haber llegado. *(Pausa. Una risita).* En ese sentido su ofrecimiento es una imprudencia, Rodolfo.
- RODOLFO: –¿Por qué lo dice, Amelia?
- AMELIA: –Imagine la situación si llega y nos encuentra.
- RODOLFO: –Bueno, no sería más que una de las tantas maneras de enterarse. La revelación antes de... *(Pausa).* ¿O prefiere mantenerlo en secreto, Amelia?
- AMELIA: –Lo preferiría.
- RODOLFO: –Como usted diga.

Rodolfo extrae un revólver del saco y lo coloca en su regazo. Pone sus manos sobre él.

- AMELIA: –¿Funciona, verdad?
- RODOLFO: –Perfectamente.
- AMELIA: –Ay, tenga cuidado, Rodolfo. No se le vaya a escapar un tiro. Asegúrese de matarlo.
- RODOLFO: –No se preocupe, Amelia. Soy muy cuidadoso. Lo voy a matar de un solo disparo. *(Amelia tiene un escalofrío).* ¿Perdón?
- AMELIA: –Discúlpeme, Rodolfo. Pero a mí las armas de fuego me dan cosas.
- RODOLFO: –Las armas de fuego, Amelia, son en cierto sentido una abstracción. Su uso es lo que define su sentido.
- AMELIA: –Es lo que me consuela. Si no fuera porque sé a qué está destinada, no soportaría ni mirarla.

Ruidos afuera. Un abrir de cerrojos y una puerta que se cierra. Rodolfo se tensa, alerta.

RODOLFO: –¿Su marido?

AMELIA: –Sin duda. Siempre entra por el garaje.

RODOLFO: –(*Se para, revólver en mano*). Con permiso, Amelia.

AMELIA: –Atienda nomás, Rodolfo.

Rodolfo sale. Amelia saca una lima y comienza a limarse las uñas. Pausa. De afuera se escucha gritar: ¡hijos de puta! Luego, un disparo. Amelia tiene un estremecimiento. No levanta la vista de sus manos. Reaparece Rodolfo y vuelve a sentarse como antes, el revólver en su regazo.

RODOLFO: –Bastante maleducado su marido.

AMELIA: –Nunca tuvo dignidad. ¿Se da cuenta? Si uno no tiene dignidad ante la muerte... ¿ante qué la va a tener? Esa ha sido la prueba definitiva de su poca entereza.

RODOLFO: –(*Baja la cabeza*). Tengo que confesarle algo, Amelia.

AMELIA: –(*Deja de limarse*). Se lo dijo.

RODOLFO: –(*Asiente con la cabeza*). Me pareció que... merecía una explicación. Imagínese: un hombre a punto de morir yéndose de esta vida con la ignorancia a cuestas.

AMELIA: –Le aclaré que prefería mantenerlo en secreto, Rodolfo. ¿Entró en detalles?

RODOLFO: –¡No! Simplemente que éramos amantes y que iba a matarlo. Lo elemental.

AMELIA: –¿Cómo lo tomó?

RODOLFO: –Bueno... Usted lo escuchó hace un instante, Amelia.

AMELIA: –(*Suspira*). Como le dije antes. A ese hombre le faltaba dignidad.

RODOLFO: –Me disculpo, Amelia. Le ruego que me perdone.

AMELIA: –Quedad disculpado. Y por mi parte, le ruego que en el futuro no dé esos signos de debilidad.

RODOLFO: –Yo espero que en el futuro no tengamos que recurrir a estos mecanismos para zanjar nuestros inconvenientes.

AMELIA: –No sabe lo aliviada que me siento. Ahora puedo confesárselo, pero me molestaba mucho tener que engañar a mi marido.

RODOLFO: –Es natural. No piense que yo no tenía escrúpulos.

AMELIA: –No lo pienso. (*Pausa*).

RODOLFO: –Ahora sí le aceptaría el café.

AMELIA: -Se lo ha ganado, Rodolfo. Se lo ha ganado.
RODOLFO: -¿No desearía reconsiderar mi ofrecimiento?
AMELIA: -Ay, Rodolfo. Sigue siendo poco oportuno usted.
RODOLFO: -Mi única intención es amarla, Amelia. Amarla sin escrúpulos.
AMELIA: -No rehúya sus obligaciones, Rodolfo. Hay que ocuparse del cadáver. Tenemos que descuartizarlo, embolsarlo, enterrarlo en el campo. Mire cuantas cosas.
RODOLFO: -¿No siente usted el impulso, Amelia? ¿El impulso que nos ha empujado siempre?
AMELIA: -Sí, lo siento.
RODOLFO: -No me rehúya entonces. Ya habrá tiempo para lo otro.
AMELIA: -No le rehúyo. Pero primero tomemos el café. Quiero ver cómo es cuando se excita.

ESCENA 2

Parada de colectivos. Imperturbables, Amelia y Rodolfo esperan. Rodolfo sujeta dos negras bolsas de consorcio. Una se ha roto y se escapa una mano.

RODOLFO: -Usted objetará que es solo mi conciencia, pero me siento observado.
AMELIA: -*(Mira de reojo)*. La mano.
RODOLFO: -No la estoy tocando, Amelia.
AMELIA: -La mano de mi marido.
RODOLFO: -¿Usted cree que desde el más allá...?
AMELIA: -La mano de mi marido se escapa de la bolsa.

Rodolfo mira aterrorizado. Hurga en la bolsa y mete la mano adentro. Vuelve a erguirse serio.

RODOLFO: -Conceda que tomar un colectivo con un cadáver a costas no es muy católico. Al menos, debimos tomar un taxi.
AMELIA: -¿Y qué le decíamos? ¿Llévenos al campo que tenemos que enterrar un cadáver? Ridículo.
RODOLFO: -No quisiera alarmarla, pero nos están señalando, Amelia.
AMELIA: -Actúe con normalidad, Rodolfo. En última instancia, decimos que vamos a la Chacarita para una cremación.

- RODOLFO: –¿Con un cadáver descuartizado?
- AMELIA: –Ya está muerto, ¿no? ¿Qué le importa a un muerto si lo creman entero o en pedacitos?
- RODOLFO: –No es el punto. ¿Y el certificado de defunción? ¿Y...?
- AMELIA: –Además, era la voluntad de mi marido ser cremado luego de su muerte.
- RODOLFO: –¿En verdad? Nunca me lo dijo.
- AMELIA: –Me lo pidió en medio de una gripe que se le complicó con una bronquitis.
- RODOLFO: –En ese caso, no estaríamos cumpliendo su voluntad. Lo vamos a enterrar lisa y llanamente, sin ningún protocolo.
- AMELIA: –Solo trato de calmarlo, Rodolfo. Lo noto nervioso. Parece como si se hubiera arrepentido.
- RODOLFO: –De ninguna manera. Pero se está amontonando gente. Y nos señalan.
- AMELIA: –Compostura, Rodolfo. Haga de cuenta que en la bolsa solo llevamos un maniquí desarmado.
- RODOLFO: –Amelia: su sentido de la realidad se está distorsionando. ¿Cómo se pone cara de llevar un maniquí desarmado? Es usted quien está nerviosa ahora. Admítalo.
- AMELIA: –Lo admito. Esta parte del plan se nos escapó de las manos. No lo planificamos lo suficiente.
- RODOLFO: –¿Y la primera parte qué? Llega su marido y le pego un tiro. No le veo mucha planificación. *(Pausa)*. Están llamando a un policía. Nos señalan.
- AMELIA: –Salude.
- RODOLFO: –¿Cómo?
- AMELIA: –Sonría y salude. Como si fuera una broma.
- RODOLFO: –¿Le parece?
- AMELIA: –Haga lo que le digo.

Amelia y Rodolfo saludan sonrientes hacia la gente. Rodolfo levanta una bolsa y la señala.

- RODOLFO: –¡Es un maniquí! ¡Está descuartizado...!
- AMELIA: –Desarmado.
- RODOLFO: –¡Está desarmado para llevarlo más fácil!
- AMELIA: –Dudan. Siga que están dudando.

RODOLFO: –¡Si desean comprobarlo, no hay problema!
 AMELIA: –Está goteando.
 RODOLFO: –No creo que llueva ahora.
 AMELIA: –La bolsa está goteando.
 RODOLFO: –(Mira). Pucha. (A la gente). ¡Tiene pintura para darle más realismo!
 AMELIA: –Se está excediendo, Rodolfo. No hay que dar tantas explicaciones.
 RODOLFO: –¡Por el día de brujas! ¡Tenemos venta de cotillón!
 AMELIA: –Absurdo. Faltan dos meses para el día de brujas.
 RODOLFO: –Está viniendo. El policía viene. ¿Qué hacemos?
 AMELIA: –Cuando le diga, corra.
 RODOLFO: –Me parece poco digno, Amelia. No voy a llegar lejos acarreado las dos bolsas.
 AMELIA: –Déjelas donde están.
 RODOLFO: –¿Lo abandonamos acá, en plena calle? El plan...
 AMELIA: –Ya no hay plan. Solo nos queda la huida. ¡Corra!
 RODOLFO: –¡Putá madre!
 AMELIA: –(Corriendo, lo reta por el exabrupto). ¡Rodolfo!
 RODOLFO: –(Corriendo). Perdón, Amelia.

Desaparecen corriendo. Se escuchan voces de alto y gritos. Las bolsas quedan en la vereda, goteando sangre.

ESCENA 3

Sentados entre cajas y conteniendo el llanto, Amelia y Rodolfo miran la nada. A su lado, dos bolsos. Se escucha el pitido de un barco. Rodolfo aprieta bajo el brazo un álbum de fotografías. Sorben los mocos. Rodolfo saca una linternita de su bolsillo y abre el álbum. Lo ilumina. Queda observándolo un instante. Sordamente, rompe el llanto. Amelia lo mira.

AMELIA: –Entereza.

Rodolfo suprime el llanto y levanta la cabeza. Las lágrimas persisten en sus mejillas. Vuelve a iluminar el álbum. Lo mira un instante. Nuevamente, rompe en llanto. Amelia lo mira.

AMELIA: –Abandone ya los recuerdos. Le hace mal.

- RODOLFO: –Son fotos de la semana pasada. Nuestra última actuación en el cabaret.
- AMELIA: –Para el caso, son recuerdos. Déjelos. Es más: tire ese álbum por la borda.
- RODOLFO: –¿Cómo me pide eso, Amelia? No podemos abandonar lo que fuimos. Es negar lo que somos.
- AMELIA: –Lo que fuimos está dentro nuestro. No necesita un álbum. Hoy somos esta huida. Pero mañana seremos nuestros sueños.
- RODOLFO: –Nuestros sueños no eran esta incertidumbre. Nuestros sueños eran apoderarnos del cabaret de su marido, vivir juntos y ser los números estrellas del Marabú. No este barco, no esta huida, no esta imprecisión del destino.
- AMELIA: –Ay, Rodolfo. Qué poco espíritu de aventura guarda usted. Se nos abre el mundo y usted llorando por haber perdido su rinconcito en el universo. Sea audaz, caramba.
- RODOLFO: –Ese rinconcito no era un refugio. Era un trampolín. ¿Qué nos impulsa ahora?
- AMELIA: –El estar juntos.

Rodolfo mira a Amelia y le sonríe. Esta le devuelve la sonrisa. Se toman de la mano. La sirena del barco suena tres veces.

- RODOLFO: –¡El aviso! ¡Estamos por entrar a España!
- AMELIA: –¡Silencio! ¡Apague la linterna!

Rodolfo apaga la linterna. Tomados de la mano y expectantes, Rodolfo y Amelia permanecen acurrucados.

- RODOLFO: –¿No desea hacer el amor, Amelia? Usted sabe que a mí el peligro...
- AMELIA: –¡Shh!

Rodolfo suelta la mano de Amelia y la toma por los hombros. La acaricia. Se excita. Con la otra mano, comienza a acariciar sus senos. Amelia lo mira.

- AMELIA: –¿Tomó café, Rodolfo?
- RODOLFO: –No. Me basta usted, Amelia.

AMELIA: –No es el lugar ni el momento. ¿Dónde está su romanticismo?

Rodolfo abandona su intento. Vuelve la espera. La sirena suena dos veces.

RODOLFO: –Ya cruzamos. Pasó el peligro.

Lentamente se incorporan. Se aproximan a la barandilla del barco. Quedan mirando a lo lejos. Amelia rompe en llanto. Rodolfo la mira sorprendido.

RODOLFO: –Amelia... No entiendo. Usted... Nunca la vi así.

AMELIA: –Déjeme, Rodolfo. El pasado merece una lágrima. Mi marido merece una lágrima. No la tuvo antes, la tiene ahora. El cabaret perdido merece una lágrima. Estoy diciendo adiós. No hay adiós sin lágrimas.

RODOLFO: – Amelia... *(La abraza)*. ¿Puedo tutearla?

AMELIA: –*(Librándose del abrazo)*. No.

RODOLFO: –*(Pausa)*. Una bolsa de consorcio en mal estado. Todo por una estúpida bolsa en mal estado. Y juro que compré las reforzadas. ¿Quién iba a pensar...?

AMELIA: –Ya dijimos adiós. Así que basta. Ahora comienza el futuro.

RODOLFO: –Sí. España está cerca. Y allí...

AMELIA: –Sí. España nos espera. Y allí...

RODOLFO: –Bueno... como esperar, esperar, no nos espera nadie en ningún lugar.

AMELIA: –Y quizás esa sea la belleza de la vida. ¿Quién puede afirmar dónde y con quién está la felicidad? De manera objetiva, digo.

RODOLFO: –*(Asiente con la cabeza)*. Me vinieron ganas de cantar.

AMELIA: –¿Qué le parece Caserón de Tejas?

Rodolfo saca un diapasón de su bolsillo y lo coloca en la oreja. Comienza a cantar. Amelia se le une en el estribillo. La noche se va tragando el canto.

ESCENA 4

Miserable cuarto de apartamento. De pie, Amelia y Rodolfo observan a El libanés, quien mira alrededor apoyado en un estuche de guitarra. Rodolfo carraspea. El Libanés reacciona y le extiende un recorte de diario, sonriendo. Rodolfo lo toma y lee. Se lo señala a Amelia.

- RODOLFO: –“Guitarrista cama adentro”. (*Mira a Amelia*). ¿Usted puso este texto en el aviso, Amelia?
- AMELIA: –(*Cortante*). En público nunca con nuestros nombres, Argentino.
- RODOLFO: –Perdón, Argentinita.
- AMELIA: –(*A El libanés*). Bienvenido El Libanés sonríe. (*Amelia mira a Rodolfo. Insiste*). Bienvenido. (*El libanés señala el recorte del diario. Sonríe*).
- RODOLFO: –¡Es mudo!
- AMELIA: –¿Habla español? (*El libanés mira a los dos y se alza de hombros sonriendo*). ¿Francés? (*El libanés arruga el rostro. Parece que va a decir algo, pero vuelve a sonreír como disculpándose*). ¿Inglés? (*El libanés aprieta los labios y los mira*).
- RODOLFO: –(*Nervioso*). ¿Pero qué carajo habla el coso este?
- AMELIA: –(*Cortante*). ¡Argentino!
- RODOLFO: –Perdón, Argentinita.

El libanés mira la hora y extrae una esterilla. Mira a su alrededor orientándose y la coloca en el suelo. Farfulla algo ininteligible y se arrodilla, iniciando sus rezos. Rodolfo y Amelia lo miran anonadados.

- RODOLFO: –¡Es turco!
- AMELIA: –No recurra a esa vulgaridad argentina de uniformar a todos los países islámicos. Puede ofenderlo.
- RODOLFO: –(*Mira la hora*). Si mis conocimientos del Islam son correctos, esto va para largo. Mejor nos sentamos.

Rodolfo y Amelia se sientan. El libanés continúa con sus rezos, abstraído.

- RODOLFO: –Usted ha excedido sus atribuciones, Argentinita.
- AMELIA: –¿Por qué lo dice, Argentino?
- RODOLFO: –Habíamos acordado en contratar un bandoneonista, no un guitarrista.
- AMELIA: –Hace un mes que estamos en Sevilla buscando bandoneonista. Esta es la capital del flamenco. Las guitarras atruenan día y noche. Y usted empeinado en encontrar un bandoneonista. Convéznase. No hay bandoneonistas en Sevilla.
- RODOLFO: –¿Y ese disparate de cama adentro? ¿Cómo se le ocurre una cosa así?

- AMELIA: –¿Y qué tenemos para ofrecer, Argentino? Techo y comida y un porcentaje de actuaciones a la gorra.
- RODOLFO: –¿Qué? ¿Vamos a dormir los tres en la misma cama? No me parece decoroso, Argentinita.
- AMELIA: –Ya nos arreglaremos, Argentino. Ya nos arreglaremos.
- RODOLFO: –(*Bufa. El libanés continúa rezando*). Sé que el tango a capella no luce, Argentinita. Pero un guitarrista turco...
- AMELIA: –No uniforme, Argentino. No uniforme. Todavía no sabemos qué es.
- RODOLFO: –Usted sabe que mi voz se potencia con un bandoneón de apoyo. Mi estilo es orquestal. La guitarra es muy cortante.
- AMELIA: –En el cabaret yo lo conocí acompañado por guitarras, Argentino. Y su arte trascendía la pobreza del acompañamiento.
- RODOLFO: –No adule, Argentinita. Sucede que me niego a resignar la posibilidad de encontrar un bandoneonista en Sevilla.
- AMELIA: –Evidentemente, la propuesta no atrae, Argentino. Imagínese. El tango en auge y nosotros ofreciendo actuaciones callejeras a la gorra. Conceda que para cualquier músico que se precie no es muy tentador.
- RODOLFO: –Lo concedo. Es el precio de nuestra clandestinidad. Pero un guitarrista turco...

El libanés aumenta el volumen de sus rezos. Rodolfo y Amelia lo miran.

- AMELIA: –La música es un lenguaje universal. ¿Qué importa la nacionalidad del ejecutante?
- RODOLFO: –Argentinita... Nuestras pautas de contratación... ¿Aceptaré esas condiciones?
- AMELIA: –Figuran en el aviso.
- RODOLFO: –Le recuerdo, además, nuestra condición de perseguidos. Si nos vemos acorralados, ¿qué le decimos? ¿Rajemos turco que se viene la yuta? ¿Qué va a entender? Con lo que nos costó llegar a España...
- AMELIA: –Seguramente es un clandestino como nosotros. Querrá huir igual que nosotros.
- RODOLFO: –Mire si se le da por rezar a la mitad de un tema. No me imagino “Ventanita de arrabal” cercenada por un rezo islámico.
- AMELIA: –¡Argentino! ¡Resígnese! No vamos a conseguir un bandoneonista en Sevilla.

RODOLFO: –Existe además el escollo del idioma...

AMELIA: –Aprenderá.

RODOLFO: –Pero un guitarrista turco...

El libanés termina con sus rezos y se para, enrollando la esterilla. Rodolfo y Amelia se paran. El libanés sonríe. No saben qué hacer. Incomodidad.

AMELIA: –(A Rodolfo). ¡Las partituras!

Rodolfo corre y de una valija extrae un alto de partituras. Amelia le hace señas con la cabeza para que se las entregue. Rodolfo le da las partituras con una inclinación de cabeza, sin saber cómo actuar. El libanés las recibe y las estudia, serio. Amelia y Rodolfo expectantes. El libanés farfulla una melodía ininteligible. Y asiente con la cabeza. Por fin, carga la guitarra y se coloca en posición de tocar. Acomoda las partituras para leerlas. Casi sin dudar, ejecuta la introducción de “Mi noche triste”. Al terminar, mira a Amelia y a Rodolfo esperando el comienzo del canto. Amelia codea a Rodolfo. Este reacciona y carraspea. Comienza a cantar acompañado por el libanés. Amelia mira a los dos, sonriente.

ESCENA 5

Orillas del Sena. Sentado en un banco de piedra, Rodolfo mira al río. A su lado, el libanés afina la guitarra.

RODOLFO: –Amelia era un volcán, turco. Un volcán. Una majestuosa y apabullante montaña de piedra y nieve. Solamente una voluta de humo permitía intuir lo que anidaba en su interior. ¡Toneladas de magma! La hirviente ebullición de la naturaleza buscando desbordar. Apenas tocaba alguna de sus partes, entraba en erupción. Entonces: el estruendo. El despertar de lo primitivo. La agitación de lo reprimido. Mares de lava que enceguécían los sentidos abalanzándose sobre mi cuerpo para dejarme convertido en una estatua de cenizas. ¡Pompeya! Fuego y azufre arrasando todo a su paso. Imposible resistir esos volcánicos calores. Imposible contener esos fuegos. ¡Altro que el Vesubio! (Pausa). ¡Qué lo parió! Pausa. Hoy es un volcán apagado, turco. Un volcán apagado. Solamente esa estéril montaña de piedra y nieve. Ni un rescoldo,

ni una brasa, ni una chispa. ¿Cuándo se apagaron los ardores?
¿Cuándo se extinguieron las llamas? ¿Tan corta es la vida de un
volcán? ¿O los volcanes tienen una capacidad eruptiva limitada?
(Pausa). ¡Qué lo parió! (Pausa). Yo maté por ella, turco. Maté
por ella. Ahora, quisiera matarla a ella. Así como amé aquellos
calores, hoy odio estas frialdades. Con la misma intensidad. Estuve
dispuesto a todo por tenerla. Estoy dispuesto a todo por librarme.
Lo que antes eran alegrías, ahora son amarguras. ¡Cuántas
alegrías, turco! ¡Cuántas alegrías! (Pausa). ¡Qué lo parió! (Pausa).
Parece mentira cómo se confunde uno. Confundimos la alegría
con la felicidad. Y ni siquiera son sinónimos. El hombre busca
la felicidad y termina distrayéndose con las alegrías. ¿Habrás que
renunciar a la alegría para acceder a la felicidad? En fin... como
siempre, las revelaciones llegan tarde. (Pausa). ¡Qué lo parió!

*Aparece Amelia cargada con comida y bebida. Mira acusadoramente a Rodolfo. Este se
remueve inquieto. Amelia se sienta en el banco. Reparte sándwiches y vasos.*

AMELIA: —(Refiriéndose al libanés). ¿Lo estaba tuteando?

RODOLFO: —¡Cómo se le ocurre, Argentinita! Intentaba aproximarle a la
comprensión de nuestro idioma.

AMELIA: —¿Logró algo?

Rodolfo se para. Hace señas al libanés con las manos.

RODOLFO: —A ver, Yhasuff. Salude a Argentinita. ¡Vamos! ¡Lo que le enseñé!
El saludo.

El libanés, con el sándwich en la mano, deja de comer y sonríe a Amelia.

EL LIBANÉS: —Turco vende barato.

*Rodolfo ríe descontrolado. Se dobla y palmea las piernas. El Libanés sigue comiendo. Amelia
no se inmuta.*

RODOLFO: —¡Turco vende barato! ¡Es buenísimo! ¡Y piensa que está diciendo
buenos días, el pelotudo! ¡Turco vende barato! ¡Extraordinario!

Amelia no festeja el chiste. Rodolfo acusa la poca receptividad de la humorada. Se sienta en el banco y vuelve a comer.

- RODOLFO: –Su sentido del humor ha decaído, Argentinita.
- AMELIA: –La única decadencia que observo es la suya, Argentino. Antes no se permitía estas ramplonerías.
- RODOLFO: –Quizás lo que decae es nuestra relación. (*Amelia lo mira*). Digo... nuestro entendimiento, nuestra comprensión.
- AMELIA: –No puedo entender ni comprender la pérdida de los modales. Entereza, Argentino. De eso se trata.
- RODOLFO: –¿Recuerda cómo soñábamos nuestra vida juntos? Ilusiones. Afán de eternidad. Eso fue lo que nos llevó a cometer el... (*Amelia lo mira reprobadora*). La pérdida de su... (*Amelia recruce su mirada*).
- AMELIA: –Acordamos no hablar de eso. Además, está presente Yhassuff.

El libanés, al sentirse nombrado, deja de comer y sonríe.

- EL LIBANÉS: –Turco vende barato.
- RODOLFO: –(*Ya no festeja el chiste*). Entereza. Haber soñado el mundo para terminar con un sándwich en un banco de piedra. ¿Se puede tener entereza ante semejante contraste?
- AMELIA: –De eso se trata justamente. Aquí es donde se pone a prueba el espíritu. Termine de comer su sándwich.

Amelia y El libanés comen. Rodolfo mira la nada.

ESCENA 6

Debajo de las colchas, Amelia y Rodolfo gimen. Son suspiros ahogados, contenidos. Las colchas se agitan.

- RODOLFO: –Con su permiso, Amelia.
- AMELIA: –Proceda nomás, Rodolfo.

Gran suspiro de Amelia. Las colchas se mueven más frenéticas.

AMELIA: –Lo noto en exceso tempestuoso, Rodolfo.
RODOLFO: –Usted provoca estas tormentas, Amelia. Dese vuelta.
AMELIA: –No empiece con sus habituales cambios de posición. Quedamos que esto era un desahogo. Nada más.
RODOLFO: –Un poco de floritura, Amelia. Para darle encanto.
AMELIA: –Usted sabe que la mañana no me provoca. Cumpla con lo suyo y terminemos.

Entra El libanés. Mira hacia la cama y se encoje de hombros. Se sienta acodándose en la mesa. Ve la pava y el mate y comienza a cebarse, con la inexperiencia del que no es argentino. Los gemidos se detienen al posar la pava sobre la mesa.

AMELIA: –Me pareció oír un ruido.
RODOLFO: –No se detenga ahora, Amelia.
AMELIA: –Enfriese, Rodolfo. Vaya a constatar.
RODOLFO: –Terminemos con lo nuestro, Amelia. Después voy.
AMELIA: –No puedo seguir bajo estas condiciones. ¿Cerró la puerta con llave?
RODOLFO: –Sí, sí.
AMELIA: –¿Arregló con el dueño de la pensión por si vienen los carabinieri?
RODOLFO: –Sí, sí.
AMELIA: –No estoy tranquila. No sigo si no constata que todo está en orden. Soy púdica. Usted lo sabe.
RODOLFO: –Putá madre.
AMELIA: –¡Rodolfo!
RODOLFO: –Perdón, Amelia.

Desde debajo de las sábanas asoma su cabeza. Ve a El libanés tomando mate y se le agrandan los ojos. El libanés le sonríe.

EL LIBANÉS: –Turco vende barato.

Rodolfo queda petrificado. Traga saliva. Vuelve a cubrirse con las colchas.

RODOLFO: –Está ahí.
AMELIA: –Ya lo oí.
RODOLFO: –Yo estaba seguro...
AMELIA: –Por estos descuidos estamos como estamos.

RODOLFO: –¿Es que no tenemos derecho ni a un mañanero? Terminemos como sea. Dele.
AMELIA: –¿Pero cómo se le ocurre?
RODOLFO: –Estoy caliente, Amelia. Hace tres meses que no...
AMELIA: –¡Argentino!
RODOLFO: –Perdón, Argentinita.

Movimiento de colchas. Aparece Rodolfo en calzoncillos y se sienta al lado de El libanés, mirándolo con odio. En enaguas aparece Amelia sonriente. Se sienta. El libanés la mira con ojos desorbitados.

AMELIA: –Buenos días. Yassuff.
EL LIBANÉS: –Turco vende barato.

El libanés le tiende el mate a Amelia sonriendo. Amelia lo recibe.

AMELIA: –Gracias, Yassuff.
EL LIBANÉS: –Sube el balo, baja el balo.

Amelia mira seria a Rodolfo.

AMELIA: –¿Y eso?
RODOLFO: –Le enseñé “de nada”.
AMELIA: –Desde hoy lo relevo de la enseñanza, Argentino.
RODOLFO: –Me está privando de mi único divertimento, Argentinita.
AMELIA: –Yassuff es parte de la compañía. España, Francia, ahora Italia. Nos ha acompañado en la huida a pesar de no tener necesidad. Merece un crédito.
RODOLFO: –¿Y quién iba a contratar a un guitarrista turco sino nosotros?
AMELIA: –No es turco. Es libanés. Ya se lo aclaré.
RODOLFO: –Es lo mismo. Si se fija en el mapa, están ahí nomás.
AMELIA: –Imposible razonar con usted, Argentino. A ver, Yassuff. Repita conmigo: buenos días.
EL LIBANÉS: –Turco vende barato.
AMELIA: –No. Turco vende barato, no. Buenos días, sí.
EL LIBANÉS: –Bonos días sí.
AMELIA: –No le agregue el sí. Buenos días.

EL LIBANÉS: –Bonos días. ¿Turco vende barato no?

AMELIA: –No. Turco vende barato no. Buenos días.

EL LIBANÉS: –Bonos días.

AMELIA: –¡Muy bien, Yassuff! A ver otra: soy tanguero. Dele, repita. Soy... tanguero.

EL LIBANÉS: –Soy... tambero.

RODOLFO: –(*Se ríe*). ¡Un turco tambero! Eso no se vio nunca.

AMELIA: –No, tambero no. Eso es otra cosa. Tanguero. Soy tanguero.

EL LIBANÉS: –Soy tendero.

RODOLFO: –¡Un turco tendero! Eso tiene más lógica. Todos los turcos son tenderos.

AMELIA: –Si va a interferir con mi enseñanza, prefiero que se retire, Argentino.

Rodolfo farfulla y se cruza de brazos, mirando a los dos con resentimiento.

AMELIA: –Tanguero, Yassuff. Tanguero.

EL LIBANÉS: –Tanguero.

AMELIA: –Eso es, Yassuff. Eso es.

RODOLFO: –¿Cosa dice cuesto turco? Parla bene, ma con bruto acento.

AMELIA: –¡Argentino! No haga gala de su rapidez para aprender el italiano. ¿O acaso está celoso?

RODOLFO: –¿Celoso? ¿De un turco?

AMELIA: –Libanés. Si no fuera por Yassuff, esta gira sería un desastre.

RODOLFO: –¿De qué gira me habla? Usted confunde gira con huida.

AMELIA: –Estamos recorriendo Europa, ¿no?

RODOLFO: –Sí, claro. Pero no nos siguen admiradores para pedirnos autógrafos. Nos sigue INTERPOL.

AMELIA: –Relájese y disfrute, Argentino. Concedo que no es la gira que fantaseábamos. Concedo que, en vez de cabaret de lujo, tenemos actuaciones callejeras. Tal vez sea nuestro destino.

RODOLFO: –Nuestro destino se selló cuando matamos a su marido.

AMELIA: –Corrección: usted mató a mi marido. Le recuerdo que la acusación pesa sobre usted.

RODOLFO: –¡Pero usted fue la instigadora!

AMELIA: –Los instigadores fueron la pasión y su ambición. No preveo una condena muy larga por ello. Yo he sido solamente el *leiv* motiv.

RODOLFO: –¿Se está desentendiendo de todo?
AMELIA: –No, Argentino. Intento ponerlo en su lugar. No deberíamos tener estas discusiones delante de Yassuff.

Ambos miran a El libanés. Este les devuelve la mirada sonriendo.

RODOLFO: –No le veo cara de entender algo.
AMELIA: –Algún día entenderá.
RODOLFO: –Ni siquiera conoce nuestros nombres. ¿Cómo puede afectarnos?
AMELIA: –No lo sé. Tal vez se le escape algo. O piense que hay una recompensa por nosotros.
RODOLFO: –No me asuste, Argentinita. ¿Entonces qué hacemos?
AMELIA: –Tendremos que tomar medidas.

Vuelven a mirar serios a El libanés. Este les sonríe.

EL LIBANÉS: –Sube el balo, baja el balo, hace biruetas. No tiene barba ma tiene bogotes. ¿Qué bájaro es? La voscacha. Argentino enseñó.

Amelia mira a Rodolfo reprobadora. Rodolfo desvía la mirada. El libanés sonríe.

ESCENA 7

Estatua del mariscal Tito. A sus pies, Rodolfo y Amelia, vestidos de gaucho, parecen dos estatuas haciéndole guardia al mariscal. El libanés, guitarra en mano y también vestido de gaucho, sonríe como un presentador. De vez en cuando, Rodolfo lo mira sufriente.

EL LIBANÉS: –Señura, señor. Ahora recién llegado a la Yugoslavea entre la Argentina...
RODOLFO: –Confunde las preposiciones.
AMELIA: –¡Shh!
EL LIBANÉS: –¡Tres artista exelsior!
RODOLFO: –¡Excelsos! ¡Bestia!
EL LIBANÉS: –¡Tres excelsas bestia! Mira traje túbico gaucho. Vestimos todos allá. De esta, brimera presentación a la Yugoslavea...
RODOLFO: –Sigue confundiendo las preposiciones.

AMELIA: –¡Shh!
EL LIBANÉS: –...Aryentino... Aryentinita, regala rebertorio.

Se corta. Saca una ayuda memoria y lo mira.

RODOLFO: –No se entiende nada, Argentinita.
AMELIA: –Acá nadie habla español. Que vaya practicando.
RODOLFO: –Pero un presentador turco...
AMELIA: –Libanés. Basta con que llame la atención sobre nosotros.
RODOLFO: –¡Pero habla como el orto!
AMELIA: –¡Argentino!
RODOLFO: –Perdón, Argentinita.
EL LIBANÉS: –Bara comienzo, tística milonguita. Milonguita dice de basión ciega. Milonguita dice amor no tiene gollete.
RODOLFO: –¡Está improvisando!
AMELIA: –¡Shh! Da resultado. Viene gente.
EL LIBANÉS: –De tradición autor argentino, tres bestia exelso presenta tística milonguita.

El libanés arranca con la guitarra. Rodolfo y Amelia entonan Azúcar, pimienta y sal sin perder las posturas de estatuas. El libanés sonríe todo el tiempo. Terminan la canción. Sus posturas no cambian. Miran alrededor de reajo. El libanés se acerca al plato de las monedas y les hace señas con la mano indicando “más o menos”.

RODOLFO: –Poca receptividad, por lo visto.
AMELIA: –Se lo advertí. Soldán no convence en Europa. Acá funciona lo clásico. El público espera a Manzi.
RODOLFO: –¡Lloro con Manzi! ¡Me llena de nostalgia Manzi! ¡Ya no puedo cantar Manzi!
AMELIA: –Imposte, Argentino. Imposte. No podemos renunciar a nuestro repertorio porque usted no maneja la emotividad. Sea profesional, caramba.
EL LIBANÉS: –Ahora yo regala tango gracioso. ¡Fuera de rebertorio!
RODOLFO: –¿Qué hace el turco?
AMELIA: –Libanés. Nos tenía una sorpresa.
EL LIBANÉS: –Tango gracioso dice mujer arruina hombre. Tango gracioso dice señor enamorado se funde.

RODOLFO: –¿Se funde con qué?
AMELIA: –Económicamente.
EL LIBANÉS: –Tango gracioso dice amor vuelve miserable. De Cépulo bresento ahora tango gracioso.

El libanés ejecuta unos acordes con la guitarra y comienza a cantar Chorra. Rodolfo y Amelia lo miran anonadados.

EL LIBANÉS: –Bor ser bueno, me busiste a la miseria, me colgaste datilera, me allanaste hasta el dolor. *(Rodolfo se tapa la cara con las manos. De entre sus dedos, asoman sus ojos desorbitados. Amelia sonríe entre comprensiva y espantada).* En tre mese, te comiste mercadito, el buestito de la feria, la chanchera mostrador. ¡Chola!

RODOLFO: –¡¿Chola?!

EL LIBANÉS: –Vos, tu vieja, tu mamá. Ora, tanto pavor a una mina que se en la calle me mira me desabrocho botón. Lo que más rabia me da, es haber estado tan vil.

El libanés mira el reloj de reojo, interrumpe el tema y saca la esterilla. Se arrodilla y comienza a rezar. Rodolfo y Amelia están petrificados. Rodolfo rompe la postura y empieza a gesticular. Abre los brazos, se agarra la cabeza, señala con las manos a El libanés. Parece que va a gritar, pero vuelve a gesticular con los brazos. Camina sin sentido en medio de sus gestos. El libanés reza.

RODOLFO: –No tengo palabras para describir esto.

AMELIA: –Fuerte ¿no?

RODOLFO: –¿Fuerte? ¿Ese es el único adjetivo que se le ocurre?

AMELIA: –Canta por fonética. No entiende lo que está diciendo. Entiende poco el castellano, imagínese el lunfardo.

RODOLFO: –¿Por fonética? ¿Y qué versión escuchó? Usted... usted... ¿Puedo tutearla?

AMELIA: –Está bien.

RODOLFO: –¡Vos sos la responsable de esto! No sé qué me indigna más, si lo que cantó o que corte los temas por la mitad para ponerse a rezar.

AMELIA: –Pará, Rodolfo.

RODOLFO: –¡Y te lo dije! ¡Y vos que no! Que era parte de la compañía, que había que respetar sus creencias... ¡Mirá las consecuencias!

AMELIA: -Está aprendiendo, Rodolfo.

RODOLFO: -¡Lo apañás! ¡Siempre lo apañaste! ¿Dónde viste un turco tanguero? ¡Haceme el favor!

AMELIA: -No te pongás así. No es para tanto.

RODOLFO: -¿Y cómo querés que me ponga? Lo que pasa que para vos todo es una joda. Que matememos a tu marido, que nos persiga INTERPOL, que vivamos a los saltos.

AMELIA: -Estás diciendo pavadas.

RODOLFO: -Ah, sí, claro. ¡Una pavada! Tres meses en un país y tenemos que rajar. ¡Y para vos es una pavada!

AMELIA: -Tenemos que rajar porque te volviste paranoico. Ves a un policía a mil metros y ya creés que te está persiguiendo.

RODOLFO: -¡Ah! ¿Ahora no nos persiguen? ¿Cuándo pasó que no me enteré? ¡Paranoico!

AMELIA: -Sí, paranoico. ¿O no te acordás lo que pasó en Italia? Golpean la puerta de la pensión y vos nos querías hacer salir a todos por la ventana. Voy a atender y era un vendedor de biblias.

RODOLFO: -¡Era un policía disfrazado de vendedor de biblias!

AMELIA: -Claro, y el mozo de la tasca de Madrid también era policía.

RODOLFO: -No, ese no. Era informante.

AMELIA: -Nos atiende, habla por teléfono y vos me hacés salir corriendo.

RODOLFO: -¡Nos estaba batiendo, Amelia!

AMELIA: -¿Y cómo sabés? Pudo haber estado hablando con la mujer, con el hermano, con cualquiera. Pero para vos nos estaba denunciando.

RODOLFO: -¡Por supuesto que nos estaba denunciando! Si no fuera por mí, ya habríamos vuelto a Buenos Aires encadenados.

AMELIA: -¿Qué te está persiguiendo, Rodolfo?

RODOLFO: -Vos, tu marido, el cabaret que no fue, la policía. ¡Todos me persiguen!

AMELIA: -Ah, y no estás paranoico. ¿Yo te persigo?

RODOLFO: -¡Por supuesto! Incentivando a este turco de mierda para que cante. ¿Qué buscás? ¿Sacarme del medio? ¿Suplantarme? ¿Seguir la gira con este guacho?

AMELIA: -No voy a escuchar esos delirios. Mejor cortamos la discusión acá.

RODOLFO: -¡Claro! Porque no te conviene. Te di en el ojo, ¿eh?

AMELIA: -Fui bastante permisiva permitiendo que me tutearas. Pero agresiones, no.

RODOLFO: –¡Ah! La verdad para vos es agresión. Andá, turra.
AMELIA: –¡Turra tu madre! ¡Andá a hacerte un lavaje de cerebro!
RODOLFO: –¡Y vos andate a lavar la concha! ¡Putá!

Rodolfo y Amelia salen cada uno por su lado, bufando abiertamente. El libanés termina con sus rezos y se incorpora. Toma la guitarra y se coloca en posición para continuar el tema.

EL LIBANÉS: –Segonda barte de Chola.

Mira alrededor y no ve a nadie.

EL LIBANÉS: –Aryentino... Aryentinita...

Se angustia. Recoge sus cosas y queda sin saber qué hacer. Empieza a caminar en cualquier dirección.

EL LIBANÉS: –Aryentino... Aryentinita...

La estatua de Tito queda solitaria.

ESCENA 8

Montañas de El Líbano. Amelia y El libanés observan el paisaje.

AMELIA: –No puedo explicar por qué matamos a mi marido, Yassuff. Un crimen siempre va a tener razones, pero nunca justificaciones. Acá en la distancia, aquellos motivos que antes me parecían suficientes, hoy parecen livianos. Solamente queda adjudicarlo a la imperfección del hombre. No, mi marido no era mal tipo. Pero me enamoré de Rodolfo. Éramos dos cantantes de cabaret compartiendo nuestra pasión por el tango. Y una pasión lleva a otra pasión. Ese es el problema del arte. Construye universos y uno termina creyendo que es la única realidad posible. Lo demás le molesta. Entonces uno quiere eliminar todo aquello que se le oponga a sus fines. No, no quiere abandonarlo. Quiere borrar toda cotidianeidad, quiere vivir en los sueños. Quiere ser

un artista pleno. Rodolfo era la pureza. Porque al fin y al cabo ¿existe algo más puro que el amor prohibido? Es el amor que surge a pesar de todo y en contra de todas las conveniencias. No especula, no mide. Solamente desea. Darle espacio o no es el gran conflicto del hombre. Y cuando uno decide darle espacio, quiere vivir nada más que eso. Esa plenitud espiritual que antes encontró en forma incompleta en el arte, en la religión, en los hijos. Quiere perderse en ese universo lejos de lo mundano, de las conveniencias. El amor puro y el arte. Y apoderarnos del cabaret de mi marido. Eso es lo que nos ofrecía el futuro, Yassuff. Y decidimos darle lugar. No nos dimos cuenta de que el hombre enamorado degenera su percepción de la realidad. Degenera nuestra propia imagen. Y el amor persiste, pero degenerado. Ya no es el amor puro, sino el que pagó un precio alto para ser. Es un amor degenerado. *(Pausa)*. Hoy somos monstruos. Ese amor puro, por causa de un acto impuro, degeneró en rencillas, frialdades, reproches. Fuimos perdiendo por el camino el respeto, la adoración, la comprensión. El amor nos reprocha no haberlo mantenido puro. Y se vuelve vengativo. Nos prometía la santidad y fallamos. En lugar de elevarnos sobre las cosas, somos más imperfectos que antes. Nos dejó a solas con nuestra propia monstruosidad. Leímos mal. Interpretamos mal. Creíamos que había que mantenerlo a cualquier precio. Era la tentación de la pureza. Y cedimos a esa tentación. El precio fue tan elevado que lo destruyó, aunque al principio no nos hubiéramos dado cuenta. Y al fallar en ese acto primordial, seguimos fallando siempre, cada vez más. *(Pausa)*. ¿Entiende algo de lo que le digo, Yassuff?

EL LIBANÉS: –Mitad.

AMELIA: –El Líbano es un hermoso país, Yassuff. ¿Por qué lo abandonó?

EL LIBANÉS: –Hermosura ojos. Hambre estómago.

AMELIA: –¿Nada más que por hambre?

EL LIBANÉS: –Líbano toca laúd. Yassuff toca guitarra. Yassuff va a España y toca flamenco. Líbano no entiende flamenco. Yassuff entiende flamenco.

AMELIA: –*(Ríe)*. ¡Y terminó tocando tango!

EL LIBANÉS: –Tango dolor de la pérdida. Yassuff entiende la pérdida.

AMELIA: -Su familia...

EL LIBANÉS: -Mujer Yassuff dice: ve Yassuff. Ve España. Toca guitarra España. Sé artista, manda dinero. Yassuff feliz, familia feliz.

AMELIA: -Deben amarlo mucho. Usted también a ellos.

EL LIBANÉS: -Amor no se sueña. Amor se construye. Distancia es sueño. Lugar es construcción. Mucha distancia, mucho sueño. Construcción se cae.

AMELIA: -Pero ahora está de vuelta, Yassuff. Puede volver a construir lo que se ha quebrado.

EL LIBANÉS: -Yassuff de paso. Acompaña Aryentino y Aryentinita. Yassuff ya no Líbano. Yassuff de ningún lado.

AMELIA: -Como nosotros... pero uno siempre ansía volver. Y construir nuevamente.

EL LIBANÉS: -Pasado muerto. No revive. Solo sueño. Pasado no está más. Futuro sueño. Presente está solo Aryentino y Aryentinita.

AMELIA: -Me llamo Amelia.

EL LIBANÉS: -Amelia... ¿Puedo decir señora Amelia?

AMELIA: -Sí. Puede llamarme Amelia.

Entra Rodolfo. Se lo ve de buen ánimo.

RODOLFO: -¡El Líbano está lleno de turcos!

AMELIA: -Libaneses. Yassuff va a continuar con nosotros.

RODOLFO: -¿Qué? ¿Nos vamos?

AMELIA: -Apenas te ataque la paranoia.

RODOLFO: -¡Ya te dije que no soy paranoico! Y te lo demuestro: acá estamos a salvo.

EL LIBANÉS: -¡Yassuff no quiere Líbano! ¡Yassuff quiere mundo!

RODOLFO: -¡Y a mí que mierda me importa! Acá estamos tranquilos.

AMELIA: -Escuchemos a Yassuff.

EL LIBANÉS: -Yassuff se va de Líbano.

RODOLFO: -¡Y que se vaya! Buscamos otro guitarrista y solucionamos el tema.

AMELIA: -No hay guitarristas en el Líbano. Acá se toca el laúd. No me imagino un tango acompañado por un laúd árabe.

RODOLFO: -¡Mejor! Busquemos un bandoneonista que es lo que siempre quise.

AMELIA: -¿En El Líbano?

EL LIBANÉS: -Líbano no bandoneón.

RODOLFO: –¿Qué? ¿Ahora dependemos del turco?
AMELIA: –No se trata de eso. Yassuff nos ha acompañado sin cuestionar nada. Merece la misma atención.
EL LIBANÉS: –Yassuff raja de Líbano.
RODOLFO: –¡Turco hijo de puta! ¡Nos tiene agarrado de las bolas!
AMELIA: –¡Rodolfo!
RODOLFO: –Perdón, Amelia. Pero... me llamaste por mi nombre.
AMELIA: –Yassuff ya sabe nuestros nombres.
RODOLFO: –¡También eso! No me quiero ir.
AMELIA: –Hagamos un trato, Rodolfo. Nos quedamos un tiempo más. Total, acá no corremos peligro. Y cuando Yassuff lo disponga, nos vamos.
EL LIBANÉS: –Yassuff raja de Líbano.

Rodolfo refunfuña. Amelia y El libanés lo miran esperando respuesta. Asiente con la cabeza.

RODOLFO: –¡Putá madre!
AMELIA: –¡Rodolfo!
RODOLFO: –Perdón, Amelia.

Los tres se vuelven a contemplar el paisaje.

ESCENA 9

Desierto del Siná. Acarreando bultos y resoplando, Amelia, Rodolfo y El libanés caminan penosamente. Amelia y Rodolfo, con sombreros y telas, intentando protegerse del sol. El libanés viste las típicas prendas árabes. La marcha es forzada, tambaleante. El libanés cae de rodillas sollozando, pronunciando por lo bajo palabras en su idioma. Rodolfo se para en seco mirando fijo el horizonte. Amelia toma agua de la cantimplora.

RODOLFO: –Vos vas a insistir que estoy paranoico, pero allí viene tu marido acompañado de policías.
AMELIA: –Estás paranoico.
RODOLFO: –¡Yo sabía que nos iban a encontrar! Ni bien salimos de El Líbano, lo supe. Era cuestión de tiempo.
AMELIA: –Es un espejismo, Rodolfo. Estás delirando. Allá no hay nada.

RODOLFO: –Viene enojado tu marido. ¿Qué le pasa? ¿No se aguanta un asesinato?

AMELIA: –Reaccioná, Rodolfo.

RODOLFO: –(Toma a Amelia por los brazos). ¡Rajemos! ¡El hijo de puta de tu marido nos encontró! ¡Hacé algo, Amelia!

Amelia le da un rotundo cachetazo. Rodolfo queda paralizado. Se toma la mandíbula tratando de acomodarla.

RODOLFO: –Cuando te pedía que hicieras algo, no me refería a esto, Amelia.

AMELIA: –En primer lugar, mi marido no era ningún hijo de puta. Había que matarlo, está bien. Pero sin rencores. En segundo lugar, allá no hay nada. Es un espejismo. Mirá bien.

Amelia le moja la cara con la cantimplora. Lo obliga a beber. Rodolfo se da vuelta temeroso. Se vuelve hacia Amelia. Hablan por lo bajo, casi susurrando.

RODOLFO: –Yo todavía lo veo ahí.

AMELIA: –Pero entendés que no hay nada ¿no?

RODOLFO: –Entiendo, pero lo veo.

AMELIA: –Repetí conmigo: es un espejismo.

RODOLFO: –Es un espejismo.

AMELIA: –No. Para vos. Para adentro. Cerrá los ojos. Concentrate. Es un espejismo.

RODOLFO: –(Lo hace). Es un espejismo.

AMELIA: –Probá ahora. Mirá.

Rodolfo abre los ojos y mira. Se vuelve hacia Amelia y le sonríe.

AMELIA: –¿Y?

RODOLFO: –Está, pero no avanza. Creo que lo tengo controlado.

AMELIA: –¡Putá madre!

RODOLFO: –¡Amelia!

AMELIA: –Perdón, Rodolfo.

RODOLFO: –Volvamos a El Líbano, Amelia. Ahí estábamos a salvo.

AMELIA: –No podemos, Rodolfo. ¿Qué hacemos con Yassuff?

RODOLFO: –Lo matamos y listo. Sabe demasiado.

AMELIA: –Tu estado está empeorando, Rodolfo. Te lo pregunto de otra manera. ¿Qué hacemos sin Yassuff?

RODOLFO: –Buscamos otro guitarrista. Que no sea turco, eso sí. Los turcos son traidores por naturaleza. Este nos va a entregar por veinte guitas. Quizás hasta encontremos un bandoneonista.

AMELIA: –¿Aquí? ¿En el desierto? ¿Pensás que van a aparecer guitarristas desde atrás de las dunas? ¿Y quién nos saca de acá? Calmate, Rodolfo. Por favor.

EL LIBANÉS: –(*De rodillas*). ¡Máteme, señor Rodolfo! ¡Sea el brazo de Alá! No merezcu vivir!

RODOLFO: –¿Viste? Quiere que lo matemos.

AMELIA: –Rodolfo...

EL LIBANÉS: –¡Máteme! ¡Prefiero que mate usted y no familia mujer de Yassuff!

RODOLFO: –Me está pidiendo que lo mate. Es un acto de caridad, Amelia.

AMELIA: –Rodolfo...

EL LIBANÉS: –¡Yassuff culpable! ¡Abandonó familia! ¡Yassuff dele guitarra y no manda plata! ¡Mujer ofendida! ¡Hijos Yassuff ofendidos! ¡Familia mujer de Yassuff ofendida! ¡Pueblo Yassuff ofendido!

RODOLFO: –¿Viste? Es una porquería. Merece la muerte.

AMELIA: –Rodolfo, no creo que estemos en condiciones de juzgar a Yassuff.

EL LIBANÉS: –¡Mate Yassuff, señor Rodolfo!

RODOLFO: –¡Sí que te voy a matar! ¡Por culpa tuya tuvimos que salir de El Líbano! ¡Mirá donde estamos!

Rodolfo empieza a patear a El libanés en el suelo. Amelia intenta detenerlo. El libanés grita ente cada patada, pero no se protege.

EL LIBANÉS: –¡Castigue Yassuff, señor Rodolfo! ¡Mate Yassuff, señor Rodolfo!

AMELIA: –¡Pará, Rodolfo!

RODOLFO: –¡Tomá, turco hijo de puta! ¡Tomá, turco de mierda!

EL LIBANÉS: –¡Yassuff no turco! ¡Yassuff libanés atorrante!

AMELIA: –¡Basta, Rodolfo!

Amelia logra apartar a Rodolfo. El libanés solloza. Rodolfo mira a Amelia jadeando.

RODOLFO: –¿No querés hacer el amor, Amelia? Me volvieron las ganas.

AMELIA: –Estás loco.

RODOLFO: –Acá, en la arena. Delante de tu marido. Delante del turco. Dale, Amelia.

AMELIA: –Salí, asqueroso.

Amelia va hacia El libanés. Se arrodilla a su lado y le palmea la cabeza. Rodolfo empieza a sollozar. A tropezones camina hacia donde están los dos y cae también de rodillas. Amelia acaricia la cabeza de ambos.

AMELIA: –Ya, chicos. Ya.

Empieza a soplar el viento. Los tres se envuelven la cabeza con las telas para protegerse de la arena.

RODOLFO: –Lo único que nos faltaba. Una tormenta de arena. ¿Seguimos?

EL LIBANÉS: –Seguir no. Gente se pierde en tormenta de arena. Quedar hasta que pase.

Los tres se sientan. Únicamente pueden vérselo los ojos.

AMELIA: –Me vino a la memoria su versión de “Anclado en París”, Rodolfo.

RODOLFO: –Bueno, no estamos en París, precisamente, pero el sentido del tema creo que se adapta.

AMELIA: –Saque la guitarra, Yassuff. Cantemos hasta que pase el viento.

El libanés saca la guitarra. Hace unos acordes que apenas vencen el sonido del viento.

RODOLFO: –Si me permiten, se lo voy a dedicar a tu marido y esos policías que tan gentilmente nos acompañan. A él siempre le gustó mi versión de “Anclado en París”

AMELIA: –(Le sonríe piadosa.) Como quiera, Rodolfo.

Rodolfo empieza a cantar. Los otros se le unen suavemente. El viento se va haciendo cada vez más fuerte hasta cubrir el canto.

ESCENA 10

Café en El Cairo. Sentado en una mesa solo, Rodolfo mira hacia la nada.

RODOLFO: –No sé qué me abruma más. Si Amelia o la culpa. O quizás Amelia sea la imagen de la culpa. Tal vez, si me libero de Amelia, me libre de la culpa. No lo sé. En ese caso, la soledad es el destino final del hombre. Siempre pensamos la soledad como un defecto y al amor como una manera de anularlo. Pero, tal vez, sea al revés. La soledad es la virtud y el amor, el defecto. Es el engaño que nos impide encontrarnos con nuestro destino. Es la distracción que nos susurra que somos incompletos, que nuestros días están vacíos, que es necesario recorrer el tiempo con alguien. Y nos impide vernos, encontrarnos, ser nosotros mismos. Sí, mala cosa el amor. Nos lleva por caminos equivocados y nosotros felices, pensándonos virtuosos, creyéndonos realizados. Seguro que alguien diría que eso no es amor. Todo el mundo habla del amor y cada uno esgrime su propio ideal. Y, finalmente, en algún punto, se equivocan todos. Entonces se justifican diciendo que no era el amor verdadero, que el amor tiene altibajos, que el amor se gasta como los cuerpos. Y si no podemos ponernos de acuerdo en qué es el amor, entonces el amor es un invento, como Dios. Un ideal no comprobable.

El libanés se acerca a la mesa. Mira a Rodolfo y a su alrededor con desconfianza.

EL LIBANÉS: –Señor Rodolfo...

RODOLFO: –¿Qué hacés, turco? Vení, sentate. Acá me ves conversando con el marido de Amelia. *(El libanés mira las sillas vacías, alucinado. Rodolfo, por lo bajo).* No te preocupés. Vos estás a salvo. De momento yo también, hasta que no llegue la orden de extradición. Saludá, turco.

EL LIBANÉS: –*(Anonadado).* Mucho gusto...

RODOLFO: –Le estaba diciendo al marido de Amelia que vos no tenés nada que ver. Que sos nada más que un guitarrista contratado. Claro, vos también tenés tus culpas. A mí me quieren llevar para hacerme juicio. A vos te quieren matar sin juicio previo. El sistema es distinto.

- EL LIBANÉS: –Señur Rodolfo... usted no está bien. Ya dijo señora Amelia que está enfermo.
- RODOLFO: –¡Ah! Vos también pensás que estoy paranoico.
- EL LIBANÉS: –Señura Amelia dice usted es quizás frenético.
- RODOLFO: –¡Esquizofrénico! Aprendé a hablar, turco pelotudo.
¡Esquizofrénico! ¿Y vos qué pensás?
- EL LIBANÉS: –Señur Rodolfo... Acá no marido de Amelia. Acá no hay nadie.
- RODOLFO: –¡Y claro que no hay nadie! ¡Ya sé que no hay nadie! Pero con algo tengo que hablar. Llevo demasiado peso adentro y tengo que librarlo. Llega un momento en la vida de un hombre que solo puede hablar con sus fantasmas.
- EL LIBANÉS: –No asuste Yassuff. ¿Qué dicen fantasmas, señor Rodolfo?
- RODOLFO: –Que debería matar a Amelia.
- EL LIBANÉS: –Usted querer matar medio mundo. ¿Por qué fantasmas decir matar señora Amelia?
- RODOLFO: –Para librarne de la culpa.
- EL LIBANÉS: –Sacar culpa creando otra culpa... No veo negocio, señor Rodolfo.
- RODOLFO: –¿Vos estarías dispuesto a ayudarme?
- EL LIBANÉS: –¡No pida eso! ¡Yassuff no matar nadie! ¡Alá no permite!
- RODOLFO: –Calmate, turco. Hablaba por hablar.
- EL LIBANÉS: –Hablar por hablar malos pensamientos, señor Rodolfo. Fantasmas no buenos.
- RODOLFO: –La muerte viene a mí en cada momento, turco. Es como una gira. Por más éxito que tengás en una actuación, lo que verdaderamente importa es la promesa del éxito venidero. Y si la actuación fue un desastre, ni te cuento. Amelia fue un desastre, turco. Mejor olvidar.
- EL LIBANÉS: –Matar y olvidar no es lo mismo, señor Rodolfo.
- RODOLFO: –Olvidar es matar en la mente. Un gesto más y tenés el olvido total. Entonces, la promesa del futuro va a ser completa. Una promesa sin la mancha del pasado. ¿Entendés, turco?
- EL LIBANÉS: –Mitad. Usted retorcido, señor Rodolfo. Vida más simple. Culpa sabiduría.
- RODOLFO: –La culpa es sabiduría... tal vez. Pero como dicen, la sabiduría es la enemiga de la felicidad. Prefiero ser feliz a sabio.
- EL LIBANÉS: –Mala elección, señor Rodolfo.

Entra Amelia, pensativa. Se sienta junto a ellos sin saludar.

RODOLFO: –¿Qué tal tu excursión a las pirámides, Amelia? ¿Cómo están?

AMELIA: –Inamovibles.

EL LIBANÉS: –(*Riendo*). ¡Pirámides inamovibles! ¡Hombres movibles! Pirámides siempre están. Hombres van y vienen con los vientos. Pirámides hacen historia. Hombres pasan, no queda nada.

Rodolfo y Amelia lo mira. No festejan.

AMELIA: –Nos tenemos que ir.

EL LIBANÉS: –Queda Egipto, señora Amelia. Queda haga historia. Queda en algún lado.

AMELIA: –¿Qué tomó?

RODOLFO: –Creo que café.

AMELIA: –¿A él también el café lo exita?

Rodolfo se alza de hombros. El libanés espera una respuesta expectante.

AMELIA: –Sí. Nos vamos a quedar. Pero no en Egipto.

RODOLFO: –¡En el Líbano!

Amelia y El libanés lo miran. Amelia continúa, ignorándolo.

AMELIA: –Nos vamos a quedar en un país en que el tango tenga alguna posibilidad. No podemos dejar de ser artistas. No podemos dejar de soñar con el triunfo. Tal vez algún país europeo...

RODOLFO: –¡Ya los probamos todos!

AMELIA: –Entonces Latinoamérica.

RODOLFO: –¿Latinoamérica? Vamos a estar cerca de la Argentina. De nuestra casa.

AMELIA: –Sí, vamos a estar cerca.

Los tres quedan mirando la mesa. Los sonidos de la calle contrastan con el mutismo.

ESCENA 11

Algún hotel en Marruecos. En un sillón, Amelia se lima las uñas. El libanés, parado con la guitarra, entona “Mi buenos Aires querido”. El acento le ha mejorado considerablemente. Tras la primera estrofa, deja de cantar, disgustado.

EL LIBANÉS: –No puedo cantar “cuando te vuelva a ver” Nunca lo vi.

AMELIA: –Imagine, Yassuff. Imagine.

EL LIBANÉS: –Una vez vi foto de gauchos cazando vacas con lazo. ¿Eso Buenos Aires?

AMELIA: –No. Cerca. Pero no es Buenos Aires.

EL LIBANÉS: –¿Por qué argentinos cazan vacas con lazo? ¿Para no hacerles daño?

AMELIA: –Argentina es la capital del holocausto vacuno, Yassuff. Mire si no le van a hacer daño. Lo que vio usted es una foto turística. Costumbres.

EL LIBANÉS: –Si vamos a Buenos Aires... ¿No habrá más penas?

AMELIA: –Quien sabe, Yassuff. Ojalá.

El libanés vuelve a cantar “Mi buenos Aires querido” Vuelve a detenerse, disgustado.

EL LIBANÉS: –Es inútil. No lo siento. No sale de adentro.

AMELIA: –No sea exigente. Ha mejorado mucho. Su dicción es casi perfecta.

EL LIBANÉS: –¿Me confundo con señor argentino?

AMELIA: –Todavía no. Falta un poco.

Se escuchan forcejeos en la puerta que intentan abrirla. Al fin, entra Rodolfo de buen ánimo.

RODOLFO: –¡Marruecos está lleno de turcos!

AMELIA: –¿Alguna vez oíste hablar de los gentilicios, vos?

RODOLFO: –Tengo noticias. Esta noche sale un petrolero para Brasil. Ya hablé con el capitán del barco. En portugués. Pero nos entendimos gracias al soborno.

Rodolfo sonríe. Amelia deja de limarse. Lo mira. Yassuff deja la guitarra y se sienta.

AMELIA: –¿Y?

- RODOLFO: –¿Cómo y?, habíamos hablado de ir a Colombia o a Venezuela. Este nos deja cerca.
- AMELIA: –Tu noción de la distancia es más o menos como tu noción de los gentilicios. ¿A qué llamás cerca?
- RODOLFO: –Nos deja en Río de Janeiro. Cruzamos la selva amazónica y estamos en Venezuela.
- EL LIBANÉS: –Señur Rodolfo está en pedo.
- AMELIA: –¡Yassuff!
- EL LIBANÉS: –Perdón, Amelia.

Rodolfo deja de sonreír. Mira a los dos confundido.

- RODOLFO: –Estuve todo el día en el puerto de Casablanca. Es el único barco que sale para Sudamérica. Salvo un crucero que parte para...
- AMELIA: –La Argentina.
- RODOLFO: –Sí. ¿Cómo sabías?
- AMELIA: –Yassuff. Ya arreglamos. Viajamos en el crucero como números artísticos.
- RODOLFO: –Pero... No podemos volver a la Argentina.
- AMELIA: –(Asiente). Hay algunos inconvenientes. Pero pueden solucionarse.

El libanés extrae un revólver y lo apoya en su falda. Lo mira neutro, empuñándolo. Rodolfo mira a El libanés. Este le devuelve la mirada. Le señala con el dedo a Amelia. El libanés niega con la cabeza, lentamente. Amelia vuelve a limarse las uñas.

- RODOLFO: –No... ¿Vamos a subir al crucero a los tiros? ¿Qué hace el turco con el revólver?
- AMELIA: –Te va a matar, Rodolfo.
- RODOLFO: –¿Cómo que me va a matar? Turco, guardá el chumbo. No seas pelotudo. ¿Cómo que me va a matar?
- AMELIA: –Vos me querías matar a mí.
- RODOLFO: –¿Quién te dijo eso?
- AMELIA: –Yassuff.
- RODOLFO: –¡Era un juego! ¡Una especulación filosófica! ¡Una exploración de futuros alternos! ¡Una diacronía! Turco, decile.
- AMELIA: –(Lo mira fijo). ¡Dignidad, Rodolfo!

Rodolfo queda paralizado ante la frase. Toma aire y se sienta como si estuviera por tomar el té.

- RODOLFO: –Admito mi perplejidad, Amelia. Tal vez quiera ilustrarme.
- AMELIA: –¿Con respecto a...?
- RODOLFO: –Bueno, podríamos comenzar con lo del viaje a la Argentina.
- AMELIA: –Una extraña, Rodolfo. A esta altura me parece que lo más lindo de una gira es cuando se vuelve. Como dijo Yassuff, hay que quedarse en algún lado para hacer historia. Me seduce pensar en el cabaret de mi marido.
- RODOLFO: –Me parece que está olvidando un pequeño asesinato.
- AMELIA: –Ah. Bien. Eso. No lo olvido. Usted mató a mi marido. Yo fui raptada, engañada, corrompida, seducida y quién sabe que otras posibilidades por usted. Estuve hablando a la Argentina. Salvo lo de usted, nadie tiene claro qué pasó. Ni siquiera espero una condena. Hoy por hoy los abogados hacen más milagros que los curanderos.
- RODOLFO: –Lo cual nos lleva a la segunda pregunta.
- AMELIA: –¿Por qué matarlo a usted?
- RODOLFO: –Efectivamente.
- AMELIA: –Comprenderá que no puedo dejar cabos sueltos. La única persona que podría desmentir lo que yo digo es usted. Usted se ha vuelto inestable, Rodolfo.
- RODOLFO: –Un riesgo excesivo. Lo entiendo.
- AMELIA: –Yo puedo volver a la Argentina. Pero su caso es una complicación ¿verdad?
- RODOLFO: –Así es.
- AMELIA: –Además, en el crucero hay lugar para dos. Conformaremos el dúo con Yassuff.
- EL LIBANÉS: –Aryentino y Aryentinita.
- RODOLFO: –Lo va a tener que pulir un poco.
- AMELIA: –Estamos trabajando. Pero vamos a llegar.
- RODOLFO: –Bueno, creo que es todo. Salvo que no me queda claro el interés de Yassuff en mi muerte.
- AMELIA: –¡Oh, que tonta! Me olvidaba lo fundamental. Yassuff es mi amante.

Rodolfo se desinfla en el sillón. Empieza a respirar agitadamente hasta que estalla.

RODOLFO: –¡Turco hijo de puta! ¡Traidor! ¡Turco de mierda! ¡Carroñero!

Rodolfo se abalanza sobre El libanés. Este se para de golpe y apunta a Rodolfo en la frente. Se paraliza. Lo mide con la mirada. Se sienta.

RODOLFO: –Cornudo... ¿Desde cuándo?

AMELIA: –Desde El Líbano.

RODOLFO: –Así que esa era la razón de la huida. Así que por eso me querés matar.

EL LIBANÉS: –Y porque decir turco. Yo no turco. Odio los turcos.

AMELIA: –Una imprudencia. Nos sorprendió la mujer de Yassuff. En fin...

RODOLFO: –Una última cosa...

Se sienta en la punta del sillón. Hace señas a Amelia para que se acerque. En voz baja, tratando de borrar la presencia de El libanés. Este permanece parado entre los dos, con el revólver en la mano.

AMELIA: –¿Sí?

RODOLFO: –¿Tiene algo... personal... para decirme? ¿Alguna última cosa?

AMELIA: –No.

RODOLFO: –¿Tan insensible es?

AMELIA: –Todo lo contrario. ¿Tiene idea de cuantas explicaciones cruzan por mi mente? ¿Cuántos gritos, cuántos llantos? Tengo palabras para alargar un año su muerte. ¿Cómo explicar el tormento? Yo no soy capaz de entenderlo. ¿Lo entendería usted? ¿Y de qué serviría? Sentí por usted la misma pasión que ahora siento por Yassuff. Pero la pasión no puede entenderse. Y menos explicarse. ¿Comprende?

RODOLFO: –No.

Quedan mirándose un instante. De pronto, Rodolfo empuja a Amelia y sale corriendo. El libanés es tomado de sorpresa y cae sentado en el sillón. Se escucha el forcejeo de la puerta que intenta abrirse. Amelia suspira y comienza a limarse las uñas. El libanés corre detrás de Rodolfo. El forcejeo de la puerta es más desesperado. Luego, un grito de odio: “hijos de puta”, seguido por un disparo. Amelia tiene un estremecimiento. Reaparece con el revólver aún humeando en la mano. Se sienta.

EL LIBANÉS: –Bastante maleducado, señor Rodolfo.

Se sienta. Toma la guitarra.

AMELIA: –Tocala de nuevo, Yassuff.

El libanés hace unos acordes.

AMELIA: –¿Desea un café?

No hay respuesta. Amelia queda estática con la lima de uñas en la mano. El libanés ejecuta en guitarra “Mi Buenos Aires querido”, abstraído.

FIN

DÍAS DE SOL

DÍAS DE SOL

ESCENA 1

Día de sol en el camping. María Cristina y Peli están paradas frente a una parrilla, donde se cocinan chorizos y zucchinis. María Cristina revuelve el fuego con un atizador. Está vestida como si fuera a un baile de gala. A su lado, Peli, con un batón floreado, chupa una naranja.

M. CRISTINA: —¡Pero qué hermosos tenés los chicos, Peli! ¡Preciosos los guachos! Les dedicás. Vos les dedicás. ¡Ay, cómo te admiro! Abnegada. Sos una madre abnegada. Mirá los míos en cambio. Un desastre. Es que yo no les dedico. No soy abnegada. Se van criando como pueden, los hijos de puta. ¿Viste lo que dice ahora la psicología moderna? Que a los chicos hay que hablarles como a las plantas. Le dije a Lucho: che, vamos a hablarles un poco a los chicos. Para qué, si son unos delincuentes, me dijo el Lucho. Tiene razón. Si no los acogoto yo, van a terminar masacrados por la policía, pero no llegan a la mayoría de edad. Pero una madre es una madre, así que les hablo, les hablo, les hablo...

PELI: —Vos les gritás.

M. CRISTINA: —¡Pero cómo no les voy a gritar si no hacen caso esos pendejos de mierda! Tengo que convencerme, Peli. No soy abnegada. Me sacan. Vos sabés que me sacan. La paciencia no es mi fuerte, Peli. ¡Pero mirá lo que está haciendo esa porquería! ¡Ignacio! ¡Dejá tranquilo al señor! ¡Rajá de ahí! Si lo llega a molestar, me lo arrea de una patada nomás. ¿Pero te das cuenta de lo confianzudos que son? Se van con cualquiera. Che, Peli, qué fuerte que está tu vecino. Exuda hombría. Una bestia, un animal el tipo. Un verdadero macho cabrío.

PELI: —Es marica.

M. CRISTINA: —¡Callate! Lo decís porque me miró. Fijate los ojos. Agudos, profundos. Todo el aspecto de gitano, como Sandro. Te hipnotiza con la mirada.

PELI: —Se delinea.

M. CRISTINA: —Ay, Peli, cómo matás la fantasía vos, ¿eh? Ahí lo tenés a Lucho, jugando al fútbol con tu marido. La última vez que me miró fue hace quince días, cuando me compré la peluca rubia. Me miró, resopló y no dijo nada. ¡Qué hombre poco comunicativo! Así que dejame que me haga la croqueta, aunque sea puto. Che, ¿estos

chorizos estarán? No les tengo el punto. Los zucchinis van bien. Mirá lo que es nuestro matrimonio, Peli. Él puro chorizo y yo puro zucchini. ¿Puede haber un abismo más grande?

PELI: —Hay que pincharlos.

M. CRISTINA: —¿A los chorizos? ¡Ay, cierto! Me había olvidado. Si no quedan como hervidos, ¿no? ¡Putá madre! ¡Salpican! ¿Qué largan estas porquerías? ¡Un asco! ¿Dónde está Ricardito? ¡Ricardito! ¡Ignacio! ¿Dónde está tu hermano? Pero podés creer. Se escapa. Le sacás la vista de encima y se manda a mudar. ¡Señor! ¿No vio a un coloradito de seis años? Pelo enrulado con pecas. Le faltan los dientes de arriba y tiene un ojo en compota. Una piña del hermano. Perro y gato son. ¿No? ¡Lucho! ¡Andá a buscar a Ricardito! ¿Y qué sé yo donde está? ¡Dejá el partido y andá a buscarlo! ¿Y a mí que me importa que vayan ganando? ¡Es tu hijo, cornudo! ¿Pero te das cuenta, Peli? Quieren tener hijos y después no quieren ocuparse. Tu marido quiere agua.

PELI: —Que se la busque.

M. CRISTINA: —Le vivo diciendo a Lucho. Ocupate más de tus hijos. Educalos un poco. Son una cloaca los pendejos. Ignacio más o menos. Ricardito, seis años y ya putea en francés. La abuela que le enseña. ¡Ignacio! ¡Te dije que dejés en paz al señor! ¿Segura que es puto? Mirá la barba que tiene. Ahí lo trae de vuelta. ¡Sentalo ahí y que mire el partido! A ver si se queda un poco quieto, carajo. Ahí están de nuevo con la pelotita. No se pierde un partido por televisión. Y grita como si estuviera jugando él. Le dije el otro día a Lucho. Che, ¿por qué no juegan con dos pelotas? Sería más entretenido. Como el circo de dos pistas. Y aumentaría las posibilidades ¿no te parece? Me miró, resopló y no dijo nada. ¡Qué hombre poco comunicativo!

PELI: —Terminó el partido.

M. CRISTINA: —Ahora van a venir con un hambre de perros. Ni saqué los platos. Van a comer choripán de parados y van a seguir jugando. Ya los conozco. ¡Odio los días de camping! Sol y pasto. Decí que estás vos para charlar un poco, que si no... ¡Qué difícil es nuestro matrimonio, Peli! ¡Qué difícil!

ESCENA 2

Día de sol en el camping. Vestidos como futbolistas, Lucho y Elpidio descansan del partido sentados en un banco. La pelota, a sus pies. Silencio. Miran al frente. Comen choripán.

LUCHO: –No soporto el monólogo, Elpidio. No lo soporto. Es unilateral. Le falta la réplica. Uno tiene que quedarse sentado escuchando la catarsis del otro. ¡Qué me importa a mí la suma de cotidianidades que hacen infeliz a un hombre! Y ni siquiera tiene la posibilidad de meter un bocadillo y decirle: eso te pasa por pelotudo. María Cristina es una monologuista innata. Empezó a hablar hace diez años cuando la conocí y todavía no ha parado. Por entonces me acuerdo de que pensaba: apenas deje de hablar, la consagro a los dioses. Y no paraba la hija de puta. La llevé al departamento con ella hablando del exterminio de las ballenas. La desvestí escuchando el Parkinson de la madre. En pleno acto me susurraba sus posiciones preferidas y sus deseos de conocer el mundo. ¡Qué facilidad para hilvanar los temas! ¡El perrito acompañado por una puesta de sol en la Isla Margarita! No paraba, Elpidio. No paraba. Y no para. Hoy por hoy pienso: apenas deje de hablar, la acogoto. La agarro del cuello y aprieto hasta que el mundo quede en silencio. ¡Cómo cambia el deseo de un hombre! No supe medirlo. No supe darme cuenta de que los deseos de hoy son los arrepentimientos del mañana.

ELPIDIO: –Eso te pasa por pelotudo.

LUCHO: –Dale. Golpeá al caído nomás. Aprovechá. ¡Ignacio! ¡La concha de tu madre! ¡Dejá de romperle las pelotas al señor! Será posible estos pendejos de mierda. Rompebolas como la madre. ¿Quién es el puto de barba? ¿Vecino tuyo, no? ¡Ignacio! ¿Dónde está Ricardito? ¡Andá a buscarlo! ¡Andá te digo! Pirómano el pendejo. Si lo dejás solo, es capaz de prenderle fuego al quincho. Qué pedazos de delincuentes que son. Decí que el parricidio está mal visto, sino los hubiera inmolado en la cuna. Después crecen, se mandan cualquier cagada y el culpable es uno que los educó como el culo. ¡Mirá los tuyos en cambio! Sentaditos esperando que se reanude el partido. ¡Dos angelitos! ¿Vos lo mandás a un colegio de curas, no? Se ve que ahí te los encarrilan.

- ELPIDIO: –El Sagrado Corazón.
- LUCHO: –El Sagrado Corazón. Los tendría que mandar ahí. ¿Los aceptarán a los criminales estos? Si fuera por mí, los mando directo al reformatorio para ir ganando tiempo. Te juro que la humanidad me lo agradecería. Mirá el pendejito: admirador de Nerón. El otro pinta para asesino serial. Cuatro y ocho años. ¡Qué futuro!
- ELPIDIO: –Tu mujer te llama.
- LUCHO: –¿Qué mierda querés ahora? ¡Los estoy controlando, carajo! ¡Andá a la puta que te parió! Por qué no te ocupás un poco vos, yegua. ¿Pero te das cuenta? Yo nunca vi una madre desamorada como esta. Claro, le está coqueteando al puto vecino tuyo. ¿Es puto, no? ¡Sabés el chasco que se va a llevar cuando se dé cuenta de que hizo todo el trabajo al pedo! Pedile a tu mujer que traiga algo para tomar.
- ELPIDIO: –No me va a traer.
- LUCHO: –¡Pegale cuatro gritos! ¿Pero dónde mierda quedó eso que la mujer le debe obediencia al hombre? Me acuerdo clarito cuando me casé que el juez dijo que la esposa debe seguir al marido donde quiera este fije su residencia. ¡Si yo estoy acá, tiene que venir acá!
- ELPIDIO: –Pedile vos entonces.
- LUCHO: –No me va a dar bola. Díscola. Me ensarté con una díscola. ¡Qué mina hija de puta! Decí que estás vos para charlar un rato, si no... Yo en mi casa no hablo nunca. Ella se erigió como dueña de la palabra. Apenas si puedo meter alguna interjección de vez en cuando: aja, uju, ah. Mirá vos, es lo más largo que alcanzo a decir. El otro día se cayó con una peluca rubia. “¿Qué te parece?” Andá a contestar una cosa así. No es tema que dé para coloquio. Así que seguí viendo el partido. Si no fuese por vos que me escuchás, ya estaría ahogado en palabras. Che, ¿quién es esa bestia? Pero mirá que pedazo de mina. Una experiencia con ese animal y te convierte al budismo. Una noche y llegás al nirvana. ¡Tremenda!
- ELPIDIO: –Es lesbiana.
- LUCHO: –¡Rajá! ¿Cómo va a ser lesbiana con esas tetas? Tiene todo el tipo de la Ana Nicole en La pistola desnuda. Te revienta en tres cogidas, como hizo con el marido. Está bien que el millonario ya estaba re jovato, pero que muerte dulce, ¿no?
- ELPIDIO: –Es la esposa del barbudo.

LUCHO: —¿Del puto? ¿Ella lesbiana y él puto? ¿Pero qué clase de matrimonio es ese? ¡No! Es lo que digo siempre: se pudrieron todos los valores. Ya no hay respeto a las instituciones. ¿Para qué se casaron si no tienen nada en común? Un misterio la conducta humana. Para ser sinceros, con María Cristina tampoco tenemos nada en común. Yo soy carnívoro y ella, vegetariana. Ahora pretende que me haga choripán con zucchini. ¿Cómo vas a reemplazar un chorizo pulsado con una barra vegetal anodina? ¡Qué difícil es nuestro matrimonio, Elpidio! ¡Qué difícil!

ELPIDIO: —Sigamos jugando que se nos va el sol.

ESCENA 3

Día de sol en el parque. María Cristina y Peli hacen Tai Chi sobre el césped. En ningún momento interrumpen sus movimientos. Peli los marca.

M. CRISTINA: —¡Qué paz interior, Peli! ¿Viste que hace como cinco minutos que no hablo? Es una sensación de equilibrio, de bienestar, de que todas las cosas tienen un orden y que estamos viviendo bajo ese orden. Viste que Lucho no habla nunca y yo hablo hasta por los codos. Debe ser una forma de compensación, no sé. Eso ordena las cosas, ¿no? Lo que le falta a uno le sobra al otro. Lucho me critica que hablo demasiado. A lo mejor tiene razón, Peli. Pero odio el silencio. Me aterra el silencio. El silencio es el preámbulo del caos. O de la muerte. O la muerte misma. Cuando hablo, todo se ordena, todo cobra vida. La palabra es un regalo de Dios y no hay que desperdiciarlo, Peli. Al principio era el verbo. ¿Te acordás de La Biblia? ¡El verbo, Peli! ¿Qué significativo, no? Si el silencio invade el mundo, el verbo desaparece. ¡Ay, me da escalofríos!

PELI: —La serpiente sale de su madriguera.

M. CRISTINA: —Ahí está tu vecino. ¿Viste que no era puto? Una matraca la bestia. Te lo dije el mes pasado. ¿Dónde viste un gitano puto? Ahí lo tenés al otro. ¡Ignacio! ¡Dejá tranquilo al señor! ¡Ese no es tu padre, pelotudo! ¿Podés creer? Me acuesto con un tipo un par de veces y ya le dicen papá. ¡Cómo necesitan un padre esas criaturas! Vos viste. Lucho no está nunca, y, cuando viene, se momifica

frente al televisor. Y nada de programas educativos, eh. Partidos todo el día. La semana pasada me asomo y veo a todos negros corriendo. ¿Qué es eso? Digo yo. Liga congoleña de fútbol. Yo entiendo que la pasión es la pasión. Pero perder la vida siguiendo las alternancias del fútbol del Congo me parece demasiado. Fútbol todo el tiempo. Ni sé cómo tuvimos dos hijos. Un milagro de la ovulación. Cada cuatro años, como el mundial. Ahora que lo pienso, debe haber sido la euforia de pasar la ronda clasificatoria.

PELI: —Acariciando la cola del ave.

M. CRISTINA: —¿Cómo? ¿Cuál es esa? No tengo ese movimiento, Peli.

PELI: —Acariciando la crin del caballo.

M. CRISTINA: —¡Ah!, ¡Ahora sí! ¿Es lo mismo, no? ¿Por qué los chinos le ponen dos nombres distintos si es la misma cosa? Son raros los chinos. Admitime que son raros. Decí que vos me explicaste esto del Tai Chi, si no, lo único que sabía de los chinos era que tenían supermercados. Y lo del ying y el yang. Eso sí me gustó. Ahí descubrí que con Lucho no éramos opuestos, sino complementarios. Se lo traté de explicar el otro día al Lucho. ¡Lucho! ¡Vos sos el ying y yo soy el yang! O al revés, no me acuerdo. Me miró y no me dijo nada. ¡Qué hombre poco comunicativo!

PELI: —El gallo se para en una pata.

M. CRISTINA: —¡Ay! Esto es difícil, Peli. Destreza. Se necesita destreza. ¡Ricardito! ¡Salí de la fuente que está llena de porquerías! ¡No tomés esa agua, caballo! ¡Te va a agarrar diarrea! ¡Caca! ¡Caca! ¡Ignacio! ¡Sacá a tu hermano de ahí! ¡Dale una caja de fósforos y que se entretenga! ¡Y vos dejale de tocar el culo a las que hacen footing! ¡Me van a matar estos hijos de puta! ¿Será tarde para abortarlos? Che, los tuyos no se movieron del banco. Me parece que les está dando mucho el sol. Guarda con el resfrío de verano.

PELI: —Corranse.

M. CRISTINA: —Y van esas criaturitas de Dios. Peli, ¿vos les hiciste lobotomía? ¿Cómo puede ser que sean tan sumisos? ¡Lo que es ser una madre abnegada! Yo meta Piaget y no doy pie con bola. Es que no tengo el tipo maternal, Peli. Qué querés que te diga. ¿Leíste a Piaget? Dicen que es un cráneo. A mí no me resultó. Piaget dice que hay que contestar la pregunta de los hijos con otra pregunta. El otro

día vino Ricardito y me preguntó: Mamá, ¿puedo prenderle fuego al Rasti de Ignacio? Yo lo pensé un rato y fiel a Piaget le digo ¿y porqué querés prenderle fuego? Porque me gusta, me dice él. Ahí me cagó. Me quedé sin argumentos. Así que le prendió fuego nomás. Se lo dije a Lucho. Lucho: ese Piaget no tiene gollote. Me miró y no me dijo nada. ¡Qué hombre poco comunicativo!

PELI: -Vamos.

ESCENA 4

Día de sol en el parque. Lucho y Elpidio hacen gimnasia tradicional sobre el césped. En ningún momento detienen sus movimientos.

LUCHO: -¿Lo tenés a un tal Piaget? María Cristina me lo hizo leer entero. ¡Una porquería! Te digo: lo mejor con los hijos es cagarlos a patadas dos o tres veces por semana. No me vas a comparar la epistemología genética con un buen boleo en el culo. Ahí la tenés: haciendo Tai Chi con tu mujer. Ahora se copó con lo oriental. Ikebana. Llenó la casa de ramas secas. Jardín seco. Me cagó el césped con piedritas blancas. No pisés, me dice encima. ¡Si ya hizo mierda todo! Veinte kilos de piedritas blancas y una piedra negra en el centro. ¿Me vas a decir que eso es arte? Esta mina es como Atila: donde pasa no vuelve a crecer el césped. No tiene límites. Che, ahí está tu vecina. ¿Viste que no era lesbiana? ¡Las cosas que hace en la cama! ¡Eso es arte! Ya me parecía que no podía ser. Vos no tenés buen ojo para estas cosas. ¿Sos fiel vos?

ELPIDIO: -Sí.

LUCHO: -¡Rajá! ¿Cómo hacés? Mirá que hay que resistir la diversidad del mundo, eh. No me digás que te casaste virgen, porque me corto las bolas.

ELPIDIO: -Sí.

LUCHO: -¿Qué? ¿Y ella también era virgen?

ELPIDIO: -Sí.

LUCHO: -La mierda. Son raros ustedes, ¿no? ¡Ricardito! ¿Qué hacés, criminal? ¡Ignacio! ¿Vos le diste una caja de fósforos a tu hermano? ¡Andá a apagar eso! ¡De la fuente sacala al agua! ¡Dale

antes que se prenda toda la palmera! ¡Ricardito, la concha de la lora! ¡Te voy a acogotar hasta que quedés tartamudo! ¡Pero qué castigo de Dios estos pendejos! ¡Ignacio! ¿Qué esperás? ¡A la rana la descuartizás después! ¡Andá a apagar eso te digo! Che, por qué tus chicos no juegan con los míos. ¿Vos se lo prohibiste o algo así?

ELPIDIO: —No.

LUCHO: —Eh, no te pongas mal. Mirá que no me ofendo, eh. Yo sé que estos terroristas son mala influencia para cualquiera. ¡Qué Piaget ni Piaget! A estos no me los redime ni el Papa. ¿Qué opinás del exorcismo vos? En una de esas... Los tuyos son dos ángeles. Sentaditos en la sombra. No te podés quejar. Te los cambio. Una semana aunque sea. A ver si tengo un poco de respiro, carajo. ¡Me olvidaba! El otro día María Cristina me dijo que yo era yang. ¿Vos me ves cara de yang a mí? Y que ella era ying. ¡Andá a cagar! Una boludez más que me traiga de oriente y le hago el harakiri. ¡Qué difícil es nuestro matrimonio, Elpidio! ¡Que difícil!

ESCENA 5

Día de sol en la playa. María Cristina y Peli toman sol en unas reposeras. Ambas con enormes anteojos negros. María Cristina se levanta los anteojos.

M. CRISTINA: —¡Qué fuerte está el bañero, Peli! ¡Qué bíceps! ¡Qué tríceps! ¡Una estatua! Fijate la piel. Bronce puro. ¡El coloso de Rodas! Una de las siete maravillas del mundo. Ahí se da vuelta. ¡Upa, qué pedazo de bulto! Le bajás la tanguita y se te revela el sentido de la existencia, Peli. La contestación a todas las preguntas comprimidas en un pedazo de carne. La prueba empírica de la existencia de Dios. ¡Ay, Peli! El universo se rige por el deseo. ¿No te parece?

PELI: —No

M. CRISTINA: —¡Ricardito! ¡Vení para acá! ¡Salí de lo hondo! ¡Lucho! ¡Andá a buscar a tu hijo que se está ahogando! ¡Al bañero dejalo tranquilo que tiene toda la playa para vigilar! ¡Vos ocupate de lo tuyo! ¡Ay, Peli! Entre Lucho y los chicos no tengo respiro. Ni tomar sol tranquila puedo. Ni en vacaciones me dan un

momento de paz. ¡Hacele boca a boca! ¡Tapale la nariz y soplá!
¿Pero será posible? ¿Todo le tengo que decir? ¡Ya sé que te vomita! ¡Es agua de los pulmones! ¿Cómo que te da asco? ¡Es el vómito de tu hijo, desamorado! ¡Ay, Dios mío! Los hombres no sirven para nada. ¡Bah! Para algo sirven, pero no le pidás más que eso. Fijate en el bañero. Ni se movió. La tiene clara. Lo suyo es la pose. Un ornamento de playa. ¿Dónde está Ignacio? ¡Ignacio! ¡Dejá esa medusa! ¡Si te quema, no me vengás a llorar! ¡Dejala tranquila! ¡Ya sé que la tocás con el palito! ¿A vos te gustaría que te metieran un palito en el orto? Bueno, a la medusa tampoco. ¡Dejala en paz! Qué poco respeto por la naturaleza, Peli. Después dicen que todo está en equilibrio. ¡A quién habrá salido así de destructor! Y mirá que les hablo. Que la ecología, que el equilibrio ecológico. No le importa nada. El otro día amputó a un ciempiés con una pinza de cejas. ¡Ni una patita le dejó! Para mí que esas cosas no son sanas. ¿A vos que te parece? ¿Lo tendré que hacer ver? Mirá que yo no creo en la psicología, pero me parece que se está pasando. Che. Los tuyos todavía están dentro de la carpa. Dejalos salir un poco.

PELI: —Hasta las cinco no.

M. CRISTINA: —¡Ay, como sos de rigurosa, Peli! Si se flechan, los embadurnás con Sapolán Ferrini y listo. ¡No podés ser tan estricta! ¡Lucho! ¡Terminala con esa pelotita! ¡Tirás arena para todos lados! ¿No ves que estoy llena de bronceador y se me pega la arena? ¡Y ponete vos también que hay un sol que raja el culo! ¡Por Dios! Allá con el fútbol. Acá con la pelota paleta. No sé qué obsesión tiene con las pelotas. Y miralo. Un raquíto. Al lado del bañero un alfeñique. No. Si ya lo dice el dicho... Es al pedo rempujar... Vos me entendés. ¿Ya se recuperó Ricardito? ¡Ricardito! ¿Te vas a quedar tranquilo ahora? ¿Te vas a quedar tranquilo? ¡No! ¡No tengo fósforos! ¡A las carpas las quemás otro día! ¡Andá a jugar con tu hermano! ¡A juntar caracoles! ¡No, señor! ¡No es un pasatiempo pelotudo! ¡Busquen uno de cada especie y lo traen acá! No saben jugar. No saben jugar. Es que son otros tiempos, Peli. Antes nos entreteníamos con cualquier cosa. Venían mis primos y horas jugando a la revisión médica. ¡Ay, me metían cada cosa! Eran terribles mis primos. Y después los agarraba yo. Con cabecita,

sin cabecita. Con cabecita, sin cabecita. ¡Ah, la inocencia de los niños! Éramos más sanos, Peli. ¡Míralo a aquel! ¡Ignacio! ¡Dejá de gritar! ¡No se llama concha! ¡Se llama conchilla! ¡Y dejá de decir que le rompiste la concha a Ricardito! ¡Además, Ricardito no tiene concha! ¡Tiene pitulín! ¡Son unos guarangos de mierda! ¡Me van a matar! ¡Me van a matar! ¡Pará te dije! ¡Terminala con lo de la concha, conchudo! ¡Dios mío!

PELI: —Me voy a separar.

M. CRISTINA: —¿Cómo que te vas a separar? ¿De qué te vas a separar? ¿De Elpidio te vas a separar? ¡No te puedo creer! Peli, vos no hablás nunca, pero cuando hablás, agarrate. ¡Te vas a separar de Elpidio! ¿Pero cómo así de repente? ¿Lo pensaste bien? Vas a destruir un matrimonio, Peli. Es un vínculo sagrado. ¿Pero qué pasó? ¡Elpidio tiene otra! ¿No? No entiendo, Peli. No te entiendo. Si tenés un matrimonio perfecto... Siempre decimos con Lucho. Bueno, no. Yo le digo a Lucho. Peli y Elpidio son un ejemplo. Vos sabés que a mí me cuesta seguir el ejemplo, pero son un ejemplo. ¿Qué pasó, Peli? ¿Pensaste en tus hijos? Ay, Peli. Una cosa es que yo me separe del cornudo de mi marido, pero vos sos una referente, sos un modelo. ¿Por qué te vas a separar, Peli?

PELI: —Me aburro.

M. CRISTINA: —Y sí, claro. Es que vos sos demasiado ordenada, Peli. Demasiado estricta. Siempre siguiendo las normas. Siempre el buen comportamiento. Perdoname que te lo diga así, pero sos una estructurada. Nunca un descuido, nunca una aventura. ¿Cómo no te vas a aburrir? Encima Elpidio es igual que vos. El uno para el otro decía yo. Pero claro, les falta ying y yang. Son los dos ying. O los dos yang, no viene al caso. Peli, me estoy quedando sin palabras. Nunca me pasó. Se me acaba de derrumbar mi idea de la perfección. Evidentemente, la perfección tiene un costo y es el aburrimiento. La perfección tiene un error. ¡Dios es aburrido, Peli! Metétele en la cabeza. ¡Lucho! ¿Qué hacés ahí? Si no jugás más, andá a vigilar a los terroristas de tus hijos. Ni cinco de bola. Le entra por un oído y le sale por el otro. ¡Pobre Lucho! Lo tengo cagando. Pero yo creo que no nos vamos a separar. Los chicos son un desastre, el matrimonio es una catástrofe, pero aburrido no es. Por lo menos de eso me salvo. Creo que estamos más cerca del

asesinato que de la separación. ¡Ay, Peli! ¡Qué difícil es la familia!
¡Qué difícil!

ESCENA 6

Día de sol en la playa. Lucho y Elpidio, mayas, remeras y paletas en mano, miran el sol de la tarde.

LUCHO: –Bañero hijo de puta. Cuide a los chicos, me dice el infeliz. ¿Y vos para qué estás, pedazo de pelotudo? ¿Para garchar turistas? Seguro María Cristina ya le echó el ojo. Más que los gustos, le conozco las calenturas. Dale nomás. Total, si no es con el bañero, me gorrea con el de la carpa de al lado. ¿Viste que en verano se coge más? Debe ser el sol. Y el desfile interminable de tetas y culos que te dejan bizco. A mí la naturaleza me chupa un huevo. El mar, la playa son siempre iguales. Pero las pendejas se renuevan todos los años. ¡Ricardito! ¡Dejá eso! ¿De dónde sacaste los fósforos? ¡Salí de ahí o te levanto de un boleo en el culo! ¡Será posible! ¡Andá a jugar con tu hermano que está aniquilando toda la fauna marina! No te dan respiro estos genocidas. Mirá ese grupete de chirusas. ¡Pajarito! ¿Qué mirás? Allá te digo. ¿Estabas mirando a la gorda? ¡Tanta anchoita y vos mirando el manatí! Guarda que, si se mete al mar, produce un tsunami. ¡Sin ofender, Elpidio! ¡Sin ofender! Te reconozco algo. Para las aberraciones, no hay como las gordas. ¡Sin ofender, Elpidio! ¡Sin ofender! ¡Ignacio! ¡Dejá de tirarle las medusas a los que están tomando sol! ¡Dios mío! ¿Viste que nosotros jugábamos al ring-raje? Tocábamos timbre y salíamos corriendo. Mirá ahora. Le ponen una medusa en la espalda y salen rajando. ¡Cómo cambian los tiempos, Elpidio! ¡Ya los vi, María Cristina! ¡Ya los vi! ¡Los estoy retando! ¿Y qué querés que haga si no hacen caso? ¡Putra madre!

ELPIDIO: –Peli se quiere separar.

LUCHO: –¿De qué se quiere separar? No entiendo. ¿Del microemprendimiento que tenés? ¿No? Del grupo de reflexión cristiana al que van. ¿Cómo que no? Te juro que no entiendo. ¡De vos! ¡Se quiere separar de vos! ¡No jodás! ¡Pero por qué? ¿Desde

cuándo? ¿Peli se quiere separar? No lo puedo creer. ¡Si ustedes son el uno para el otro! María Cristina siempre me dice: Peli y Elpidio son un modelo. Está bien. Me lo dice para tirarme de las bolas a mí, pero me lo dice. Se lo voy a decir a la hija de puta. Ahí tenés tu modelo. Se van a separar. Qué querés que te diga. Más que un balde de agua fría, me acabás de sumergir en el Ártico. ¿Está decidido, che? Mirá que tirás a la mierda el modelo. ¿Y los chicos? ¿Pensaste en los chicos? ¡Dios mío! ¡Ignacio! ¡Ricardito! ¡Dejen de tirarse con las conchas que le van a pegar a alguien! ¡María Cristina! ¡Deciles algo vos también! ¡Que jueguen con el baldecito! ¡Que hagan castillos de arena en vez de romper los de los otros chicos! Qué mierda van a construir si les gusta la destrucción. ¡María Cristina! ¡Ocupate un poco de tus hijos! ¡Ya sé que estás hablando con el bañero! Qué pedazo de guacha. Seguro que se lo quiere coger. ¡Cómo le gusta la garcha a esta mina! Por mí que se lo coja. Mientras no me rompa las bolas a mí, que haga lo que quiera. Ahora se compró un telar. Está meta tejer bufandas para el invierno. La voy a ahorcar con una bufanda. El matrimonio es una ruleta rusa, Elpidio. Jugás con la vida. No se sabe a quién, no se sabe cuándo, pero el tiro sale seguro. Siempre queda alguno culo al norte. ¡Así que Peli se quiere separar! Te doy un consejo, Elpidio. Pegale un par de sopapos y ya vas a ver cómo se arregla todo. Es lo mejor. Lo que no puede la razón, puede la fuerza.

ELPIDIO: —Ella me pega a mí.

LUCHO: —¿Cómo? ¿Te faja? ¿Peli te faja a vos? No lagrimiés. No debe ser para tanto. ¡La puta! Esto no lo vi nunca. Pegarle un par de bifés a la mujer de vez en cuando es natural. Casi cristiano, te diría. Pero que la mujer lo faje a uno es contra natura. No es normal. ¿Será la decadencia de la civilización occidental? Mierda. Hoy no me das respiro, Elpidio. ¡Dónde vamos a ir a parar! ¿Y vos qué hacés? ¿Te defendés? ¿No? ¿Qué? ¿Sos Gandhi vos? Yo también soy partidario de la no violencia. Pero eso de ofrecer la otra mejilla es una pelotudez. ¿Y por qué te pega? ¿Peli es emocionalmente inestable? ¿Tiene ataques de ira? ¿Le hacés muchas cagadas vos?

ELPIDIO: —Se aburre.

LUCHO: —Se aburre. Admitamos una cosa, Elpidio. Vos divertido no sos. Pero podría buscar otra forma de entretenerse. ¿Probaste

con el scrabel? El Teg te vendría mejor. El juego de la guerra. Canalizaría la violencia. Con María Cristina jugamos al Scrabel. Dormimos a los chicos a garrotazos y le damos. Eso sí. Con diccionario en mano. Uno de paso aprende. ¡Ignacio! ¡Andá a sacar a tu hermano de lo hondo! Se metió de nuevo el hijo de puta. ¡No, señor! ¡Nada de que se ahogue por pelotudo! ¡Andá a sacarlo! ¡Es tu hermano, cabrón! Qué cosa. ¡Y dejá de robarle los corpiños a las que toman sol! ¡Tenemos como diez corpiños ya! Andá a saber de quienes son. No sé que mierda vamos a hacer con tantos corpiños. Por las tetas que tiene la madre... Qué querés que te diga, Elpidio, nunca pensé que iba a decir esto, pero me parece que lo mejor es que vayan a un psicólogo. Terapia de pareja. Yo no soy nadie para aconsejar. Estoy lejos de ser un ejemplo. Pero lo de ustedes... ¡Mierda! Es lo que te decía antes: el matrimonio es una ruleta rusa, Elpidio.

ESCENA 7

Día de sol en el parque de diversiones. María Cristina y Peli, sentadas en el banco, comen algodón de azúcar. María Cristina con enormes zuecos y pantalones ajustados. Lentes de sol en la cabeza. Peli con vestido y tapado. Parecen estar en dos estaciones distintas. Ruido de las máquinas del parque. Gritos de chicos.

M. CRISTINA: —Y bueno, Peli. Si te nace de pegarle, pegale, qué querés que te diga. Si te hace feliz... ¿Y por qué te vas a separar? ¿A quién le vas a pegar después? No te entiendo, Peli. Te juro que no te entiendo. Sos un enigma para mí. Sos más difícil que un crucigrama. ¡Miralo a aquel en la rueda del mundo! ¡Ignacio! ¡Dejá de mear a los de abajo que te vas a caer! ¡Ricardito, no lo imités! ¡Se van a venir en banda los dos! ¡Si se estrolan contra el piso, no me vengán a llorar después! ¡Pero qué cosa! ¡Lucho! ¡Miralos un poco vos también! Mirá lo que hacen. ¡Mean a la gente y se cagan de risa! Ay, Dios mío. No me dan paz. Mirá los tuyos en la calesita. ¡Qué angelitos! ¡Agarrados al chanchito! Por lo menos, lo hubieras dejado ir al caballito que sube y baja. Tiene un poco más de gracia.

PELI: —Se pueden caer.

M. CRISTINA: —¡Ay, Peli! Les infundís miedo vos. ¡No, señor! ¡Basta de rueda del mundo! ¡No! ¡La montaña rusa tampoco! Estos son capaces de hacer descarrilar el carrito. ¡A la calesita! ¡No es ninguna boludez! ¡Es un clásico! ¡Lucho! ¡Vigíalos que no empiecen a mear en la calesita también! ¡Para qué mierda se inventaron los baños! ¡Pero a quién habrán salido así de desaforados! Peli, yo estuve pensando. Aunque no lo creas, estuve pensando. ¿Por qué no te conseguís un amante? Nada serio. Digo, para no aburrirte. Sé que no es una solución muy ortodoxa, pero siempre me parece más sano que pegarle al marido. Un poco de diversidad capaz que te viene bien. ¡Lucho! ¿Cómo se llamaba esa con la que me gorreabas el verano pasado? ¿Carmina? No, esa no. Esa era la aspirante a vedette. Yo digo la otra. ¡La renga! ¡Noelia! ¡Esa! No tiene patria ni bandera el Lucho. Se mete con cualquiera. A mí me da una tranquilidad. Por lo menos, con otros hombres no anda. Y no nos aburrimos. Que el reproche, que la escena, que unas bofetadas, que la reconciliación. La pasamos bomba. Che, ya terminó la calesita. Los tuyos siguen agarrados del chanchito con cara de pánico. ¡Angelitos! Andá a bajarlos. Les da todo el sol. Encima en este parque no hay un putito árbol.

PELI: —Que los baje el padre.

M. CRISTINA: —Ahí arranca de nuevo. Peli, hace dos horas que están en el chanchito. ¿Les das clases de aburrimiento vos? En la escuela te los van a cagar a sopapos. Los criás para la bofetada vos. Peli, el calesitero te mira. ¿Por qué no aprovechás? Está bastante bueno. Un poco sucio nomás. Le pegás una lavada y capaz que sea atractivo. Claro, vos lo ves así, lleno de grasa, el escarbadientes en la boca, acomodando a los chicos, manejando la calesita y no dice nada. Pero andá a saber la bestia que hay detrás de todo eso. Hasta que una no prueba, no sabe. Peli, dejá de comer. Te va a hacer mal tanto dulce. Este algodón de azúcar es una mierda. Te empalaga hasta el upite. Y no es erótico, Peli. El algodón de azúcar no es erótico. ¿Cómo vas a seducir comiendo esa porquería? Me preocupás, Peli. ¡Ay! ¡No lo puedo creer! Mis chicos se quedaron quietos. Un milagro. Fijate. Sentaditos mirando el tobogán gigante. Yo ya estaba pensando en hacerles una lobotomía, pero me

parece que no va a hacer falta. ¿No estarán enfermos, no? Che, me preocupa. ¿Se me habrá ido la mano con los tranquilizantes? Ah, no. Ahora entiendo. Les están mirando las bombachas a las nenas que bajan por el tobogán. ¡Qué susto! ¡Qué futuro que me espera! Si de chicos ya son voyeristas, imagínate cuando crezcan. ¡Me acordé! ¿La tenés a Florencia? Florencia, a la que le gustaban los hehechos. ¿No te acordás? Se vino en banda acomodando una maceta en el balcón. Parapléjica quedó, pobrecita. Una vida arruinada por un hehecho. Bueno, Florencia, cuando estaba bien, fue al ginecólogo porque ya con el marido no sentía nada. ¿Sabés lo que le dijo el médico? Cambie de gallo, señora. Si te lo recomienda el médico... Salió espantada y se dedicó a los hehechos. Sublimó. Se terminó cayendo del balcón. Le hubiera hecho caso. Por pelotudo que sea, es preferible un amante que un hehecho de mierda. Moraleja: los hehechos son más peligrosos que los hombres. Mejor puta que frígida. Mirá, Peli, yo no digo que te vas a sentir bien, pero algo tenés que hacer para sacudir la modorra. Y transferís. Vos no te das cuenta, pero transferís. Mirá a tus hijos en la calesita. Dos horas agarrados al chanchito. ¡Que rompan algo! ¡Que escupan a los nenes de al lado! Por lo menos, te vas a entretener cagándolos a palos. ¿No te parece?

PELI: —No

M. CRISTINA: —Está bien. Se me fue la mano con el ejemplo. Yo para ver si te desestructuro un poco, carajo. ¡Lucho! ¡Andá a sacar a los chicos de ahí antes que empiecen a violar a las nenas! ¡Ya sé que están mirando! ¡Por ahí se empieza! ¿Serán precoces estos? Me hacen temblar los hijos de puta. Le dije al Lucho el otro día. Che, ¿si en vez del colegio los mandamos directo a la cárcel? Que les den perpetua antes que jodan a la humanidad. Me miró y no dijo nada. ¡Qué hombre poco comunicativo! Bah. De vez en cuando, tira alguna frase. La última vez que habló fue hace un mes, más o menos. Estábamos viendo Crónica y aparece uno de esos carteles grandotes que te ponen con música de desfile. “Se hizo pororó. Muere quemada la reina del maíz”. ¿Sabés qué era? El novio celoso que le prendió fuego. “Imágenes ya”, dice el locutor. Cambio a música de velorio y aparece una montañita negra con un hilito de humo. Yo me quedé muda. Mirá que para que yo

quede muda tiene que haber sido fuerte. Apagué el televisor y nos quedamos mirando el vacío. Y entonces el Lucho dice: “el matrimonio es una ruleta rusa”. Yo no entendí qué mierda quería decir, pero no dije nada. Ahora que lo pienso, también los hijos son una ruleta rusa, Peli. Si no te matan, te dejan tecleando. ¡Qué difícil es la familia, Peli! ¡Qué difícil!

ESCENA 8

Día de sol en el parque de diversiones. Lucho y Elpidio sentados en un banco con un osito de felpa en la mano cada uno. Ositos baratos, de kermés. Miran aburridos hacia los juegos.

LUCHO: —¡Pero mirá si no son guanacos! Les están mirando las chabombas a las pendejitas que bajan por el tobogán. ¡Hijo e tigre! Bueh. Por lo menos, putos no me van a salir. Estos van a cometer todos los delitos del código penal, pero putos no. Algo es algo. ¡Sí, María Cristina! ¡Ya les voy a decir! ¡Por lo menos están quietos! ¡No las van a violar! ¡Están mirando nomás! Vos sabés que la yegua capaz que tenga razón. Cuando se quedan quietos, es porque están planificando el crimen. ¡Ricardito! ¡Ignacio! ¡Vengan para acá! ¡Vengan acá les digo! ¡Cómo que me vaya a hacer lavar el culo! ¡Vengan acá! ¡Y un poco de respeto que soy su padre! ¡Viejo choto las pelotas! Y se me rajan los guachos. ¡Ya los voy a agarrar y van a ver lo choto que está el viejo! Los hijos son una bendición, dicen. Será tu caso. Con estos a mí me maldijeron hasta el fin de los días. ¡Mirá lo que hacen! Se bajan los pantalones y me muestran el culo. ¡Hagan burla nomás! ¡Cuando los agarre, les voy a perder el zapato en el orto! Hiperquinéticos, nos dijo el pediatra. ¿Eso tiene algo que ver con la moral? Porque moral no tienen. ¿La moral es hereditaria? Mirá, mirá. Se van a quejar a la madre. Guachos de mierda. Mirales las caras de inocentes. ¡Sí, María Cristina! ¡Yo les grité! ¡Me faltaron el respeto! ¡Que no pongan esa cara de perro que lo están culiando! ¡Son unos guarangos! Che, los tuyos siguen en el chanchito. Están como hipnotizados. ¿Les lavás el cerebro vos? Si tenés la fórmula, pruebo con los míos. A ver si tengo un poco de tranquilidad, carajo. ¿A dónde vas?

- ELPIDIO: —A bajar a los chicos del chanchito.
- LUCHO: —¡Dejalos ahí! ¡Que los baje la madre! No te hacés respetar, Elpidio. Tenés que aprender a poner límites. Después te quejás de que te cagan a palos. A la otra se le ocurre que hay que separarse y hay que separarse. No. No es así la cosa. No podés seguir siendo un dominado. El amor no lo justifica todo. Bueh. Yo no tengo ningún derecho a hablar. Ni siquiera sé si la amo a María Cristina. Capaz que sí. Vaya a saber. Y los pendejos me pasan por encima. Así que derecho no tengo ninguno. A veces sospecho que te hablo a vos a ver si se me aclaran un poco a mí las cosas. ¡Qué vida de mierda! ¿Sabés que ahora María Cristina se dedica a la cerámica en frío? ¡Lo que es estar al pedo en la vida! Dice que va a vender como ingreso extra. Ando pateando muñequitos de torta por toda la casa. ¡Que se fabrique una poronga a ver si se calma un poco! Si se ocupara un poco de los hijos, no tendría tiempo de hacer boludeces. Yo tampoco me ocupo mucho que digamos, Elpidio. Vos sabés, el laburo. Y bueno. Capaz que por eso las bestias hacen lo que quieren. Vos sos el otro extremo. Los controlás tanto que no hacen nada. ¿Habrá una medida para la normalidad? En fin. ¿Ya te mudaste?
- ELPIDIO: —No
- LUCHO: —Esa piccita que fuimos a ver era un bajón. Ni ventana tenía. Una separación no puede ser un castigo. Tampoco digo que tenga que ser una liberación. Pero te merecés un poco de dignidad, caramba. Che, si te falta guita para alquilar algo mejor, te presto. Ese lugar era muy deprimente. Te vas a pasar el día llorando. ¡No llorés ahora! Cada vez que hablamos del tema, terminás llorando. ¡Dejate de joder! El mundo no merece tantas lágrimas. Te vas a separar. ¿Cuál es el problema? Hoy por hoy es el estado civil mayoritario. ¿Viste que antes se jugaba solteros contra casados? Ahora se juega solteros contra divorciados. Se abolió el matrimonio. Pasás de soltero a divorciado casi sin transición. El matrimonio es un suspiro, Elpidio. Esa es la norma. Los que seguimos casados somos asmáticos intentando atrapar un cacho de aire de vez en cuando para seguir con vida. Internados en terapia intensiva con respirador artificial. Estamos en estado comatoso, Elpidio. ¡No llorés! ¿Ves lo que te pasa por ser idealista?

¿O vos te creíste la patraña esa de para toda la vida? A vos te falta realidad, Elpidio. ¡Ricardito! ¡Salí de ahí! ¡No! ¡No vas a ir al tren fantasma y menos con una caja de fósforos en la mano! ¡Nada de que querés convertirlo en el tren del terror! ¡Salí de ahí o te descabezo el osito de felpa! ¡Ah! ¡No te gustó, eh! ¡Salí o le arranco la cabeza! ¿Viste que le encontré el punto débil? De última, es sensible el animal. Bueh, ya tengo cómo amenazarlo. Y le va a llorar a la madre el desgraciado. ¡Sí, María Cristina! ¡Yo lo hice llorar! ¡Que se siga portando así y le mutilo el osito! ¡No se lo voy a dar! ¿Con qué lo amenazo después? Dale. Vení a buscarlo. Te lo decapito. El osito se queda donde está. Andá a jugar y no destrocés nada. A la menor cagada, le hago la Tupac Amaru. ¡Ignacio! ¿Con qué lo voy a amenazar a este otro? Tarde. Ya se subió a los autos chocadores. ¡No te bajés que está todo electrificado! Me da pánico por los otros chicos. Este va a provocar un suicidio en masa. Qué querés que te diga, Elpidio. En un punto creo que te envidio. Yo creo que no me voy a separar. Estoy demasiado acostumbrado a vivir así. Capaz que me falta valor. ¡No llores! Ya sé que vos no querías eso. Pero tomalo con calma, Elpidio. Tomalo con calma.

ESCENA 9

Día de sol en la costanera. Peli y Elpidio sentados en banquitos plegables toman mate. Se escucha el motor de los aviones que despegan y aterrizan de aeroparque.

ELPIDIO: —¡Juliancito! ¡Ernestito! ¡No lloren! ¡Los aviones no hacen nada! ¡Es el ruido nomás! Bueno, tápense los oídos. ¡Miren qué grandote! ¡Ahí viene! ¡Ahí viene! Arriba. Fíjense arriba. ¡No! ¡No se va a caer! ¡No lloren! ¡No se cae! ¡Dejen de llorar que lo van a hacer llorar a papá! Ay, Peli. Debimos llevarlos al puerto a ver zarpar los barcos. Es más tranquilo. ¿Te acordás cuando los llevamos? Zarpó uno ese día.

PELI: —Se asustaron cuando hizo sonar la sirena.

ELPIDIO: —Sí. Pero fue un momento nomás. Después se quedaron horas mirando el barco que se alejaba. No los podíamos sacar. Hasta

que el barco no se vio más, no nos fuimos. ¡Qué manera de entretenerse! Estaban felices ese día. Cinco horas mirando el barco. Lástima que no sacamos fotos. Uno no los ve así entretenidos todos los días.

PELI: –Terminala con el puerto.

ELPIDIO: –Bueno. ¡Juliancito! ¡Ernestito! ¡Miren ese que va a despegar! Acelera mucho para tener impulso. ¡No lloren! ¡Ahí va! ¡Miren qué rápido! Y ahora va a subir. Y sube. Y sube. Cada vez más alto. Ya casi no se lo ve. Y ahora lo tapan las nubes. ¡No, no chocan contra las nubes! ¡No lloren! Las atraviesa y después vuelan por arriba. ¡Sin llorar porque los regañó! Ya pagué el gas. ¿Vos sabés que el cajero me dio treinta pesos de vuelto en monedas de cinco centavos? Me van a romper el bolsillo, le dije. Mi mujer no es de coser, le dije. No tengo cambio, maestro, me dijo. Maestro, hay gente que te trata de maestro. ¿Será un elogio o un insulto? No me gusta. ¿Por qué maestro? Si no soy maestro. Por la misma plata te podrían decir profesor. Tiene más jerarquía. Profesor me gustaría más. Ya sé que tampoco soy profesor. Pero entre maestro y profesor me quedo con profesor. El profesor estudió más que el maestro. Tiene conocimientos especializados. El maestro, en cambio, es una especie de introducción al conocimiento. Es un conocimiento general. ¿Viste? Porque el maestro enseña de todo. Matemática, historia, lengua. Todo por arriba. En cambio, el profesor se dedica a una sola materia y la profundiza. Profundiza, profundiza y se convierte en doctor y después en licenciado. Así que, si ponemos los títulos en dos extremos, maestro es un insulto y licenciado el colmo del elogio. ¿No te parece?

PELI: –Callate.

ELPIDIO: –Bueno. ¡Juliancito! ¡Ernestito! Va a salir otro. A ver si ahora no lloran. El ruido fuerte es un ratito nomás. Tápanse los oídos.

PELI: –Me gustaría viajar.

ELPIDIO: –Podríamos planificar un viaje. Pero no en avión. Vos viste el miedo que le tienen los chicos a los aviones. Tendríamos que pensar un lugar que se pueda ir en auto, que le tienen menos miedo. Viste que en auto los hacemos cantar un poco y se les pasa. ¡Qué buena idea! ¡A ver, chicos! Ahora que el avión acelera, cantamos. “Hay un barco en el fondo de la mar”. Igual que cuando vamos en

auto. “Hay un barco en el fondo de la mar. Hay un barco. Hay un barco. Hay un barco en el fondo de la mar”.

PELI: –Sola.

ELPIDIO: –¿Sola qué? ¿Cómo sola?

PELI: –Me gustaría viajar sola.

ELPIDIO: –No... No entiendo. Siempre viajamos todos juntos. ¡Sí, chicos! El mar es masculino. En el lenguaje coloquial se dice del mar. Pero acá el mar está en una canción y no se usa la contracción del. Decir “de la mar” es una licencia poética. Está bien usada. ¿A dónde querés viajar?

PELI: –A cualquier lado. Lejos. Lejos de vos y de los chicos. No sé por qué, pero ya no aguanto a nadie. Ni a vos ni a los chicos. Pero en especial a vos. ¡No llores!

ELPIDIO: –¿Vieron qué lindo? ¡No! ¡Papá llora por otra cosa! ¡No por los aviones! Cuando venga el próximo, vamos a cantar de nuevo y sin llorar.

PELI: –No te aguanto un minuto más. ¡Dejá de llorar! Me saca de quicio cuando llorás. No. No te preocupés. No te voy a pegar delante de los chicos. Últimamente, llorás por cualquier cosa. Cuando te conocí, pensé que eras un hombre sensible. Me conmovía tu sensibilidad. Lloraste en la boda, en el nacimiento de los chicos, en los cumpleaños, en el primer día de escuela. Me parecía hermoso que un hombre llorara. Ahora pienso que sos un maricón. ¿Ves? Ya llorás de nuevo. A lo mejor siempre fuiste marica y yo no me daba cuenta. Perdoname, Elpidio. Pero te lo tenía que decir. Lo tenía guardado. Estoy atragantada de lágrimas. Y ni siquiera son las mías. Son las tuyas que me han inundado la vida. Gastando lágrimas por cualquier estupidez. ¡Terminá de lagrimear! A ver si reaccionás un poco. Dame la mano. Te lo quiero decir cariñosamente. Elpidio. Sos un pelotudo. Y no de ahora. Sos un pelotudo de larga data. ¡Basta de llorar! ¡Y deciles a los chicos que la terminen también!

ELPIDIO: –¡Ya nos vamos a ir! ¡Vamos al puerto! ¡Papá llora porque ustedes lloran! ¡Los aviones no hacen nada!

PELI: –Y, sin embargo, tus lágrimas eran la única señal de vida que tenías. Creo que por eso te maltrataba. Para ver si lograba arrancar de vos una luz de vida. Alguna emoción que no fuera esa rutina

espantosa hecha de pagar cuentas, de encuentros desabridos, de días que se amontonan sin ninguna distinción. Llorás ahora de la misma manera que cuando un auto atropella a un perro. Hasta tus lágrimas son rutina. Ya me cansé de lágrimas. Miralos a María Cristina y a Lucho. No hay lágrimas.

ELPIDIO: —¿Pensás que ellos son felices?

PELI: —No. Son tremendamente infelices. Equivocadamente infelices. Y quizás más que nosotros. Son el peor de los modelos. El peor ejemplo. Pero están vivos. Y como dicen, mientras hay vida, hay esperanzas. Vos estás muerto, Elpidio. Y yo también. Solo que yo me doy cuenta. Vos sos el peor de los muertos. Un muerto necio. Un muerto que ni siquiera sabe que está muerto. Un muerto sin esperanzas. Un muerto que llora lágrimas muertas.

ELPIDIO: —Yo te amo, Peli.

PELI: —No. El amor es para los fuertes. Los débiles no aman. Mendigan cariño. Quien ama está dispuesto a entregar todo y, por lo mismo, a desprenderse de todo. Vos sos un infeliz, Elpidio. Mendigás cariño. Elpidio, no quiero que te vayas. Me voy a ir yo. Vos quedate con los chicos. Decile lo que quieras. No me importa. Con el tiempo crecerán, para bien o para mal. Y me entenderán o no. Que los otros nos entiendan no depende de uno, sino de lo que el otro está dispuesto a admitir. Mi esperanza es que ellos entiendan. Que cobren vida. Me voy a ver si te hacés fuerte. Y hacés fuerte a los chicos. Me voy a ver si cobrás vida y hacés cobrar vida a tu alrededor. Quizás esté equivocada. Quizás me falten luces. Pero es la única manera que encuentro. Me voy. Chau.

ELPIDIO: —¡No lloren, chicos! ¡Ahora papá los va a llevar al puerto a ver los barcos! ¡Van a ver qué lindos! ¡Y vamos a dejar de llorar todos! ¡Vamos a jugar a dejar de llorar! ¡Vamos a aprender a no llorar! ¡Van a ver qué lindo es no llorar!

ESCENA 10

Día de sol en el zoológico. María Cristina y Lucho en un banco a la sombra. Se escuchan las voces de los animales. María Cristina fuma y, de vez en cuando, revolea de la cabeza a una

jirafa de paño. Lucho con un balde de alimento para animales que, a veces, tira hacia las jaulas y otras, nervioso, come él.

M. CRISTINA: —No, Ricardito. No vas a poder. No, Ricardito. No te va a dejar. Y sí, Ricardito. Se te escapa. Y sí, Ricardito. Al pavo real no le gusta que le incendien la cola. No, Ricardito. No te lo voy a sujetar. Sí, Ricardito. Se te va a escapar siempre. ¿Viste, Lucho, que ahora ni le grito? De a poquito lo voy a ir controlando así. Con suavidad. Fijate. Ya renunció a prenderle fuego al pavo real. ¡Qué bien nos hizo esto de la terapia de pareja! Y vos no querías ir. Te tuve que llevar a la fuerza. Yo dudé. Te digo que dudé. Cuando me dijiste que en vez de terapia de pareja hiciéramos intercambio de parejas, dudé. Pero no era una opción. Todo este tema teníamos que solucionarlo nosotros solos. ¡Muy bien la terapeuta! Me siento distinta. ¿Vos me notás distinta? Estoy más relajada. Estoy dispuesta a tomarme las cosas de otra manera. Y vos también estás cambiado. Vos no te das cuenta, pero estás cambiado. Hoy, hasta me dijiste buenos días. Y, cuando me diste el beso en la mejilla, me hiciste agarrar una calentura... Parecerá una exageración, pero hace cinco años que no me besás en la mejilla, Lucho. De los últimos “buenos días” ni me acuerdo. Me calenté, Lucho. Decí que estaba preparando la avena Quaker a los chicos, sino te agarraba contra la mesada. ¡Ay, Lucho! Hemos estado desperdiciando nuestra vida. Sí, Ricardito. ¿Viste qué lindo? Mirá vos también, Lucho, compartí. El pavo real abrió toda la cola. ¡Parecen ojitos! ¿Viste? Le muestra la cola a la pava. No. No es lo mismo que cuando vos te bajás los pantalones. No. Tampoco la quiere abanicar. La está cortejando. Es una forma de seducción. Sí, Ricardito. Exactamente. Se la quiere coger. ¡Ignacio! No insistas. No vas a poder abrir la jaula del tigre. Así que mejor salí de ahí. ¿Cómo, mi amor? Ah, no sé. No sé cuánto dura el cortejo. No hagás un berrinche. ¡Qué se yo si se la va a coger ahora o no! ¡Pero qué cosa! Calma. Calma. Ohmm. Ohmm ¡Ignacio! ¡Terminala con el tigre! Decíle algo vos también.

LUCHO: —¡Ignacio! ¡Rajá de ahí o te revoleo dentro de la jaula! ¡A boleas en el culo te voy a hacer entrar ahí adentro!

M. CRISTINA: —Sin violencia, Lucho. Hablale sin violencia. Acordate de la terapeuta. La violencia de los padres es la violencia de los hijos.

- LUCHO: –Vení, Ignacio. Vení a ver. El pavo real se va a coger a la pava.
- M. CRISTINA: –Y sin groserías, Lucho. A ver si le erradicamos ese lenguaje de mierda que tienen.
- LUCHO: –Vayan al serpentario. Los dos. Así. Agarraditos de la mano. Y no le golpeen el vidrio a las víboras que están durmiendo.
- M. CRISTINA: –Ay, Lucho. ¿No será peligroso que vayan solos? Estos se las ingenian siempre para hacer alguna. Mirá que hay víboras grandes ahí.
- LUCHO: –Con un poco de suerte, se los come una boa constrictora.
- M. CRISTINA: –Ohmm, Lucho. Hacé ohmm. Calmate. Esto tiene que ser trabajo de los dos.
- LUCHO: –Esa terapeuta me tiene las bolas llenas. ¿Qué mierda sabe de criar hijos si es soltera? Me gustaría verla enfrentarse todos los días con estos criminales.
- M. CRISTINA: –Ay, Lucho. ¡Cuánto que hablás! ¿Viste que te hace bien? Mirá todo lo que hablás ahora. ¿Ves que estás cambiando? En otras épocas te hubieras querido coger a la terapeuta. Ahora la puteás nomás. ¿Lo viste a Elpidio? ¿Todavía sigue llorando?
- LUCHO: –Menos.
- M. CRISTINA: –Me preocupan esos chicos. Sin una madre. Porque puede faltar el padre, pero la madre...
- LUCHO: –Se las van a arreglar, María Cristina. Tienen que aprender a avanzar solos. No se puede estar siempre pendiente de los demás.
- M. CRISTINA: –¿Viste que estás cambiando? Mirá las cosas que decís. Qué profundo, Lucho. Yo estuve con Peli. ¿Sabés qué hace? Lloro. ¿Qué raro, no? Ahora Elpidio llora menos y ella llora más. ¿Qué significará eso? Hay que preguntarle a la terapeuta.
- LUCHO: –¡Chicos! ¡Chicos! Todavía siguen vivos. Parece que no hicieron ningún desastre. ¡Muy bien! ¡Ahora vayan al acuario! ¡Sin molestar a los animales! ¡Así! ¡Agarraditos de la mano!
- M. CRISTINA: –Che, mirá que está el piletón con los lobos marinos. Me da miedo.
- LUCHO: –Uy, tenés razón. ¡Y no jodan a los lobos marinos que son especies en extinción! ¡Qué hermoso día de sol! ¿Viste? Hacía rato que no teníamos un día de sol tan lindo.
- M. CRISTINA: –Siempre hubo días de sol.
- LUCHO: –No como este. Se acerca el verano y tiene más luminosidad. Hasta tus ojos brillan más.

M. CRISTINA: —Ay, Lucho.

LUCHO: —Y los reflejos que te hiciste en el pelo me encandilan.

M. CRISTINA: —Ay, Lucho, lo notaste. Pará que me estás haciendo calentar.

LUCHO: —Hasta estás más femenina. Será el sol que hace ver más lejos y más adentro.

M. CRISTINA: —¡Qué poético, Lucho! Antes no me hablabas así. O a lo mejor yo no te escuchaba. ¿Ves? Hay esperanzas para nosotros.

LUCHO: —Siempre hubo esperanzas. Solo que a veces no la vemos. Lo hermoso de los días de sol es que iluminan las esperanzas.

M. CRISTINA: —¿Qué son esos rugidos? ¡Los lobos marinos! ¡Están torturando a alguno!

M. CRISTINA Y LUCHO: —¡Ricardito! ¡Ignacio! ¡Y la concha de su madre!

EL SUEÑO DE LOS ZÁNGANOS

EL SUEÑO DE LOS ZÁNGANOS

ACTO 1

Salón del trono del palacio. Piedra y antorchas que ennegrecen los muros. El rey, sentado en este, toma su cabeza con la mano derecha. Su codo se apoya en el trono. Mira el vacío. Por momentos cierra los ojos y aprieta los dientes. En su cabeza, una corona abollada a la que le faltan las incrustaciones de algunas piedras preciosas. La soberbia ropa está raída. El manto real con agujeros. Sale de su ensimismamiento.

EL REY: –¡Bufón! ¡Bufón!

Entra el bufón. Su colorida ropa está desteñida. Varios agujeros. El gorro de cinco puntas conserva un solo cascabel. Hace una reverencia al rey.

EL REY: –¿Qué está haciendo la reina, Igor?

EL BUFÓN: –Está cogiendo con el edecán del palacio, mi señor.

EL REY: –(Se sobresalta). ¿Tienes que ser tan brutal, bufón?

EL BUFÓN: –(Se encoje de hombros). La suavidad de las palabras no aliviana los hechos, mi señor.

EL REY: –(Cierra los ojos. Asiente con la cabeza). ¿Lo disfruta?

EL BUFÓN: –Por supuesto que no, mi señor.

EL REY: –¿Cómo lo sabes?

EL BUFÓN: –Los estaba espiando, mi rey.

EL REY: –La honestidad no justifica el atrevimiento. Te pedí que espieras las intrigas del palacio, Igor. No los actos privados de la reina.

EL BUFÓN: –El sexo de la reina es una cuestión de Estado, mi señor.

EL REY: –Aun así. No me parece digno.

EL BUFÓN: –Soy el bufón. No hay dignidad en mí.

El rey se levanta. Mira por la ventana.

EL REY: –¿Crees que esta noche atacarán las ratas? ¿Qué dicen los augures?

EL BUFÓN: –Lo de siempre. No se ponen de acuerdo. Mi señor: los augures no han acertado nunca. Han seguido discutiendo aun durante los ataques. Y a destiempo uno exclama: ¡yo lo había advertido! Y el resto admite su error. Se turnan en advertir y en admitir el fallo. Pero siempre a destiempo. Si hubierais tirado una moneda, habríais acertado más veces.

- EL REY: –Estás aquí para divertirme, no para advertirme. *(Pausa)*. ¿Cómo se llama el edecán?
- EL BUFÓN: –Savinien.
- EL REY: –Nombre de espadachín, de poeta. Me recuerda a aquel que escribía cartas para que su sobrino conquistara a la mujer que él mismo amaba. Un platónico.
- EL BUFÓN: –No es este el caso, mi señor.
- EL REY: –¡Deja de recordarme los amoríos de la reina con el edecán! Intento llevar mi mente a otros abismos y tú me arrastras a esa indecorosa parcela de realidad. Gozas con ello.
- EL BUFÓN: –No, mi señor. Sufro con usted. Comparto su dolor. Si usted me permitiera aliviarlo...
- EL REY: –Basta, Igor. ¡Me repugna tu homosexualidad! Que mi virilidad haya desaparecido no significa que deba rendirme a los deseos de un bufón puto.
- EL BUFÓN: –*(Se le cae una lágrima)*. Sí, mi señor.

El rey baja de su trono hasta Igor. Lo toma del hombro.

- EL REY: –Desoye mis palabras, Igor. Son fruto de mi impotencia. Amo a la reina y ella me ama. Pero solo podemos decirlo, enunciar nuestros sentimientos. El intercambio de flujos nos está vedado. ¿Cómo comunicar el amor si los cuerpos no pueden encontrarse? Y las ratas siguen devorando el reino como han devorado mi sexo. El amor está mutilado. Los hombres están mutilados. *(Muestra su capa)*. Hasta estos símbolos de la entereza han perdido sus partes. Soy el rey mutilado de un reino de mutilados.
- EL BUFÓN: –No os rindáis al dolor, mi señor. Todavía quedan muchas batallas por librar. No hay mayor derrota que la resignación.

Se abren las puertas del salón. Dos guardias con abolladas armaduras ingresan con gran ruido de metal. Se paran firmes y se aferran a sus albardones.

LOS GUARDIAS: –¡Su majestad la reina!

El rey vuelve a sentarse en su trono. Pose majestuosa a la espera del ingreso de la reina. El bufón se arrodilla. Los guardias inclinan la cabeza. Entra la reina, altiva. Sin mirar a nadie,

va a sentarse al lado del rey. Silencio. Ninguno se mueve. El rey está a punto de dirigirse a la reina, pero advierte que todos están expectantes.

EL REY: –¿Es que nadie tiene nada que hacer en este palacio? ¡Igor! ¡A tus cosas!

EL BUFÓN: –¿No precisáis mis servicios, majestad? ¿No queréis que divierta a la reina?

EL REY: –La reina ya se ha divertido bastante. ¡Fuera!

Sale el bufón. Los guardias permanecen haciéndose los distraídos.

EL REY: –¿Y vosotros qué? ¿No deberíais estar en la atalaya?

PADELÓN: –Ya terminó nuestro turno, señor. ¿Verdad, Nembrosio?

NEMBROSIO: –Verdad. Es hora de custodiar el salón del trono. ¿Verdad, Padelón?

PADELÓN: –Verdad. Y si me permitís una queja señor, estas armaduras pesan mucho. Y el calor es agobiante. ¿Verdad, Nembrosio?

NEMBROSIO: –Verdad. Nuestro único momento de respiro es cuando custodiamos el salón del trono. Aquí se respira. ¿Verdad, Padelón?

PADELÓN: –Verdad.

EL REY: –Pues id a custodiar afuera. ¡Y no escuchéis a través de la puerta!

NEMBROSIO: –Nos ofendes señor. Estamos para custodiar. Nuestros oídos están cerrados a las conversaciones del rey. ¿Verdad, Padelón?

PADELÓN: –Verdad. Podéis conversar tranquilos que nada de lo que digas será oído. ¿Verdad, Nembrosio?

NEMBROSIO: –Verdad.

EL REY: –¡Verdugo!

PADELÓN: –Pero si el deseo del rey es que nos retiremos, así se hará. ¿Verdad, Nembrosio?

NEMBROSIO: –Verdad. Ya nos vamos. ¿Verdad?

PADELÓN: –Verdad.

Los guardias se retiran. El rey vuelve a su trono.

EL REY: –Hablad bajo. Están escuchando a través de la puerta.

Silencio. El rey y la reina no se miran. Permanecen firmes sentados en su trono. Las miradas al frente, como si estuvieran por recibir un visitante ilustre.

- EL REY: —¿Buen polvo, mi reina?
- LA REINA: —Buen polvo, mi rey.
- EL REY: —¿Bien dotado el edecán, mi reina?
- LA REINA: —Mi señor: no envidiéis virtudes ajenas. Vos tenéis muchas. Y bendecís al reino con ellas.
- EL REY: —Tal vez. Pero en la cama solo reina una virtud. Y es la que me falta. Sufro, Sofía.
- LA REINA: —No te atormentes, Juan Pablo. Sabes que el edecán es nada más que un faux pass anecdótico. Tú me lo autorizaste para cuando el llamado del cuerpo fuera insoslayable.
- EL REY: —Tu cuerpo te llama demasiado seguido para mi gusto.
- LA REINA: —¿Es que existe una medida para el deseo? Mi deseo está incompleto y por eso golpea mi puerta constantemente. Me acuesto con el edecán, pero te nombro cuando me posee. Tú te enojas porque hago el amor con él. El se enoja porque te llamo en medio de esa danza de los cuerpos. Retazos. Pedazos de deseos. Todos estamos incompletos.
- EL REY: —Perdón, mi reina. Soy el rey. Todos me obedecen menos mi cuerpo. Es más fácil gobernar al mundo que a nosotros mismos.
- LA REINA: —Bésame, mi rey. No hay nada más puro que tus besos, pues no persiguen otra cosa que mis labios.

Irrumpe el edecán agitado.

- EL EDECÁN: —¡Las ratas! ¡Están por atacar las ratas! ¡Los generales esperan tus órdenes mi rey!

El rey se retira presuroso. El edecán permanece con la cabeza baja. La reina lo mira.

- LA REINA: —¿En verdad van a atacar las ratas? No escuché sus chillidos, edecán.
- EL EDECÁN: —Solicito la clemencia de mi reina. Y su comprensión. Pero escuché que el rey estaba a punto de besarte y no lo soporté.
- LA REINA: —¿Es que no hay privacidad en el palacio? ¿Todo el mundo escucha a través de las puertas?
- NEMBROSIO: —*(En off)*. Nosotros no. ¿Verdad, Padelón?
- PADELÓN: —*(En off)*. Verdad.

- EL EDECÁN: –Recién acabamos de hacer el amor y ya estás besándote con tu marido. ¿Tan poco sabor dejan mis labios que ya necesitas otros?
- LA REINA: –Habla bajo. ¿O pretendes que todos sepan de mis amoríos?
- PADELÓN: –(*En off*). Ya lo saben todos, majestad. ¿Verdad, Nembrosio?
- NEMBROSIO: –(*En off*). Verdad.
- EL EDECÁN: –Me atormentan los celos. Pobre consuelo el de tu cuerpo. Te amo, Sofía.
- LA REINA: –Lo siento, Savinien. Pero yo no. Amo al rey. ¿Verdad, guardias?
- LOS GUARDIAS: –(*En off*). Verdad.
- EL EDECÁN: –¿Van a opinar todo el tiempo desde afuera? Mejor que entren.
- LA REINA: –¡Guardias!

Entran los guardias. Se paran en silencio.

- EL EDECÁN: –Muy bien. Ya que estáis al tanto del problema, quisiera vuestra opinión.

Los guardias se miran. Se encogen de hombros.

- EL EDECÁN: –¿Ahora guardáis silencio? ¿No vais a opinar nada?
- NEMBROSIO: –Nuestra función es interrumpir, no opinar. ¿Verdad, Padelón?
- PADELÓN: –Verdad. Para interrumpir se necesita osadía. Para opinar, sabiduría. ¿Verdad, Nembrosio?
- NEMBROSIO: –Verdad. El osado habla. El sabio calla. Somos guardias, no pensadores. ¿Verdad, Padelón?
- PADELÓN: –Verdad.
- LA REINA: –¡Verdugo!

Entra el verdugo. Capucha negra y hacha en mano. Los guardias se paralizan. Tragan saliva.

- LA REINA: –Voy a continuar esta conversación en el punto que la dejamos. A la menor interrupción, me veré obligada a hacerles cortar la cabeza. No me queda más remedio. ¿Verdad, guardias?

Los guardias asienten con la cabeza. La reina mira al edecán esperando que continúe, ignorando al resto. El edecán mira a todos. Cohibido, no sabe cómo reiniciar la conversación. Está a punto de hablar cuando irrumpe el rey con el bufón, protestando.

EL REY: —Falsa alarma. Me distraen por nada. ¿Es que no saben distinguir una falsa alarma de un ataque verdadero? (*Ve al edecán*). ¡Ah, mi fiel edecán! ¡Qué apropiado que te encuentre! ¡Y además está el verdugo! ¡Me habéis ahorrado el trabajo de llamarlo! ¡Siempre es bueno tener el verdugo a mano!

EL EDECÁN: —Majestad, yo...

EL REY: —¡Silencio, edecán! No es por ti que quería al verdugo. A ti me queda agradecerte los servicios a la corona. (*Pausa*). Y a la reina en particular.

Todos se miran. El rey va a sentarse en su trono.

EL EDECÁN: —Me honra, señor. El único sentido de mi existencia es servir a la corona. Si el rey quisiera disponer de mi vida, yo estaría dispuesto a ofrendarla.

EL REY: —No es a mí a quien debes temer, edecán. ¿Qué sabes de apicultura?

EL EDECÁN: —(*Sorprendido*). ¿De apicultura? Nada, mi señor.

EL REY: —Un mundo maravilloso el de las abejas. Una organización perfecta. Todo empieza con una reina. Ella es el eje de la vida del panal. (*Mira a la reina*). La única, la privilegiada, la adorada. A su alrededor, las abejas, las hacendosas obreras que elaboran la miel. Y, por último, los zánganos, inútiles, ociosos. Su existencia tiene un solo sentido: fecundar a la abeja reina. ¿Te imaginas, edecán? Una vida consagrada a un solo instante, viviendo para ello, soñando con ello. Cuando llega el momento de la fecundación, la reina emprende el vuelo hacia las alturas. Detrás de ella, los zánganos se precipitan para alcanzarla. Uno a uno irán muriendo, víctimas de la altura y el agotamiento hasta que solo uno sobreviva. Ese es el destinado a fecundar la reina. Pero ni bien termina la fecundación, la abeja reina mata al zángano y regresa a su panal. Ese es el destino de los zánganos. Ese es el sueño de los zánganos. ¿Te das cuenta, edecán? El sueño de los zánganos es una reina mortal. Pausa. No. No es a mí a quien debes temer. ¿Verdad, mi reina?

La reina calla. Los guardias se miran. El bufón lanza una carcajada. El verdugo se quita la capucha e interpela al rey. Rostro inocente. Voz finita.

EL VERDUGO: —¿Y yo, mi señor? ¿Para qué existo? Soy citado a cada instante, pero mi hacha hace años que no prueba el sabor de la sangre. Bien es cierto que las ratas provocan más muertes que la justicia, pero, aun así, deberías condenar a alguien de vez en cuando. Aunque más no sea para justificar mi existencia. Las ratas se alimentarán igualmente con los despojos y nos permitirá mantenerlas alejadas.

EL REY: —Tranquilo, verdugo. Ya llegará tu turno. Pero estás equivocado. La justicia no necesita verdugos. La injusticia sí. La muerte es un hecho injusto. Cuantas más muertes, más injusticias. No. La justicia no necesita verdugos, pero los caprichos sí. Condenar a alguien a muerte es un capricho fruto de la antipatía, cuando no, de los deseos personales de un rey. Y yo soy un rey caprichoso. ¿Verdad, guardias?

El rey chasquea los dedos en dirección al verdugo. Este se pone la capucha y empuña el hacha. Los guardias se miran y empiezan a retroceder hacia la salida.

PADELÓN: —Bueno, a decir verdad, no lo hemos comprobado, mi rey. Es sabido de su generosidad, no de sus caprichos. ¿Verdad, Nembrosio?

NEMBROSIO: —Verdad. Y si el rey tuviese algún capricho, sería un capricho pasajero al que no hay que temer. ¿Verdad, Padelón?

Irrompen los augures llevándose por delante a los guardias.

AUGUR 1: —¡Las ratas! ¡Atacan las ratas!

AUGUR 2: —¡Son miles! ¡Han logrado infiltrarse por las cloacas!

AUGUR 3: —¡Están atacando el patio de juego de los niños! ¡Rápido!

Todos se ponen en movimiento. Salen apresurados. Los tres augures quedan en el salón, observando la salida.

AUGUR 1: —Bien, finalmente mi premonición fue acertada. Las ratas estaban a punto de atacar.

AUGUR 2: —Así es, doctor.

AUGUR 3: —Bueno, no quisiera evadir mi responsabilidad en el hecho, pero yo predije una posibilidad del cincuenta por ciento de ser atacados.

- AUGUR 2: –Así es, doctor.
- AUGUR 1: –(*Al augur 2*). De modo que eso deja un solo equivocado. Usted vaticinó que las ratas no atacarían.
- AUGUR 2: –Así es, doctor.
- AUGUR 3: –En ese caso la responsabilidad caerá sobre su cabeza.
- AUGUR 1: –Bien, así se lo diremos al rey.
- AUGUR 2: –¡Un momento! Propongo que en el próximo vaticinio cambiemos los roles.
- AUGUR 3: –Explíquese, doctor.
- AUGUR 1: –Sí, explíquese.
- AUGUR 2: –El asunto se está volviendo esquemático. Usted que sí, yo que no y él que tal vez. El rey entrará en sospechas.
- AUGUR 1: –¿Y qué propone, doctor?
- AUGUR 3: –Sí. ¿Qué propone?
- AUGUR 2: –Para la próxima yo asumiré el “tal vez”, usted que “no” y usted que “sí”.
- AUGUR 1: –¡De ninguna manera! Yo estoy cómodo en el “sí”. En todo caso asumiría el “tal vez”.
- AUGUR 3: –¡Lo mismo digo! Nunca me he quejado de mi “tal vez”. ¿A qué responde este súbito cambio de posiciones? Ya habíamos acordado todo.
- AUGUR 2: –Insisto: el rey sospechará un acuerdo. Por otra parte, su “tal vez” lo deja siempre bien parado.
- AUGUR 3: –¿Y cree que es fácil asumir esta diletancia, doctor? ¿Cree que la indefinición es cómoda? Se necesita mucha entereza para no comprometerse con nada.
- AUGUR 1: –¡Bien dicho! De mi parte, vaticinar siempre que “sí” me ha vuelto negativo. Pesa sobre mí el ser del augur de la desgracia.
- AUGUR 2: –Como queráis. Si no aceptáis mi propuesta en el próximo vaticinio, tomaré partido por alguna de vuestras posiciones.
- AUGUR 3: –¡Usted no sería capaz de eso, doctor!
- AUGUR 1: –¡El sistema se derrumbaría!
- AUGUR 2: –¡Estoy cansado de ser el optimista! ¡El que vaticina siempre que no va a pasar nada! ¡Parezco el tonto que no ve el peligro! (*Pausa*). Ustedes eligen.

Los otros augures se miran.

- AUGUR 1: –Está bien. Si lo pone de esa forma, yo asumiré el “tal vez”, usted que “sí” y él que “no”.
- AUGUR 3: –Prefiero que “sí”.
- AUGUR 2: –¿No quiere que “no”?
- AUGUR 3: –No. Quiero que “sí”.
- AUGUR 1: –No. Tal vez sea mejor que “no”.
- AUGUR 2: –¿Tal vez o no? Yo quiero el “tal vez”. No quiero el “sí”.
- AUGUR 1: –¡No, no! Usted que “sí”.
- AUGUR 3: –¡Yo “sí”! ¡Usted “no”!
- AUGUR 2: –¡Esperen que se me está haciendo lío!
- AUGUR 1: –Es fácil. Yo que “sí”, usted que “no” y él que “tal vez”.
- AUGUR 2: –¡Pero es como estábamos antes!
- AUGUR 3: –Está probado. Así el sistema funciona sin sobresaltos.

El augur 2 está por replicar cuando entra el bufón. Su ropa está ensangrentada. Tiene el bastón de bufón roto.

- EL BUFÓN: –Venía escuchando. ¿Acaso intentáis ocupar mi lugar?
- AUGUR 1: –Sí.
- AUGUR 2: –No.
- AUGUR 3: –Tal vez.
- EL BUFÓN: –¿Pero qué? ¿No os vais a poner de acuerdo en nada?
- AUGUR 1: –Sí.
- AUGUR 2: –No.
- AUGUR 3: –Tal vez.

Entra el rey precediendo a todos. Agotado, se derrumba en el trono. El resto se sienta donde puede. Tienen la ropa salpicada de sangre. Únicamente la reina mantiene su postura real. Se sienta al lado del rey. Los augures siguen de pie.

- EL REY: –¡Cuánta furia! ¡Cuánta bravura! Las ratas muestran más decisión que los hombres. Quizás por ello sea tan difícil detenerlas. Y como si fuera poco, ni siquiera es posible razonar con ellas. ¿Cómo pelear contra la irracionalidad? No es posible ningún acuerdo. ¿Rendírnos? Sería nuestra condena a muerte. ¿Entonces qué nos queda? Seguir esta batalla por la supervivencia, conscientes de que seremos derrotados cada día. De que cada día estamos más

cerca de la muerte. Y ese es nuestro destino final. El fin del reino, el fin de la existencia.

La reina le toma la cabeza y la apoya contra su pecho. El rey llora en silencio. El día se apaga en el salón del trono.

ACTO 2

Murallas del castillo. Nembrosio y Padelón montan una adormilada guardia. Por turno dormitan mientras el otro intenta permanecer despierto.

NEMBROSIO: –Me duermo y sueño con ratas. Ratas durante el día, ratas durante la noche. ¡Tantas ratas...! Me atormentan, me desvelan. Y lo peor es que no es posible echar la culpa a nadie por ello. Las ratas existen porque nosotros las hemos provocado, con nuestros deshechos, nuestras porquerías. Nosotros hemos permitido su reproducción, su multiplicación en el mundo. Nosotros hemos generado nuestro propio enemigo. ¡Despierta, Padelón! (*Se duerme*).

PADELÓN: –Soñaba con ratas. Pero ahora las ratas tenían alas. Ya no era posible esperar un ataque desde tierra, sino también desde el aire. El peligro es cada vez más grande. Acaso el rey tenga razón. Estamos condenados. Nuestro oficio de soldados es un recordatorio de esa condena. Vivimos para la guerra. Vivimos para morir. ¡Despierta, Nembrosio! (*Se duerme*).

NEMBROSIO: –Soñaba con guerras. Ese encuentro mortal fruto de los desencuentros de la vida. ¡Ah, la ansiedad de los hombres! ¡Qué inutilidad la guerra! Con un poco de paciencia la muerte llegará igualmente. ¿Para qué dirimir ahora lo que ya está marcado por la naturaleza? Amigos y enemigos, justos e injustos conocerán el mismo final. El tiempo vuelve inútil la guerra. El tiempo vuelve victoriosa la muerte. Es preciso esperar. ¡Despierta, Padelón! (*Se duerme*).

PADELÓN: –Soñaba con guerras. ¿Qué nos empuja a ese acto ridículo? La retórica. Solo un montón de palabras altisonantes que vuelven urgente lo innecesario. Palabras destinadas a convencernos de lo que es imposible demostrar. Las palabras son el verdadero

inicio de la guerra. Palabras destinadas a destruir hermandades. Palabras destinadas a construir posiciones. Palabras destinadas a fabricar razones. ¡Despierta, Nembrosio! (*Se duerme*).

NEMBROSIO: –Soñaba con palabras. Hablaba y me escuchaba a mí mismo. ¡Cuánta magnificencia! El reino se destruye y nosotros intentando sostener la realidad con palabras. Quizás las palabras no sean más que la prueba de nuestro fracaso. Quizás ese aire sonoro que emitimos sea el sostén del moribundo. Poco a poco va desapareciendo todo el esplendor del reino. Y los hombres hablando, soñando, fantaseando. ¡Despierta, Padelón! (*Se duerme*).

PADELÓN: –Soñaba con palabras. Y hablábamos todo el tiempo. No podíamos dejar de hablar. Pues si el silencio comenzaba a reinar, nuestro reino dejaría de existir. Somos un reino hecho de palabras. ¡Despierta, Nembrosio!

NEMBROSIO: –¡Despierta, Padelón!

Ambos se sobresaltan. Se miran.

PADELÓN: –Estoy despierto. ¿Y tú?

NEMBROSIO: –Estoy despierto. Nos dormimos los dos.

PADELÓN: –Murmurabas en sueños.

NEMBROSIO: –Tú también murmurabas en sueños.

PADELÓN: –¿Qué decías?

NEMBROSIO: –No sé. No lo recuerdo. Seguramente estupideces. ¿Y tú?

PADELÓN: –Tampoco lo recuerdo. Pero no ha de ser importante. Nada importante se dice en sueños.

Entra el edecán sonriente. Se coloca entre los guardias y los toma de los hombros. Estos no se inmutan.

EL EDECÁN: –¡Ah, qué maravillosa noche! ¿Verdad?

NEMBROSIO: –Verdad. Si no fuera por este frío que cala los huesos... ¿Verdad, Padelón?

PADELÓN: –Verdad. Si no fuera que hace tres noches que montamos guardia y solo nos sostienen nuestras armaduras... ¿Verdad, Nembrosio?

NEMBROSIO: –Verdad. Si no fuera que las ratas se muestran especialmente inquietas esta noche... ¿Verdad, Padelón?

- PADELÓN: –Verdad. Si no fuera porque dentro de los muros la peste avanza como las ratas fuera de ellos... ¿Verdad, Nembrosio?
- NEMBROSIO: –Verdad. Si no fuera...
- EL EDECÁN: –¿Qué os pasa? Los encuentro especialmente negativos esta noche. Un poco de optimismo, caramba.
- PADELÓN: –Confundís optimismo con ceguera. ¿Qué os ha privado del sentido de la vista?
- EL EDECÁN: –(*Suspira*). La reina estaba especialmente fogosa esta noche.
- NEMBROSIO: –Bien, eso tiene su explicación. Ya lo dice la filosofía pragmática: ¡a coger que se acaba el mundo!

Los guardias ríen. El edecán se aparta de ellos, ofendido.

- EL EDECÁN: –¿Cómo sois capaz de semejante grosería? ¿Es que habéis perdido la sensibilidad?
- PADELÓN: –No, edecán. Somos sensibles a otras cosas. No como tú. El que es sensible a su cuerpo se vuelve insensible al mundo.

Entra el verdugo. Hacha en mano y la clásica capucha puesta. Avanza lentamente hacia ellos. Los tres retroceden asustados.

- EL EDECÁN: –¿Qué verdugo? ¿Vienes a cobrar alguna vida?

El verdugo se apoya en los muros. Se saca la capucha. Está llorando. Los tres se acercan y lo rodean. Le palmean la espalda.

- EL EDECÁN: –Ya, ya, verdugo. Pronto volverán los días felices. Entonces el reino volverá a florecer. Todo será como antes.
- EL VERDUGO: –¿Lo creéis? Antes yo era el sinónimo de muerte. Luego, las ratas ocuparon mi lugar. ¿Ocuparé yo, luego, el lugar de las ratas? ¿Eso soy? ¿Eso he sido? ¿Eso seré? Ni nombre tengo. Soy solo el verdugo. Una rata ahora innecesaria.
- PADELÓN: –(*Señalando hacia abajo*). ¡Algo se mueve en el campo! ¿Verdad, Nembrosio?
- NEMBROSIO: –(*Mirando*). Verdad. Es el viento agitando los trigales. ¿Verdad, Padelón?
- EL EDECÁN: –¿Es que estáis ciegos? ¡Son ratas! ¡Una marea de ratas! ¡Hay que dar la alarma!

Padelón corre hasta el extremo de la muralla y hace sonar la campana. Al instante, entran el rey, la reina y el bufón. Forman una línea a lo largo de las murallas, con las armas listas. Aguardan expectantes. Finalmente, ingresan los augures. Se ubican detrás, ensimismados, desinteresados de la inmediatez. El rey percibe su presencia.

- EL REY: –¿Y bien, augures? ¿Han de atacar las ratas? ¿Qué habéis predicho?
- AUGUR 1: –Lo harán en un instante. Debéis estar alerta.
- EL REY: –¡Haced correr la noticia a lo largo de las murallas! ¡Que todo el mundo se prepare!
- AUGUR 2: –¡Un momento! ¿Es que no lo veis? Las ratas están devorando los trigales. No van a atacar. Se contentarán con ello.
- EL REY: –¡Ah, ahora comprendo! Su estrategia es privarnos de provisiones. Nos condenan al hambre. (*Al Augur 3*). ¿Y tú que dices, augur?
- AUGUR 3: –Tal vez ataquen, tal vez no.
- EL REY: –¿Y cuáles son las probabilidades?
- AUGUR 3: –Exactamente el 50% que sí y el 50% que no.
- EL REY: –¡Verdugo!
- EL VERDUGO: –Sí, mi señor.
- EL REY: –Concederé un minuto para que os pongáis de acuerdo. Al cabo, si no tenéis respuesta, mandaré a cortar la cabeza a los tres.
- AUGUR 1: –Mi señor: no puedo abandonar mis predicciones. Sería traicionarme y traicionarte.
- AUGUR 2: –Lo mismo digo, señor. Prefiero enfrentar a la muerte que a la falta de honestidad.
- AUGUR 3: –Y yo, mi rey. Callando nuestra voz, no callarás las ratas. Y a nadie tendrás para advertiros.
- EL REY: –¡Qué estupidez! He aquí las guerras. Se prefiere la muerte a ceder en una opinión. ¡Verdugo! Córtales la cabeza.
- EL VERDUGO: –¡Por fin! Con gusto, su majestad.

El verdugo se pone la capucha y avanza hacia los augures. Los hace arrodillar y quedan ocultos detrás de los muros.

- EL BUFÓN: –¡Un momento!, Señor, el pueblo no vería bien este acto. Tienen mucha fe en las predicciones de los augures.

- EL REY: —¿Fe? ¿Qué es la fe? ¿Necedad, ceguera, irracionalidad? ¿Cómo se puede tener fe cuando estamos a un paso de la destrucción? ¿Cómo se puede tener fe cuando sabemos a la muerte inevitable?
- EL BUFÓN: —Quizás por eso mismo, mi rey.
- EL REY: —La fe es el enemigo de la verdad. ¡Verdugo! Córtales la cabeza.
- EL BUFÓN: —¡Un momento! Mi rey, aunque este sea un problema religioso, sus consecuencias son políticas. Temo una revuelta.
- EL REY: —¿Por qué lo dices, bufón?
- EL BUFÓN: —Las diferencias religiosas no terminan en rezos, terminan en matanzas.
- EL REY: —Hmm... Tal vez tengas razón. ¿Pero de qué nos sirven? Nunca han predicho nada. Solo confirman lo acaecido.
- EL BUFÓN: —Si sus predicciones no sirven, tal vez sirvan sus opiniones. Consultadles. Pueden alumbrarnos.
- TODOS: —¡Es verdad! ¡Pedidle consejos! ¡Consultadles!
- EL REY: —¿Os parece?
- TODOS: —¡Sin duda, señor! ¡Nada se pierde! ¡Pueden alumbrarnos!
- EL REY: —Bien. *(Al bufón)*. ¿Y sobre qué los consulto?
- TODOS: —¡Sobre las cosechas! ¡No! ¡Sobre un plan de reconstrucción! ¡Sobre política internacional! ¡Sobre la lotería del Estado!
- EL BUFÓN: —Señor: dada la inmediatez, sería mejor que los consultaras sobre cómo evitar el próximo ataque de las ratas.
- TODOS: —¡Sí! ¿Qué hacemos? ¿Cómo hacemos?
- EL REY: —Buena idea. ¡A ver, augures! ¿Cómo detenemos a las ratas?

Se levantan y aparecen detrás de las murallas. Se apartan a deliberar. Todos aguardan expectantes. Se percibe una discusión fogosa, pero no distinguible.

- AUGUR 1: —Señor, hemos concluido la deliberación. *(Pausa)*. Y estamos de acuerdo.
- TODOS: —¡Al fin! ¡Si hay mayoría, no hay error! ¡Vox populi, vox dei!
- AUGUR 1: —Salvo, claro, está algunas discrepancias menores.
- EL REY: —Os escucho.
- AUGUR 1: —Es preciso un sacrificio.
- TODOS: —¡Eso es! ¡Buena idea! ¡Un sacrificio!
- EL REY: —Sí, muy bien. ¿Pero a quién?
- AUGUR 1: —A las ratas.

TODOS: –¡Sí! ¡Es la manera de detenerlas! ¡Ofreced un sacrificio a las ratas!
EL REY: –¿Y qué vamos a sacrificar? Han devorado todo. Ahora mismo están comiendo nuestra cosecha.
AUGUR 1: –A los niños.

El coro calla. Todos se miran entre sí, salvo el rey que queda pensativo.

EL REY: –¿Y cuáles son vuestras discrepancias?
AUGUR 1: –Sobre la edad del sacrificio. Yo sostengo que deberíamos sacrificar a todos hasta los dos años. Sería una opción democrática. *(Refiriéndose al augur 2)*. El doctor sostiene que debe ser selectivo, a aquellos más nutridos que puedan satisfacerlas mejor. *(Refiriéndose al augur 3)*. Y el doctor sostiene que debe ser a todos hasta los cuatro años, por las dudas.

Silencio. Rostros de espanto. El rey demora su respuesta.

EL REY: –Bien dicen que el hombre es una conciencia que va despertando de a poco. Un niño es, pues, una conciencia adormilada. Sería el menor de los males. Muy bien. ¡Traigan a los niños! Los sacrificaremos.

Nadie se mueve. Los augures, orgullosos.

EL BUFÓN: –Señor, sería la peor decisión de vuestro reinado. Condenar a los niños es condenar al futuro.
EL REY: –¡Y qué carajo quieren! ¡Pretendían un sacrificio! ¡Un sacrificio implica pérdida!
EL BUFÓN: –Señor, la gente no querrá entregar a sus hijos.
EL REY: –A sus hijos no, pero sí a los hijos del vecino. ¿No funciona así la cosa? ¿No aplauden la guerra mientras vayan a pelear otros? ¿No estamos acostumbrados a condenar para salvarnos? ¡Estúpidos! Me habéis obligado a escuchar a estos infelices porque os resulta más fácil aceptar soluciones que pensarlas. Y ahora os oponéis porque la solución no es cómoda. ¡Idos todos a la mierda!
EL EDECÁN: –¡Señor! ¡Las ratas se están retirando! ¡Han devorado los trigales y se marchan!

AUGUR 2: –¡Yo tenía razón! ¡Me tocó! ¡Esta vez tenía razón! ¡Iban a comer el trigo y luego retirarse!

Todos empiezan a retirarse, salvo el rey y el verdugo. Los augures continúan con su charla, ensimismados.

AUGUR 1: –Lo felicito, doctor. Estaba en lo cierto.

AUGUR 3: –No quisiera opacar su triunfo, pero le recuerdo que yo predije una posibilidad del 50% a que las ratas no atacarían. Aun así, le concedo el mérito.

AUGUR 2: –Gracias, doctor.

AUGUR 1: –Señores, lamento ser aguafiestas, pero el deber nos llama. Debemos preparar nuestra próxima predicción.

AUGUR 2: –Hace bien en recordarlo, doctor. No podemos permitirnos el descanso.

AUGUR 3: –En la próxima: ¿seguimos como estamos o hay otra idea? Yo opino...

Los augures se retiran. El rey y el verdugo miran el vacío.

EL VERDUGO: –Estábamos tan cerca... Creía que esta vez... Otra vez el azar arrebató la muerte de mis manos. Tendré que resignarme a este oficio inútil. Tendré que seguir sacando filo a este instrumento que no conoce el uso.

EL REY: –Sigue afilando tu hacha, verdugo. Cuando se haya gastado toda sin tener que haberla usado, es que los hombres han llegado a la armonía.

EL VERDUGO: –Tendrá que superar, entonces, los atentados contra el reino.

EL REY: –¿De qué hablas?

EL VERDUGO: –Se murmuran intrigas. Se susurran traiciones. Se balbucean conspiraciones.

EL REY: –¿Contra mí?

EL VERDUGO: –*(Asiente)*. Contra su realeza. El reino se ha debilitado. Vivimos una derrota continua. Y su majestad no ha generado descendencia, ni lo hará. Eso borra la esperanza. Y la reina... Muchos especulan a través de ella, buscando sus favores. Quien obtenga su corazón, obtendrá el reino. Y asegurará el linaje.

- EL REY: —¿El edecán?
- EL VERDUGO: —Tal vez. Tal vez otros. Quizás sea una conspiración. Quizás sea necesaria una purga.
- EL REY: —(*Ríe*). No te contentas con una sola cabeza. (*Deja de reír*). Tú también coqueteas con la reina.
- EL VERDUGO: —No, mi señor. Solo cojo con ella. Y a pedido.
- EL REY: —(*Suspira*). Como sea. Nadie es inocente, verdugo. Denuncias intrigas y con ello te vuelves intrigante. El poder no se sustenta en la firmeza, sino en saber manejar lo inestable. Vete. Deja de susurrar. Deja de murmurar. Deja de balbucear. Deja de afilar tu lengua. Mejor sigue afilando tu hacha que ojalá no tengas que usar nunca, pues podría ser contra ti mismo.

El verdugo se retira avergonzado. Entran la reina y el bufón.

- LA REINA: —¿Todavía aquí, mi señor? Necesitas descansar, Juan Pablo, ha sido un día agitado.
- EL REY: —Ser rey no es un oficio que se ejerce por horas. El rey es rey todo el tiempo. No vive para sí, sino para otros.
- EL BUFÓN: —Admiro su nobleza, señor. Pero el rey es primero hombre y debemos cuidarlo.
- EL REY: —¡Ah, mi amada Sofía, mi querido Igor! ¡Cuánta preocupación! Reconfortáis al hombre. Recordáis mi humanidad. Solo ustedes pueden ver más allá de los signos de realeza. Quisiera morir. Quisiera matar al rey y permanecer en una mecedora, viendo pasar el sol por el cielo, sin otra preocupación que las nubes.
- LA REINA: —Vamos a la cama, Juan Pablo. Deja al rey en las murallas. Hay sábanas limpias. Hay una tina con agua de rosas. Hay leños recién cortados en el hogar. Mecere tu cabeza hasta que te duermas.
- EL BUFÓN: —Ve, mi rey. Yo terminaré la guardia. Aún quedan horas de frío. La noche nos vuelve pesimistas. Recibe el día desde el calor de tu lecho. Ve, mi rey.

La reina se lleva al rey apoyado en sus brazos. El bufón los mira retirarse. Empieza a llorar.

- EL BUFÓN: —La reina tiene el amor de su rey. El rey tiene el amor de su reina, pero no su cuerpo. El edecán tiene el cuerpo de la reina, pero

no su amor. Todos sufren porque les falta algo. Pero todos tienen partes, eso debería bastarles. ¿Y yo que tengo? Ni el amor, ni el cuerpo. Solo ilusiones, fantasías, deseos. Soy el más desdichado de los amantes. Soy el más pobre del reino. Si tan solo tuviera... No. Nunca estaremos satisfechos. Ni con poco, ni con mucho. Ya, Igor. Vuelve a la guardia. Vuelve a estas murallas. Que las ratas pueden comer también tus sueños.

ACTO 3

Comedor del palacio. Una mesa grande en el centro repleta de comida. El bufón va y viene trayendo platos y afanándose en decorarla. Al fondo, dos ventanales en los que montan guardia Padelón y Nembrosio. Miran fijo la mesa relamiéndose los labios.

NEMBROSIO: –Se ven apetitosos esos manjares. ¿Verdad, Padelón?

PADELÓN: –Verdad. Y aún más sabiendo que para este banquete se han agotado las reservas del reino. ¿Verdad, Nembrosio?

NEMBROSIO: –Verdad. Con lo cual imagino que a la guardia le tocará su parte. ¿Verdad, Padelón?

PADELÓN: –Verdad.

EL BUFÓN: –Una sola arveja que falte, un garbanzo, una judía y lo pagaréis con la vida. Y no será el verdugo quien os mate. Yo me ocuparé personalmente de ello.

NEMBROSIO: –¡Uy, qué miedo! La gata se volvió leona. ¿Verdad, Padelón?

PADELÓN: –Verdad. Vamos bufón, no muestres tus garras. Solo bromeamos. ¿Verdad, Nembrosio?

NEMBROSIO: –Verdad. El embarazo de la reina merece respeto. ¿Verdad, Padelón?

PADELÓN: –Verdad. Una reina embarazada bien vale un banquete. Aunque sea el último. El reino tendrá descendencia. ¿Verdad, Nembrosio?

NEMBROSIO: –Verdad.

Entra el edecán. Se sienta al costado de la mesa sin mirarla. El bufón va hacia él.

EL BUFÓN: –El rey ha ordenado día de fiesta. Tú no pareces querer participar en ella. ¿Qué os pasa?

- EL EDECÁN: –La reina se niega a recibirme.
- EL BUFÓN: –¿Y eso por qué?
- EL EDECÁN: –No lo sé. Yo era un invitado frecuente a su alcoba hasta que anunció su embarazo. Desde entonces me ha cerrado las puertas. Ni siquiera desea hablar conmigo.
- PADELÓN: –Pájaro que comió, voló. ¿Verdad, Nembrosio?
- NEMBROSIO: –Verdad.
- EL BUFÓN: –No intervengáis en esto. Savinien necesita nuestra compasión, no vuestra ironía.
- EL EDECÁN: –Son muchos en el reino que se adjudican esa paternidad. Especulación política supongo. Y la reina se niega a revelarlo. Estrategia política supongo. Pero a mí no me interesa la política. Solo me importa el amor de la reina y el saber si ese futuro hijo me pertenece. Sé que no tengo su amor. Saber que ese hijo es mi hijo sería mi esperanza y mi consuelo.
- EL BUFÓN: –Eres un ingenuo, edecán. Aunque no te interese la política, estás implicado en ella. La reina lo sabe. Por eso calla. Y no busques consuelo. En política el consuelo es para los perdedores.
- PADELÓN: –Su majestad es sabia. Callando nos implica a todos. Pues hasta yo podría ser el padre. ¿Verdad, Nembrosio?
- NEMBROSIO: –Verdad. Y yo. Los favores de la reina no han distinguido clases. Su generosidad abarca todo el palacio. ¿Verdad, Padelón?
- PADELÓN: –Verdad. Menos al rey y al bufón por cuestiones obvias. ¿Verdad, Nembrosio?
- NEMBROSIO: –Verdad.

El edecán salta de su asiento y desenvaina la espada. Corre con ella en alto hasta los guardias.

- EL EDECÁN: –¡Guardias hijos de puta! ¡Les cortaré la lengua y se las meteré en el culo!

Tira un sablazo a los guardias que lo detienen con sus alabardas. Retroceden y empieza una persecución alrededor de la mesa. El bufón corre detrás de ellos.

- PADELÓN: –Pare, edecán. Guarde sus energías para las ratas. ¿Verdad, Nembrosio?
- NEMBROSIO: –Verdad.
- EL EDECÁN: –¡Los mataré y los tiraré a las ratas!

EL BUFÓN: —¡Deténgase, Savinien! No saben lo que dicen. Estuvieron tomando vino.

PADELÓN: —In vino veritas. ¿Verdad, Nembrosio?

NEMBROSIO: —Verdad.

EL EDECÁN: —¡Pedazos de mierda! ¡Soretas con armadura!

Tira un sablazo que pega en la mesa.

EL BUFÓN: —¡Savinien, por el amor de Dios! ¡Que me arruina el decorado!

El bufón va hacia el edecán y trata de sujetarlo. Los guardias aprovechan y toman al edecán de los brazos. Forcejean. Caen los cuatro y ruedan por el piso.

PADELÓN: —¡Afloje, edecán!

NEMBROSIO: —¡Salga, Igor, que lo tenemos!

EL BUFÓN: —¡Me destrozó el bouquet de la reina!

EL EDECÁN: —¡Putos! ¡Putos hijos de puta!

PADELÓN: —¡Guarda que pateala!

NEMBROSIO: —¡Los huevos no, hijo de puta!

EL BUFÓN: —¡Lejos de la mesa! ¡Lejos de la mesa!

EL EDECÁN: —¡Les voy a perder el sable en el orto!

Entran el rey, la reina y los augures. Se detienen al ver el espectáculo.

EL REY: —¿Qué pasa aquí?

El movimiento se detiene. Nadie intenta una explicación. En silencio ocupan sus lugares en la mesa. Los reyes en el centro. A su izquierda los augures, a la derecha el bufón y el edecán. Los guardias vuelven a los ventanales. Todos comen sin apreciar la comida. La reina apenas si prueba bocado. Nadie se mira. Nadie habla. De vez en cuando, los guardias, giran al unísono y miran por la ventana. Luego, vuelven a la guardia. Por fin, el rey, sale de su ensimismamiento y golpea la mesa.

EL REY: —¡Esto parece un velorio, no una celebración! ¡Bufón! ¡Diviértenos!

EL BUFÓN: —Sí, mi rey.

El bufón ocupa el centro de la escena, sonriendo. Todos lo miran.

EL BUFÓN: –¡La historia del príncipe y la campesina!
NEMBROSIO: –Acá no hay príncipes. ¿Verdad, Padelón?
PADELÓN: –Verdad. Pero los habrá. Aunque bien podría ser una princesa.
¿Verdad, Nembrosio?
NEMBROSIO: –Verdad. Y tampoco hay campesinas. Las que no fueron devoradas por las ratas se han refugiado en el castillo y se dedican a la alfarería. ¿Verdad, Padelón?
PADELÓN: –Verdad.
EL BUFÓN: –¡Silencio mierda!
EL REY: –¡Verdugo!

Entra el verdugo, hacha en mano, la capucha en la otra mano.

EL REY: –Te colocas entre los guardias y al primero que pronuncie palabra, lo silencias con tu hacha.
EL VERDUGO: –Con gusto, mi rey.

Los guardias tragan saliva. Giran hacia los ventanales y observan al exterior. Se miran. Se alzan de hombros y vuelven a montar guardia.

EL BUFÓN: –Había algunas veces, y digo algunas veces porque toda historia tiende a repetirse en el tiempo, un príncipe y una campesina. Uno enamorado del otro. El príncipe, soñador como todo príncipe que espera un reino que quién sabe cuándo tendrá, le escribía poemas todos los días. Horrosos poemas únicamente generados por un ser enamorado y únicamente apreciados por su enamorada. La campesina, empírica por su oficio y su condición de mujer, se solazaba con esos deseos y promesas en forma de cuarteta con rima asonante. ¡Qué manera de escribir este muchacho! Encarnizado detractor del dequeísmo y sólido entusiasta del acento prosódico. ¡Un barullo literario! La campesina los leía con ojos de profesora de literatura, pero no por ello evitaba ser arrastrada por el empuje de las palabras. Sin embargo, su empirismo le decía que todos esos poemas tienen un fin y un final: los poemas amorosos mueren cuando chocan los cuerpos.

Los guardias giran y miran por la ventana. El bufón bebe de una copa de vino y se aclara la garganta. Aprovechando el alto, los guardias vuelven a sus lugares y levantan la mano para intervenir. El verdugo les muestra su hacha. Bajan la mano.

EL BUFÓN: —Es por ello que la campesina se empecinaba en rechazar al príncipe, consciente de la diferencia de clases y verse descartada una vez satisfecho el fin de tantos poemas. “Eres un príncipe” le decía ella, “nuestros mundos están distantes y son irreconciliables. Yo no podría vivir en el tuyo ni tú en el mío”. “Pero nos amamos” insistía él, “y como toda mujer has esperado un príncipe toda la vida. Pues bien, aquí lo tienes”. “Sí, nos amamos” decía ella, “Pero tanta literatura te ha nublado la mente. Confundes la realidad con la metáfora”. De esta manera el príncipe se topaba una y otra vez con la negativa, cada vez esgrimiendo una nueva tesis y cada vez encontrándose con alguna antítesis sin posibilidad de llegar a una síntesis aceptable. Desesperado y viendo que la filosofía lo condenaba a un eterno onanismo, decidió pasar a la acción. Renunció entonces a su condición de príncipe heredero cediendo la futura corona a su hermano menor, y libre de los atributos reales, se dirigió al encuentro de su amada. “Aquí estoy, le dijo a la campesina, “he renunciado a todo. Ya no soy un príncipe. Soy solo el que ama y amas”. La campesina lo miró por largo tiempo. “Sí, eres el que amo”, le dijo ella, “pero no el que quiero. Has renunciado a ser un príncipe. Has renunciado a ser lo que eres y ahora eres nada. Yo no quería un príncipe, pero tampoco quiero nada. Ahora debes construirte nuevamente. Te seguiré amando, tal vez para siempre. ¿Pero cómo saber si te querré si no sé lo que serás?”. “Me convertiré en otro”, dijo el príncipe, “aún a riesgo de no ser querido. ¿Me esperarás hasta entonces?”. La campesina rió. “No tengo nada y nada me ofreces. ¿Cómo prometer nada?”. Y de esa manera el príncipe partió hacia la nada y tuvo que meterse la calentura en el culo.

El bufón se sienta y bebe vino. Nadie se mueve de su asiento.

EL EDECÁN: —La frase final no me pareció apropiada.

LA REINA: —Sin embargo, es ilustrativa.

- EL REY: –Para mi gusto es una ruptura gratuita del discurso.
- EL EDECÁN: –Venía bien. ¿Qué necesidad de apelar a la grosería?
- LA REINA: –Libertades del lenguaje.
- EL REY: –Quizás una moraleja más elaborada le diera más contundencia a la historia.
- EL EDECÁN: –Contundencia tiene. El problema es que uno tiende a quedarse con eso y no con la reflexión.
- LA REINA: –Bueno, depende del que escucha. A mí esos giros me gustan. Y refuerzan la historia.
- EL REY: –Te la damos por aprobada, Igor. Para la próxima queremos una donde el amor sí es posible.
- LA REINA: –Ay, no. Son aburridas. Se conocen, se enamoran y viven felices. ¿Dónde está la gracia?
- EL REY: –Bueno, agrégale unas cuantas adversidades para satisfacer a la reina. ¡Pero nada de malas palabras!
- EL BUFÓN: –Sí, mi señor.

Los guardias vuelven a mirar por la ventana. Levantan la mano en dirección al rey. Este los observa.

- EL REY: –Atento, verdugo.
- EL VERDUGO: –Los tengo bajo control, majestad.

Los guardias, resignados, retoman sus posiciones. Todos vuelven a la comida desganaada.

- EL REY: –Entonces no vas a decirlo.
- LA REINA: –No.
- EL REY: –¿Por qué?
- LA REINA: –¿Qué harías si lo supieras?
- EL REY: –No lo sé.
- LA REINA: –Por eso. Porque no lo sabes. Yo tengo el conocimiento y sé qué hacer con ello. Tú no lo tienes y ni siquiera sabes para qué lo quieres.
- EL REY: –Es el heredero de la corona.
- LA REINA: –Es solo un niño por nacer.
- EL REY: –Ahí es donde te equivocas. Aunque él no sea consciente, aunque tú no lo desees, está implicado en algo mucho más grande que él.

- LA REINA: —¿Qué puede ser más importante que la vida misma?
- EL REY: —El poder. Bien usado sirve para ordenar la vida, darle un sentido, un bienestar.
- LA REINA: —El poder solo sirve para cercenar la vida. A pocos o a muchos, no importa. En aras de la mayoría, en aras de un ideal, en aras de un fin cuya pureza se va desdibujando por el camino. El poder siempre condena.
- EL REY: —Es inevitable. Siempre hay alguien disconforme con el sistema y dispuesto a atentar contra él.
- LA REINA: —Cualquier sistema se vuelve voraz. Nadie reacciona contra un sistema, sino contra sus actos, contra su voracidad, su necesidad de perpetuarse a sí mismo. Se cree el mejor, el defensor de la vida. Y termina provocando la muerte.
- EL REY: —Así ha sido y así será. Gracias, mi reina. Ahora sé lo que debo hacer con el conocimiento. ¿Quién es el padre?
- LA REINA: —¿Para qué quieres saberlo?
- EL REY: —Para matarlo.
- LA REINA: —Leíste mal mis palabras. Eran una crítica, no un consejo.
- EL REY: —Es el peligro de las palabras. Nunca tienen una sola dirección. Finalmente, uno termina dándosela.
- LA REINA: —¿Por qué quieres matarlo?
- EL REY: —Porque es un hombre. Primero estará orgulloso de esa vida engendrada, pero luego descubrirá que esa vida es un instrumento de poder. Y querrá usarlo. Como custodio reclamará privilegios. Como defensor de un niño desvalido reclamará el ejercicio del poder en su nombre. Siempre encontrará argumentos que justifiquen su voracidad. Todo lo hará en nombre de su hijo, pero solo piensa en él. Y yo seré su escollo. ¿Lo entiendes?
- LA REINA: —Sí.
- EL REY: —¿Me amas? ¿Amas mi vida?
- LA REINA: —Sí.
- EL REY: —¿Entonces por qué no quieres decirlo? Es una cuestión de supervivencia.
- LA REINA: —(Ríe). Siempre es una cuestión de supervivencia. De la vida, de la forma de vida, de los privilegios de la vida, de los ideales de la vida. Pero en última instancia es la supervivencia del poder en sí mismo, camuflado en discursos que lo niegan.

- EL REY: –Es posible. Aun así no entiendo por qué no quieres decirlo.
- LA REINA: –Porque eres voraz como todos. El poder te impide ver la humanidad. No ves un padre, ves un conspirador. No ves un hijo, ves un instrumento de poder. Y ese es el alivio a tu conciencia cuando ordenas la muerte. No matas hombres. Matas conspiradores, enemigos, opositores. Con lo cual provocas más enemigos, más conspiradores, más opositores. El poder no se detiene nunca. Ahora es el padre el que te molesta. Pero luego será el hijo. Las razones por las que condenas al padre son las mismas que condenarán al hijo.
- EL REY: –Es imposible, es solo un niño.
- LA REINA: –Los niños crecen y con ello, tus miedos. Afanes de perpetuidad. No querer ceder nada ni nunca. El poder sueña con la inmortalidad. No, mi rey. Será así. Tú también eres un hombre. Deja ya esos caminos tortuosos del pensamiento. Sé honesto. Las razones que impulsan a tus enemigos son las mismas que te impulsan a ti. Y los dos están dispuestos a hacer lo mismo. Solo los diferencia en quién actúa primero. Debemos dejar de creer en razones y creer en la vida. La vida apenas. Sin mistificación.
- EL REY: –Hablas sabiamente. Pero no estoy tranquilo. Nunca estaré tranquilo.
- LA REINA: –Lo sé.
- EL REY: –¿Entonces? ¿Qué me aconsejas?
- LA REINA: –Mátame. Mátame ahora. Solo así estarás tranquilo. El poder respirará aliviado.

El rey queda mirando a la reina, quien toma de su copa de vino con toda tranquilidad. Mira alrededor. Los demás, quienes han seguido atentamente la conversación, se refugian en la comida. Los guardias van hasta los ventanales y se vuelven, mano en alto. El rey lo advierte.

- EL REY: –¿Qué pasa?
- LOS GUARDIAS: –¡Permiso para hablar sin que nos cortes la cabeza!
- EL REY: –Permiso concedido.
- PADELÓN: –Las ratas están atacando. ¿Verdad, Nembrosio?
- NEMBROSIO: –Verdad. Hace rato que atacan. Pero no nos atrevíamos a interrumpir. ¿Verdad, Padelón?
- PADELÓN: –Verdad. La gente se ha refugiado en sus casas y mueren dentro de ella. ¿Verdad, Nembrosio?

NEMBROSIO: -Verdad. La defensa sin un líder ha quedado desbaratada. ¿Verdad, Padelón?

PADELÓN: -Verdad. Solo el palacio real resiste. Pero la mayoría de los guardias huyó para proteger a su propia familia. ¿Verdad, Nembrosio?

NEMBROSIO: -Verdad. No creo que resistamos más de una hora. ¿Verdad, Padelón?

PADELÓN: -Verdad.

El rey se levanta sin apuro. Se pasea pensativo.

EL REY: -¿Qué opinan los augures?

AUGUR 1: -Sería mejor preparar la defensa. Tal vez ni siquiera tengamos una hora.

AUGUR 2: -Disiento. Ya se han alimentado bastante con la plebe. No arriesgarán a forzar el palacio.

AUGUR 3: -Tal vez estén satisfechas. Tal ven quieran tomarlo todo. Es dudoso.

EL REY: -¡No! Sobre lo que dijo la reina.

AUGUR 1: -Hay que matarla.

AUGUR 2: -Hay que matarla.

AUGUR 3: -Hay que matarla.

EL REY: -¿Cómo? ¿Estáis los tres de acuerdo?

AUGUR 1: -Así parece, señor.

AUGUR 2: -Así es, señor.

AUGUR 3: -Sí señor. A pesar de no haberlo debatido.

EL REY: -¿Por qué habría de matarla?

AUGUR 1: -Señor: no nos escuchaste cuando te sugerimos un sacrificio. La reina está dispuesta a hacerlo por el bien del reino.

AUGUR 2: -Todo exige sacrificio. Mira esta mesa. Si no hubiéramos sacrificado la naturaleza, no podríamos disfrutar de este banquete.

AUGUR 3: -¿Dios mismo no exige sacrificios? La historia del hombre es la historia del sacrificio. Siempre ha sido así.

EL REY: -Pero es una reina.

AUGUR 1: -Mayor y mejor es el sacrificio entonces.

AUGUR 2: -Un sacrificio que permitirá que todo siga funcionando.

AUGUR 3: -Un sacrificio enorme dado que guarda una vida dentro suyo.

EL REY: -Así que de eso se trata todo esto. Preferís sacrificar a la reina y no veros sacrificados a vosotros mismos. ¿Tú qué dices, edecán?

EL EDECÁN: –La reina ha hablado.

EL REY: –¿No vas a agregar nada?

EL EDECÁN: –No, señor.

EL REY: –Tienes miedo ¿verdad? Ahora que sabes que ordenaré la muerte del padre del hijo de la reina, temes por tu vida. Aunque solo fuera una posibilidad entre mil que tú fueras el padre. Ah, el viejo instinto de supervivencia.

EL EDECÁN: –Yo estaría dispuesto a matar por la reina.

EL REY: –A matar sí, pero no a morir. Y como sabes que nunca será tuya prefieres que no sea de nadie. ¿Y tú, Igor?

EL BUFÓN: –No hay mayor acto de amor que el de la reina.

EL REY: –Y como el amor de la reina dejará un vacío, tú estás dispuesto a llenarlo con el tuyo. ¿No es así?

EL BUFÓN: –Siempre te he amado, mi rey.

EL REY: –Y ahora aprovechas para eliminar la competencia. ¿Qué dicen los guardias?

PADELÓN: –Nosotros no opinamos. ¿Verdad, Nembrosio?

NEMBROSIO: –Verdad. Lo que el rey disponga estará bien dispuesto. ¿Verdad, Padelón?

PADELÓN: –Verdad. No debemos intervenir en lo que no entendemos. ¿Verdad, Nembrosio?

NEMBROSIO: –Verdad.

EL REY: –(Ríe). Es mejor que decidan otros. De esa manera vuestra conciencia no queda comprometida. Al verdugo no le pregunto, pues se supone que no tiene conciencia. Y estará feliz con la posibilidad de una muerte. ¿No es así, verdugo?

EL VERDUGO: –Por supuesto, señor. Por fin puedo ser útil.

EL REY: –¿Lo ves, mi reina? Todos están de acuerdo. Tú misma les diste las razones. Y me las diste. No importan aquí las razones personales y ocultas. Siempre las habrá y estarán al acecho de su oportunidad. Basta brindar una razón lo suficientemente válida para todos y la condena será ineludible. Ellos con sus miedos, yo con mi amor inútil te condenamos. ¿Tienes algo que decir en tu defensa?

LA REINA: –¿De qué se me acusa?

EL REY: –De engendrar.

LA REINA: –(Asiente con la cabeza). Condenáis a la abeja reina para salvar a los zánganos. Pero también condenáis a la colmena. Su organización,

su sentido. No. No estáis condenando a una reina. Estáis condenando el futuro. Presos de la inmediatez, defensores de sus pequeños espacios, irracionales víctimas del afán de supervivencia, condenáis al mundo del mañana. Sí, soy culpable de engendrar. Para mí he engendrado la esperanza del mundo. Para vosotros he engendrado la intriga, la lucha, la conspiración. Y es verdad. Pero solo veis un solo costado. ¡Ah, los hombres que solo entendéis de materia! Heme aquí, la única mujer intentando sostener el alma. Y soy culpable sí de esa condición. He engendrado un niño. Para vosotros es una cuestión de Estado. Para mí, una razón para vivir. Pero lo habéis condenado antes que nazca. Por eso prefiero morir con él. Este niño es el hijo de la colmena. Nadie es el padre. Todos son el padre. Nadie puede reclamar propiedad. Y esa es la razón de vuestro desinterés. Pobres de vosotros, zánganos sin sueño.

Pausa. El rey mira a todos. Nadie le devuelve la mirada.

EL REY: –Verdugo.

El verdugo avanza hasta colocarse al lado de la reina. Esta se para. Mira al verdugo.

LA REINA: –Tú eres el padre.

Quedan un instante mirándose. Luego, el verdugo se coloca la capucha y la toma del brazo. La conduce afuera. Todos permanecen donde estaban, sin atinar a nada, sin mirar a nada. Por fin, se escucha seco un golpe de hacha. Un estremecimiento colectivo. Entra el verdugo con el hacha ensangrentada y la cabeza de la reina en la mano. La coloca sobre la mesa. Conserva su capucha puesta. Nadie mira hacia la mesa. Se escucha cercano el chillido de ratas. Los guardas van hasta la ventana. Se miran. Vuelven lentamente a sus lugares.

PADELÓN: –Las ratas están en las puertas del salón. En un instante estarán aquí.

EL REY: –Abrid las puertas. Dejad que entren.

Los guardias van hasta las puertas y las abren. Vuelven a sus lugares. Todos miran hacia las puertas. Se paran. El verdugo se quita la capucha. Los chillidos de las ratas aumentan.

PIENSA EN MÍ

—

PIENSA EN MÍ

Vitalino y el Tarta entran al escenario con sus guitarras en sus respectivas cajas. Como si fuera un acto rutinario, se sientan y quedan mirando el vacío. Entra Héctor con su traje blanco. Al verlo, Vitalino y el Tarta se paran. Héctor los sondea con la mirada. Los dos lo miran inmutables. Desconfiado, Héctor se sienta. Al unísono, Vitalino y el Tarta se sientan y sacan sus instrumentos. Bolero “La media vuelta”.

HÉCTOR: —Es bien conocida mi participación en tradicionales peñas de tango. Incluso hay registros fotográficos de ellos. Por fortuna no sonoros. Pero lo que no ha tomado estado público, por tratarse de un suceso casi clandestino, fue mi recurrente asistencia al Club de Boleros “El Gladiolo”. El hecho de que permanezca en las sombras incluso la ubicación misma de esta peña bolerista, obedece a la vergüenza de reconocer en sus cantantes un espíritu inquebrantablemente romántico, hombres arrastrados dolorosamente por la pasión sublime de los sentimientos, melodramas corporizados detrás de su camisa floreada y su traje blanco. Hombres conocidos como “los Gladiolos”. Muchas flores se han destruido de aquella camisa, pero aún conservo este traje, ya virado su color de blanco a beige pálido, recordatorio y símbolo de mi torturado apego por lo amoroso. Porque bien es sabido que el hombre es por naturaleza un ser romántico, hasta que conoce una mujer y se casa. Entonces la realidad se instala aplastando sueños, instalando cotidianidades, borrando ideales. La mujer, eje y sentido de nuestra vida, se vuelve ronquidos, sesiones de peluquería, cambio de pañales. No hay bolero que cante al mal aliento después de despertarse. No existe canción romántica que elogie la depilación a la cera caliente. No se ha escrito tonada dedicada a la limpieza de vajilla. “Amor mío que bien roncas, como atruenas mis oídos” no va. El bolero es el encanto de lo imposible, no el desencanto de lo posible. Pero me estoy yendo del tema. Hablaba de “El Gladiolo”, un Club de Boleros cuya audiencia estaba conformada exclusivamente por mujeres. Mujeres deseosas de tonos engolados, de melodías suaves, de letras almibaradas. Mujeres deseosas de ver desnuda el alma de un hombre, como si fuéramos streapers, pero del corazón. Y nosotros, sus cantantes, las llevábamos a su vuelo idílico, llenándolas de poesía. Allí competíamos fieramente entre nosotros, no por

aplausos, sino por suspiros. Hacia el final de la noche, aquel que había cosechado más suspiros, miraba sobrador al otro por encima del hombro como diciendo: “puto”. Y ese era el galardón que nos llevábamos en esas noches inolvidables de “El Gladiolo”.

Bolero “Si nos dejan”.

HÉCTOR: —El trío “Los Panchos”, “Los Tres Ases”, “Los Tres Diamantes”. La idea del trío marcó mi carrera musical. La idea del dúo me resulta insoportable. Pero me estoy adelantando. Fui un niño precoz. Comencé la escuela primaria a la precoz edad de cinco años. Mamá decía que estaba adelantado para mi edad. Mi iniciación musical también fue precoz. Mamá, profesora de música me hacía escuchar boleros, papá, mecánico, música clásica. Raro. Nunca comprendí esos gustos cambiados. Pero acordaron mandarme a estudiar piano. Una suerte de conciliación musical. Mamá pensaba que sería otro Armando Manzanero. Papá, otro Liberace. Llegué a la adolescencia a la precoz edad de once años. Me casé precozmente a los veinte. De grande, sufrí de eyaculación precoz. Lo cual me acarreó no pocas decepciones. Deben saber que ser cantante en “El Gladiolo” era una carta fuerte para la conquista femenina. Pero lo que me llevaba veinte boleros conquistar, lo perdía en dos minutos. Mi cuerpo traicionaba mi alma. La idea del amor eterno se esfumaba en segundos. Tantas letras con verdad idílica terminaban en un mentiroso: “es la primera vez que me pasa esto”. Cientos de suspiros consumidos en un jadeo. Parecerá extraña esta confesión tan desnuda, tan alejada de mi habitual romanticismo. Pero este dolor, hasta entonces secreto, solo descubierto por unas pocas mujeres, desapareció con ella. No. No voy a hablar todavía de ella. No voy a pronunciar su nombre. Ella es ella. Es quien hizo que un bolero siguiera resonando más allá de la noche. Es quien hizo que mi alma y mi cuerpo volvieran a estar juntos. Es quien volvió a instalar la idea de eternidad. Es quien hizo que la verdad fuera absoluta. Es por quien suspiré y sigo suspirando. Ella es ella.

Bolero “Vete de mí”.

Vitalino pega un grito y se abalanza sobre el Tarta y comienza a ahorcarlo. Este apenas se defiende. Intenta alejarse, pero Vitalino lo sostiene con fuerza. Héctor corre hacia ellos y forcejea con Vitalino hasta lograr que suelte su presa. Le habla en voz baja. Al otro lado, el Tarta trata de recuperar la respiración. Se sienta. Héctor sigue hablando a Vitalino hasta que su furia se va apagando. Baja la cabeza avergonzado. Le señala al Tarta mientras le habla. Vitalino asiente. Finalmente, Vitalino va hasta el Tarta y le da un beso en la cabeza. Héctor suspira y se sienta.

HÉCTOR: –Como verán, el trío, formación ideal para el bolero, tiene también sus inconvenientes. Afortunadamente, ante un problema de dos de sus partes, siempre encuentra un mediador para zanjarlo. Pero ustedes merecen una explicación ante semejante exabrupto. Si usted, Vitalino, me permite invadir su intimidad... (*Vitalino se alza de hombros*). ¿Usted, Tarta, ya se recuperó? (*El tarta intenta empezar a hablar. Héctor lo corta*). Perfecto. El ser humano es una caja de sorpresas. Les pido que distraigan un momento su atención sobre la figura del Tarta. Flaco, desgarbado, feo. Personalmente lo encuentro físicamente detestable. En apariencia, ningún encanto acompaña su existencia. Ni siquiera es posible apelar a su locuacidad como herramienta seductora. Y, sin embargo, el Tarta, hace estragos en el mundo femenino. Misterio. Lejos estoy de tener una mirada de mujer que pueda responder o dar una explicación medianamente plausible a este interrogante. “De gustibus non est disputandum” sobre gustos no hay nada escrito. Lo cierto es que el Tarta, en su arrolladora lujuria, sin miramientos, intervino carnalmente en el matrimonio de Vitalino. (*Vitalino gruñe. Héctor lo para con la mano*). Entiéndase con la esposa de Vitalino, no con Vitalino. (*Vitalino aprueba*). Y fue sorprendido en plena sublimación. No fui testigo de esos momentos, pero me inclino a pensar que el Tarta lo debe haber mirado con la misma expresión que hoy observamos en su rostro. El decir popular diría: “como perro que lo están culiando”. Inocencia absoluta. Lo que sí sé, es que la reacción de Vitalino, a la que recién hemos asistido, es la réplica de lo que sucedió entonces. Lo tomó del cuello y lo ahorcó hasta dejarlo tartamudo. Fue salvado por la esposa de Vitalino, quien se adjudicó la responsabilidad de no poder resistir los encantos del Tarta. A su vez, el Tarta intentó asumir la culpa, pero allí descubrió que la presión que ejerció

Vitalino sobre su cuello lo había conducido inexorablemente a la tartamudez. Un shock devastador. ¿Cuánto hace de esto, Tarta? *(El Tarta empieza a articular la respuesta. Héctor lo corta)*. ¿Ocho años ya? *(El Tarta asiente)*. No se asombren. Mi paciencia es corta y no alcanza para esperar las respuestas del Tarta. De modo que he aprendido a intuirlos. Un prodigio el Tarta, cuando canta, no tartamudea. Ahora bien, la siguiente pregunta es inevitable. ¿Por qué Vitalino y el Tarta permanecen juntos? Para responder a ello deténgase un segundo en las reacciones que hemos observado en Vitalino. Primero intenta ahorcarlo y luego lo besa. Tan arbitrario como contradictorio. Así es, Vitalino es ciclotímico. Está sujeto a impulsos motivados por el recuerdo. En una primera fase, el pensamiento de la traición del Tarta despierta sus instintos asesinos. Pero, inmediatamente, sobreviene la segunda fase, más cerebral. Vitalino piensa que, en virtud de la acción del Tarta, se libró de una mujer infiel. Y se lo agradece. *(Vitalino hace un ademán con la mano)*. Así es. Es preferible haberlo sabido por un amigo que por un desconocido, de quien seguramente hubiera tardado más en enterarse o quizás nunca. De esta manera, Vitalino oscila entre la furia y el agradecimiento. Imprevistamente. A la vez, no pierde las esperanzas de encontrar una mujer con la cual compartir su vida. Debo decir que ha conocido a varias. Al Tarta le sirve para comprobarlas. Aquella que resista a sus encantos, será su mujer. Hasta el momento ninguna ha pasado por el cedazo seductor del Tarta. ¿Y el Tarta? ¿Por qué sigue aquí? Por culpa. Culpa lisa y llana. *(El Tarta intenta hablar)*. Sé que la explicación es más larga, Tarta. Pero demos la versión corta. Culpa. ¡Y porque es un ser impío que le picotea las candidatas a Vitalino! *(El Tarta intenta hablar)*. ¡No lo niegue, Tarta! ¡No presuma inocencia! ¡Vitalino y yo le tenemos contadas las costillas! ¡No pucheree! ¡A su lado Judas es un bebé de pecho! *(Vitalino hace una seña con la mano)*. Está bien, Vitalino, pero a mí también me birló varias candidatas. *(Vitalino vuelve a levantar la mano)*. Sí, ya sé que en mi caso no tiene importancia, pero en el suyo... *(Vitalino vuelve a levantar la mano)*. Ya me calmo, me dejé llevar, en fin... Pedazo de hijo de puta. *(Vitalino señala al Tarta)*. ¿Le parece? *(Vitalino asiente)*. Bue. *(Héctor se levanta y va hasta el Tarta. Le da un beso en la cabeza)*. Lo salvó Vitalino,

Tarta. (*Vuelve a sentarse*). Vicisitudes de los tríos. Pero todo se arregla. Estamos juntos desde la época de “El Gladiolo” cantando. Buscando. Solos. Tristes. Desahuciados. Esperanzados.

Bolero “Llévatela”.

HÉCTOR: –“El Gladiolo” estaba reservado exclusivamente para mujeres. Imaginen ustedes ese espacio lleno de ojos luminosos, soñadores. Imaginen todas esas mujeres suspirando al unísono, provocando un viento huracanado. Imaginen todas esas cabezas moviéndose al compás de la música como una ola bravía, amenazante. ¡Un mar de tetas! (*Vitalino y el Tarta se paran*). Perdón, un lapsus linguae. Un tropiezo de la lengua. (*Vuelven a sentarse*). Imaginen que, en el medio de esas sonrisas brillantes, como un firmamento lleno de estrellas, de constelaciones, de nubes galácticas, estaba ella, sollozando. ¿Qué oscuro dolor se oponía a la alegría? ¿Qué lamento anulaba los suspiros? Un faro de angustia brillaba entre los sueños. No es que sollozara fuertemente. No. Apenas un rictus, una mueca, una intensión que hacía centrar mis ojos en ella. Recuerdo que en esos momentos estaba interpretando “La Puerta” (*Vitalino y el Tarta arrancan con el tema: La puerta se cerró detrás de ti y nunca más volviste a aparecer*). ¡Paren! ¡Paren! No tiene importancia, el tema es anecdótico. O quizás no. Quizá fue “La Puerta” la que provocó su llanto. Pero cuando la emprendí con “La otra tarde vi llover” el llanto no cesaba (*Vitalino y el Tarta entonan: “La otra tarde vi llover, vi gente correr y no estabas tú*). ¡Estoy narrando, no recreando! ¡No hacen falta ilustraciones! Yo cantaba únicamente para ella, tratando de sacarla de su estado, de enamorarla con mi canto. Así llegué a mi tercer tema: “Perfidia” (*Hector se vuelve hacia Vitalino y el Tarta dispuesto a frenar el canto. Estos no se mueven. Retoma*). Fue peor. El llanto se redobló. Bajé del escenario angustiado, espiándola todo el tiempo. Cientos de preguntas inútiles ocupaban mi mente. Para mi segunda entrada, revisé mi repertorio, pensándolo más optimista. Inútil. El llanto continuaba constante. Pero cuando llegué a mi último tema “Piensa en mí...” (*Héctor vuelve a girar hacia Vitalino y el Tarta y ellos permanecen en silencio*). Mi último tema decía, el llanto cesó y el asomo de una

sonrisa apareció en sus labios. Así, de esta manera tan simple y tan lejana se instaló ella en mi vida. Esa noche ya en la cama y con el dedo en el interruptor del velador, me vino a la memoria la melodía de “Voy a apagar la luz” ¡Ahora sí! ¡Ilustren! ¡Canten carajo! (*Vitalino y el Tarta entonan suavemente el bolero. Héctor continúa su relato*). Imposible conciliar el sueño. Ese asomo de sonrisa se presentaba todo el tiempo. Esa sonrisa apenas esbozada, como la de La Gioconda, y pensándome a mí como un Leonardo, que había sido capaz de dibujarla. Permítanme aquí hacer una elipsis y ahorrarles la monotonía de escuchar cuántas noches de bolero y de insomnio siguieron a este primer avistamiento. Ella se sentaba siempre en el mismo sitio y hacia allí se proyectaba mi voz. A diario cambiaba mi repertorio sin que el llanto cesara. Reservaba para el final “Piensa en mí”, donde la sonrisa volvía a aparecer para llevármela luego a mi cuarto, a mis sueños. Hasta que un día, un día indeterminado para mi calendario que se había vuelto borroso, un día me decidí a hablarle.

Bolero “Algo contigo”.

HÉCTOR: –La primera vez que hablé con ella, nos peleamos. Tenía un carácter de mierda. De entrada nomás me criticó el repertorio. Argüí que eran boleros clásicos. Me contestó que yo le daba un énfasis negativo que los volvía tristes. Repliqué que eso no le pasaba al resto de la audiencia, de modo que el problema era ella. Problema un carajo, me dijo. Vos me cantas a mí todo el tiempo. Crees que soy de hierro, me dijo. Y desafinás, me dijo. Contuve mi clásico impulso de mandarla a la concha de su madre en virtud de ser nuestro primer encuentro y en memoria de tantas noches de insomnio. Recordé la clásica frase de San Pablo: debe ceder el hombre, para que haya paz. De modo que tomé aire y soporté la estocada como un caballero. Pero me prometí que, si no aflojaba con las críticas, ella y San Pablo se podían ir a la puta que los parió. No aflojó. Que entraba a destiempo, que el fraseo no era el adecuado, que no llegaba a las notas altas. En síntesis, un desastre. ¿Cómo no iba llorar? ¿Qué? ¿Sos profesora de música?, le pregunté. No. Pero tengo desarrollado el oído, me dijo.

Cuando le estaba por decir que lo que tenía desarrollado era una lengua de mierda capaz de hablar cualquier pelotudez, hubo un momento de conciliación. Admitió que mi versión de “Piensa en mí” era muy buena y que allí se mostraban mis verdaderas dotes de cantante. Se salvó de que la ahorcara. Un primer encuentro para el olvido que, sin embargo, no puedo olvidar. Quedamos largo tiempo mirando el suelo, sin saber qué decir o pensando que cualquier cosa que se dijera era para peor. Pensando que, si el comienzo había sido así, el futuro era pavoroso. Pensando que este conocerse había sido una gran decepción. Y, sin embargo, cuando en un impulso inexplicable le propuse que nos volviéramos a ver, asintió de inmediato. No podía dejarme de sentirme atraído por esa mujer, y no es vanagloria pensar que a ella le pasaba lo mismo. Curioso. La mujer que más atrae al hombre es aquella de la que mamá diría: “Nene, esa chica no te conviene”. Y mamá siempre tuvo razón, pero uno por rebeldía, por inconciencia, por desafío, termina ensartado. ¡Noches de insomnio al pedo! ¡Cincuenta argumentos tratando de explicar las razones de aquel llanto! Que un dolor profundo, que una pérdida inconsolable, que un sueño postergado. Y todo se reducía a un problema de afinación. Una vez más, la realidad caía sobre mi vida como un meteorito. Los encuentros que siguieron no fueron mejores. ¿Por qué seguía viéndola? Déjenme que termine este capítulo de terror y ya les hablaré de poesía. Sufría con su presencia, pero sufría más con su ausencia. Encontrarnos era discutir por todo, desde el estado del clima a la solución de la angustia existencial. Increíble abanico. Del pronóstico del tiempo al ser y la nada. No sé cómo hacía, pero lograba enredarme en discusiones sangrientas, donde el argumento decisivo se me ocurría siempre cuando ella se había ido. Mientras tanto yo agachaba la cabeza y soportaba la andanada de golpes, como una bolsa de boxeo que apenas se mueve por fuera, pero por dentro sufre una vibración constante. ¿Dónde estaba el seductor? ¿Dónde estaba el erudito? ¿Dónde estaba el hombre de mundo? El amor es la pérdida de la dignidad.

Bolero “Tú me acostumbraste”.

HÉCTOR: —El hombre tiene dos preocupaciones: vivir y saber por qué vive. Todo lo demás, son variaciones más o menos sutiles de esto. Una de estas variaciones es el amor. Yo amaba, sí, pero al igual que resulta imposible desentrañar el sentido de la existencia, me resultaba imposible desentrañar el porqué de ese amor. Quizás porque todo sea subjetivo. O porque nos negamos a aceptar el plan divino. El amor me sucedía, como la respiración. Ahogo por la impotencia de manejar un destino. Sobresalto por un mensaje en la mañana temprano. Fuerza y energía aplicadas a un solo pensamiento. Devenir de las horas consumidas en la espera. Conversaciones que nunca tendrían lugar. Sonrisas involuntarias por la inminencia de la cercanía. ¿Toda esa mierda era el famoso amor? ¿Perseguimos el amor para condenarnos a esos estados lamentables? Toda esta nebulosa se disipaba cuando nuestros cuerpos se encontraban. Entonces, las preguntas eran respondidas por cada centímetro de piel recorrida. Los gemidos eran himnos que celebraban la vida. El porqué de la vida y del amor se justificaban en nuestros cuerpos desnudos. Las distancias que habían fabricado las palabras se destruían en ese acto tan antiguo como el mundo. Todo adquiriría sentido. Nuestros cuerpos se entendían a pesar de nosotros. Y nosotros quedábamos colgando en esa eternidad. Eternidad rota con la primera palabra, en el darse cuenta de que éramos dos, en la violencia de salir de adentro del otro. Por aquellos momentos sublimes es que estábamos dispuestos a soportar todo. Y pensar la vida al revés: no desde el pensamiento, sino desde los sentidos. Quizás ese fuera el camino para entendernos. Y entender todo.

Bolero “Sabrá Dios”.

- Buenos días, le dije con mi mejor sonrisa.
- No sé qué le ves de buenos, me dijo.
- Cagamos, dije. Y se desató el apocalipsis. Recién empezaba el día y ya nos llevábamos como el culo.

Vitalino se para de golpe señalando de forma imprecisa un lugar en la platea. Héctor detiene su discurso. Mira hacia la platea y va hasta Vitalino. Le habla al oído. Vitalino en voz baja

le responde y vuelve a señalar hacia la platea. Héctor sigue la dirección que señala Vitalino, va hacia proscenio y mira. Vuelve hasta Vitalino y niega con la cabeza. Este se resiste a admitir la negativa. Discuten en voz baja. Por fin, Héctor lo invita a ir a proscenio. Va hasta allí nervioso, mira y se disculpa con una sonrisa triste. Vuelve negando con la cabeza. Héctor lo palmea y ambos vuelven a sus lugares.

—La sigue buscando. Parece mentira, pero la sigue buscando. A su esposa, digo. Ya la perdonó, igual que perdonó al Tarta. Bueno, a veces. Vitalino es ciclotímico. A veces la busca y otras quiere huir de ella. Depende de los estados de ánimo. Y huyó de ella. Después de aquel episodio amoroso, bueno, amoroso del Tarta, no de él, Vitalino huyó. Se fue a las sierras de Córdoba, a una casita cerca del Uritorco, buscando una revelación astral. Subía todos los días y permanecía horas esperando una señal. Se mojó con la lluvia, se cagó de frío, se insoló, pero la señal no aparecía. Pero aparecí yo. Lo esperé largo tiempo en su casita llena de piedras del Uritorco que, según él, tenían propiedades mágicas, pero que, al parecer, a él no le hacían ni mierda. Vitalino estaba chapita. No se sorprendió ni se alegró de verme. Intenté convencerlo de que volviera como guitarrista. La guitarra esperaba en el rincón. La miró y negó con la cabeza. Dale, agarrá la guitarra, le dije, vas a ver que la vida llama. Sí, me dijo, pero yo no estoy dispuesto a escucharla. Estaba todo perdido. El Gladiolo te necesita, musité sin esperanzas, quizás ella vaya a escucharte algún día. Fue la señal que necesitaba. Me miró largamente, tomó la guitarra y se subió al auto. Cantó boleros desde Capilla del Monte hasta Buenos Aires. Nueve horas cantando boleros. Ni yo sabía que existían tantos. A veces, repetía dos o tres veces el mismo bolero, pensando que ese en particular la iba a conmovier cuando lo escuchara. Casi termino odiando los boleros. ¿Ven? La vida llama y es muy convincente. No hay presentación en que no crea verla. A veces se abalanza sobre la platea, a veces huye del escenario, otras queda paralizado. Jodida la ciclotimia. En fin... Les estaba contando de ese día que empezó tan mal. Y que siguió peor. El café demasiado caliente, el botón del inodoro que no andaba, que me miraste raro. En qué estás pensando. En nada. No podés pensar en nada. En algo estás pensando. Ay. No me escuchás. Te

estoy escuchando. ¿Qué dije? Que el vestido rojo te hace gorda. ¿Ves? Repetís la última frase, como los loros. Todo lo que te dije antes no lo escuchaste. Y era cierto. Qué importancia tenía la línea de razonamiento deductivo que concluía en que el vestido rojo la hacía gorda. Dios mío.

Héctor se interrumpe al advertir el sollozo del Tarta. Lanza un suspiro de fastidio.

—¡Termine con los pucheros, Tarta! ¡Ya sé que la historia de Vitalino lo conmueve! ¡Sí, ya sé que se siente identificado! Parece mentira. De última, es sensible la bestia. ¡No, usted no la va a encontrar nunca! ¡Y no merece encontrarla! ¡Y aunque la encontrara, no se reconocerían! ¿Pero cómo pretende que una mujer que conoció a los catorce años, que lo máximo que pasó fue tomarse de la mano, sea la mujer de su vida? Usted está peor que Vitalino. Sin ofender, Vitalino. Debe estar casada, con hijos y feliz por el solo hecho de estar lejos de usted. ¡No pucheree! ¿Qué pretende? ¿Qué lo busque después de cuarenta años? ¿No le parece mucho? Ni siquiera sabe que usted canta boleros. ¿Y tiene la descabellada idea de que la va a encontrar aquí, igual que Vitalino? Sin ofender, Vitalino. Si ella supiera todas las porquerías que hizo en su vida, saldría huyendo. Y no alardeé de ser un romántico. Usted ni siquiera es un romántico pelotudo. Usted es un pelotudo a secas. ¡Por favor! Sigo con lo mío y no me distraiga. Ese día empezó mal, siguió peor y terminó como el orto. Esa noche... esa noche fue el final.

Bolero “Nosotros”.

Mientras canta, Héctor hace esfuerzos para contener las lágrimas. De a poco el llanto lo va ganando. Al terminar la primera parte, se interrumpe. El Tarta y Vitalino intentan continuar, pero se dan cuenta de que es inútil.

—No puedo. Les juro que no puedo. No puedo seguir. El bolero... este bolero... me acongoja. Es como la pintura de mi historia con ella... de esa noche. Yo... perdonen... hay que sacarlo del repertorio. Disculpen ustedes también... melancolía... la maldita melancolía. No piensen que es falta de profesionalismo. El bolero

tiene sentido cuando se le canta a una mujer, y este bolero parece escrito... Sé que parecen solo palabras, pero las palabras tienen vida propia, vuelan y se vuelven contra nosotros. Dejame. No puedo. Dejame vos. Yo tampoco puedo. ¿Ven? Parece un juego. Un juego de palabras. Pero detrás de ese juego está la pasión negada, lo incontrolable, lo que nos desborda y por eso mismo lo que nos atormenta, lo que nos ocupa los días, lo que hace que nos desconozcamos. Creo que por eso nos peleábamos tanto. Por vernos sometidos a algo que no podíamos dominar. A la mierda la dignidad, la autoestima, el control sobre uno mismo. Verse sometido a ese estado primario, respondiendo al llamado de los impulsos, doblegándonos a los sentidos. A la mierda la razón, la cultura, las normas sociales. Luchar contra uno mismo en la figura del otro. Dejame, volvió el juego esa noche. ¿Cuándo? Ahora. No puedo. No importa quién dijo qué. Cualquiera de los textos estaba en cualquiera de las bocas. Bocas que se callaron con los besos y luego ocupadas en dulces quejidos, en suspiros, en éxtasis. Pero cuando terminó el momento sublime, más sublime que nunca, el texto todavía estaba allí. ¿Querés que te deje? Pregunté esperando una negativa. Sí, me dijo. Y entonces, por despecho, por desconcierto, por broma, dije lo que no esperaba decir, lo que no quería decir. Bueno, te dejo. ¿Cuándo? El lunes. ¿Por qué no esta noche? Bueno, esta noche. No entendés nada, me dijo. Y era verdad. Todo me parecía irreal. Pero cuando vi que la angustia iba creciendo de manera brutal dentro nuestro, comprendí que era cierto, que nos estábamos dejando, que no habría mañana. Los días que siguieron fueron intentos vanos de aclarar algo, de corregir algo. Inútil. Ya las palabras habían logrado una herida demasiado profunda. Me envió un último mensaje: estoy en la plaza leyendo el libro de poesía que me regalaste. Pessoa y el sol alivian el dolor. Fue un resorte, una esperanza. Corrí recorriendo plazas, esperando encontrarla en un banco, bajo el sol. No la encontré. Y envié mi último mensaje, desesperado. ¿Puedo verte? No me contestó. Todo había terminado.

Las palabras... ¿Las palabras nos habían condenado? No, fue todo lo que había detrás de ellas. Las palabras no tienen la culpa. Todo es tan retorcido que hemos logrado que las palabras

pierdan su simpleza, su literalidad. Ya no escuchamos palabras; interpretamos palabras. Ya no es lo que se nos dice, sino lo que se nos quiere decir. Escuchamos un “buenos días” y pensamos en qué sentido. Todo es interpretación. Y hasta pensamos que la inteligencia es mayor cuantas más interpretaciones es capaz de hacer. Me doy asco. Quiero decir palabras que signifiquen nada más que eso. Quiero ser lineal. ¡Cuando digo buenos días quiero decir buenos días y cuando digo te amo quiero decir te amo! Perdonen. Me dejé llevar por mí mismo. Es que... pienso tanto en esto, buscando una explicación. Buscándola a ella. Perdonen. Pienso demasiado en ella. ¿Y ella? ¿Pensará también en mí?

Bolero “Piensa en mí”.

—El gladiolo ya no existe. Y este bolero fue el último. Siempre termino con este bolero. Era el que le gustaba a ella. El que la conmovió. Y con el que sueño volver a conmovérla.
El gladiolo ya no existe. Pero nosotros persistimos en ofrecer nuestro canto todas las veces que nos dejan. Esperando que estén ahí. ¿Ridículo, no? Sí. Ridículo. Pero no más que lo que hemos vivido.
El gladiolo ya no existe. Pero nosotros sí. Con todos los sueños. Con toda la ilusión. Esperando que alguna vez estén en la platea. Seguiremos cantando hasta... ¿Estás ahí? ¿Viniste hoy? Yo estoy aquí... ¿Estás ahí?

Vitalino y el Tarta se paran. Los tres recorren la platea con la mirada. Avanzan un paso. Siguen recorriendo la platea hasta que cada mirada se detiene en un punto. Empiezan a sonreír. Las luces se apagan lentamente mientras que “Piensa en mí” por Chabela Vargas va creciendo.

FIN

CAMARINES

CAMARINES

ESCENA 1

Camarín de teatro de provincia. Pobre y sucio. Trastos amontonados. Norberto está sentado frente al espejo que tiene la mitad de las lámparas encendidas. Viste campera de cuero y sombrero de ala ancha. En la mano, un vaso de ginebra. Entra su hijo Tito vestido de calle llevando en el brazo una gran cantidad de vestuario.

- TITO: –¿Qué hacés, Indiana Jones?
- NORBERTO: –Andá a la puta que te parió
- TITO: –Mamá bien, gracias
- NORBERTO: –Vieja loca. No sé cómo podés vivir con ella.
- TITO: –Se soporta.
- NORBERTO: –Yo no pude.
- TITO: –Poca paciencia
- NORBERTO: –¿Cómo anda tu novia?
- TITO: –Bien. ¿Y la tuya?
- NORBERTO: –Bien. Creo.
- TITO: –¿La llegaré a conocer?
- NORBERTO: –Vaya a saber.
- TITO: –Cuatro meses ya
- NORBERTO: –La semana que viene
- TITO: –Entonces no la voy a conocer.
- NORBERTO: –¿Por?
- TITO: –Te duran cuatro meses. Poca paciencia.
- NORBERTO: –Esta es distinta.
- TITO: –Todas son distintas.
- NORBERTO: –¿Vos qué sabés? Primera novia. Cinco años.
- TITO: –Te veo y me doy cuenta.
- NORBERTO: –¿Desde cuando los hijos aprenden de los padres? ¿Y el tema ese de la rebeldía?
- TITO: –Soy arquitecto. Vos actor. Me rebelé.
- NORBERTO: –Sin laburo.
- TITO: –No hay.
- NORBERTO: –País de mierda. ¿Cómo puede ser que un actor tenga laburo y un ingeniero no? Está todo mal.
- TITO: –Ya vendrá.
- NORBERTO: –Vos odiás el teatro.

TITO: –Es lo que hay.

NORBERTO: –La llave.

TITO: –¿Qué llave?

NORBERTO: –La ginebra. ¿Dónde la pusiste?

TITO: –Ya tomaste.

NORBERTO: –Un vaso nomás.

TITO: –Suficiente.

NORBERTO: –¿Me controlás ahora? Dame otro.

TITO: –Te olvidas la letra con uno, con otro cambiás de obra.

NORBERTO: –Siempre la arreglo.

TITO: –Es lo que vos crees. Preguntale al público a ver si entiende algo

NORBERTO: –El público no se da cuenta.

TITO: –Cuatro hojas te comiste ayer. Dos asesinatos y un romance. Así no hay policial que aguante.

NORBERTO: –Siete muertes la obra. No me acuerdo de mis muertos, ¿me voy a acordar de los muertos de un autor pedorro?

TITO: –Mala memoria.

NORBERTO: –Si Dios me hubiera dado memoria, no me hubiera casado tantas veces.

TITO: –¿Yo que fui?

NORBERTO: –Tercer matrimonio. El de la esperanza.

TITO: –No me acordaba.

NORBERTO: –Ojo. La mala memoria es hereditaria. Dame llave. ¿Dónde está?

TITO: –No me acuerdo.

NORBERTO: –Putá madre.

TITO: –(*Señalando el perchero*). Acá tenés segunda escena y acá tercera.

NORBERTO: –Ya sé.

TITO: –Antes de ayer hiciste al revés. Cena de gala y saliste en calzoncillos.

NORBERTO: –El público aplaudió. Mejoré la obra.

TITO: –La hiciste mierda.

NORBERTO: –Rajá, arquitecto. ¿Qué sabés de efectos?

TITO: –Sé de construcción. Destruiste la trama.

NORBERTO: –¿Me vas a enseñar cómo llegar al público?

TITO: –No.

NORBERTO: –Ah, bueno. (*Pausa*). ¿Cuándo fue?

TITO: –¿Qué cosa?

NORBERTO: –¿Cuándo salí en calzoncillos?

TITO: -Antes de ayer.
NORBERTO: -¿Dónde?
TITO: -Segunda escena. Vos creíste que era tercera.
NORBERTO: -El teatro, la ciudad, el pueblo, ¿dónde era?
TITO: -No me acuerdo. ¿Vos?
NORBERTO: -Yo tampoco. ¿Y ahora?
TITO: -¿Qué?
NORBERTO: -¿Dónde estamos?
TITO: - Y yo qué sé.
NORBERTO: -¿Provincia?
TITO: -Santa Fe. Creo.
NORBERTO: -¡Tenés que informarme! Ruta 8 la tengo prohibida.
TITO: -¿Por?
NORBERTO: -Zona de gringas. Me pierden las gringas.
TITO: -Hiciste estragos.
NORBERTO: -Estragos no. No más de una por pueblo.
TITO: -¿En una gira?
NORBERTO: -Varias. ¿Crees que soy Superman?
TITO: -¿Y te cogiste todo el elenco?
NORBERTO: -Todo no. A los hombres no.
TITO: -Faltaba.
NORBERTO: -¿Vos sos fiel?
TITO: -¿A qué?
NORBERTO: -A tu novia.
TITO: -Mientras pueda...
NORBERTO: -¿Ves? Somos parecidos. Yo mientras pueda soy infiel.
TITO: -Hablás al pedo. Hay diferencia.
NORBERTO: -Sutilezas.
TITO: -Numérica.
NORBERTO: -La palabra clave es poder ser. No fiel o infiel. Cada uno es lo que puede.
TITO: -Cómo te sacás las culpas. Admirable
NORBERTO: -No es fácil vivir con uno mismo.
TITO: -¿Repasamos o llamo a la maquilladora?
NORBERTO: -Llamá a la maquilladora.
TITO: -¡Maquillaje!

ESCENA 2

Otro Camarín de teatro de provincia. Tito arregla la ropa. Rengueando, llega Norberto. Fumando, pega pequeños saltitos tratando de no apoyar su pierna izquierda. Lleva un gabán con las solapas levantadas.

TITO: -¿Qué hacés, Perdidos en la noche?
NORBERTO: -Andá a la puta que te parió.
TITO: -Estás hecho mierda.
NORBERTO: -Hace rato.
TITO: -¿Llamo al médico?
NORBERTO: -Moretón nomás.
TITO: -¿Y la corrida?
NORBERTO: -¿Qué corrida?
TITO: -¿Tomaste la pastilla?
NORBERTO: -No me acuerdo.
TITO: -Segunda escena. Te corre el esposo de tu amante.
NORBERTO: -Memoria emotiva. Me corrieron varios.
TITO: -Difícil si no podés pisar.
NORBERTO: -Avisale. Que corra despacio.
TITO: -Dale que es tarde.

Tito se encamina hacia el vestuario. Norberto no se mueve.

NORBERTO: -¿Tito?
TITO: -¿Qué hay?
NORBERTO: -¿Podemos suspender?
TITO: -Está todo vendido.
NORBERTO: -¿Y a mí?
TITO: -Vos morfás de ahí.
NORBERTO: -Vos sos arquitecto.
TITO: -¿Y con eso?
NORBERTO: -¿No podés dinamitar el teatro?
TITO: -Me olvidé la dinamita en casa.
NORBERTO: -Inventá algo.
TITO: -No podés caminar.
NORBERTO: -Puedo. Con escrúpulos.

TITO: -¿Cómo fue?
NORBERTO: -Me corrió el esposo de una amante.
TITO: -Eso es en la obra.
NORBERTO: -En la vida. Hace un rato.
TITO: -Confundís.
NORBERTO: -Capaz.
TITO: -Jubilate.
NORBERTO: -¿Y de qué trabajo?
TITO: -Jubilate de las porquerías que hacés.
NORBERTO: -Se me va el talento, pero no los vicios.
TITO: -Aflojá. No estás para saltar tapiales.
NORBERTO: -Reemplazame.
TITO: -Yo soy fiel.
NORBERTO: -En la obra. A las minas las sigo cogiendo yo.
TITO: -Ni en pedo.
NORBERTO: -La sabés de memoria.
TITO: -Tarde para anunciar reemplazo.
NORBERTO: -No decimos nada.
TITO: -El público te espera a vos.
NORBERTO: -Una vez que se metan en la obra, se van a olvidar.
TITO: -La obra es una cagada. Te vienen a ver a vos.
NORBERTO: -No puedo, Tito. No puedo.
TITO: -¿Qué te pasa?
NORBERTO: -Pánico escénico.
TITO: -Nunca tuviste.
NORBERTO: -Me empezó hoy.
TITO: -¡Dale que es tarde!
NORBERTO: -¿No tenés compasión?
TITO: -¿De vos?
NORBERTO: -Soy tu padre.
TITO: -Te acordás cuando te conviene.
NORBERTO: -Siempre me acuerdo.
TITO: -No me diste bolas en quince años.
NORBERTO: -Pero pensaba en vos.
TITO: -Rajá. No hagás la víctima.
NORBERTO: -Y en tu madre pensaba.
TITO: -La engañaste con todo el barrio.

NORBERTO: –Con la vieja del octavo A, no.
TITO: –Faltaba.
NORBERTO: –Y estaba buena la vieja.
TITO: –¿Y con la hermana de tu amigo?
NORBERTO: –¿Qué pasa?
TITO: –Ahí se pudrió todo.
NORBERTO: –Me buscaba.
TITO: –¿No dicen que las hermanas de los amigos son sagradas?
NORBERTO: –Me cogí a las novias de mis amigos mirá si no les voy a coger a la hermana.
TITO: –Mamá no aguantó más.
NORBERTO: –Poca paciencia.
TITO: –Y yo tampoco te aguanto.
NORBERTO: –Poca paciencia.
TITO: –Vos la llenás.
NORBERTO: –Pero estás acá.
TITO: –Consigo trabajo y me voy.
NORBERTO: –Desagradecido.
TITO: –Consciente.
NORBERTO: –Dame llave.
TITO: –Inconsciente.
NORBERTO: –Si no tomo, no actúo.
TITO: –¿Qué te pasa hoy?
NORBERTO: –Ganas de decir basta.
TITO: –¿A qué?
NORBERTO: –A todo.
TITO: –Empeorás.
NORBERTO: –Envejezco.
TITO: –Cambiate.
NORBERTO: –Salgo así.
TITO: –¿Estás en pedo?
NORBERTO: –Todavía no tomé.
TITO: –¿Llamo a la maquilladora?
NORBERTO: –Eso sí, llamá a la maquilladora.
TITO: –¡Maquillaje!

ESCENA 3

Otro camarín de provincia. Ocupando casi todo el espacio, una enorme mesa de dibujo de arquitecto. Tito, en un taburete, trabaja sobre ella y despliega un plano. Entra Norberto con ropa de calle.

NORBERTO: –¿Qué hacés, Le Corbusier?
TITO: –Andá a la puta que te parió.
NORBERTO: –Respeto.
TITO: –Hay que ganarlo.
NORBERTO: –¿Dónde me cambio?
TITO: –Donde puedas.
NORBERTO: –Tenés trabajo.
TITO: –Copio planos.
NORBERTO: –Me vas a dejar.
TITO: –Changas. No alcanza.
NORBERTO: –Entonces largá.
TITO: –Por algo se empieza.
NORBERTO: –¿La llave?
TITO: –La tiré.
NORBERTO: –No jodás.
TITO: –Debajo de la mesa.

Norberto gatea buscando la ginebra. Sus movimientos son penosos.

NORBERTO: –Putá madre.
TITO: –Al que quiera celeste, que le cueste.
NORBERTO: –Ocupás todo con esta mierda. Quilombo para el traslado. Por un día.
TITO: –Me ocupo yo. Va con la escenografía.
NORBERTO: –Yo era bueno.
TITO: –Todavía lo sos. Salvo la memoria.
NORBERTO: –Con los planos. Yo era bueno. Escuela industrial.
TITO: –No sabía.
NORBERTO: –Nunca preguntaste.
TITO: –Nunca dijiste.
NORBERTO: –Podrías interesarte.
TITO: –Podrías contarme.

NORBERTO: -¿Empezamos?

TITO: -Me buscás.

NORBERTO: -Me saliste jodido.

TITO: -Tengo a quien.

NORBERTO: -¿Tu novia?

TITO: -Allá.

NORBERTO: -¿Bien?

TITO: -Bien. ¿La tuya?

NORBERTO: -Ahí.

TITO: -La trajiste.

NORBERTO: -Quiso venir.

TITO: -Te controla.

NORBERTO: -Puta madre.

TITO: -Jodete.

NORBERTO: -Ni una me deja pasar. Ni una.

TITO: -La estás pagando.

NORBERTO: -Que controle en casa, bien. Pero en gira...

TITO: -Te va a venir bien. A ver si sentás cabeza.

NORBERTO: -¿Y la diversificación?

TITO: -Las minas no son un producto industrial.

NORBERTO: -Pero yo soy una máquina.

TITO: -Vos sos un inmoral.

NORBERTO: -Amoral. Sin. No estoy en contra. No tengo.

TITO: -Se nota.

NORBERTO: -¿Y vos?

TITO: -Fiel.

NORBERTO: -Pelotudo.

TITO: -Puntos de vista.

NORBERTO: -Aprovechá mientras podés.

TITO: -¿Como vos?

NORBERTO: -No tanto.

TITO: -No, gracias.

NORBERTO: -¿Te ayudo?

TITO: -Ya ordené el vestuario.

NORBERTO: -Con los planos.

TITO: -¿Sabés?

NORBERTO: -Te dije. Escuela Industrial.

TITO: -¿Y?
 NORBERTO: -Copiaba planos.
 TITO: -¿Antes de ser actor?
 NORBERTO: -Vivía de eso.
 TITO: -Tampoco sabía.
 NORBERTO: -¿Cambiamos?
 TITO: -¿Qué cosa?
 NORBERTO: -Vos actuás, yo copio planos.
 TITO: -Rajá.
 NORBERTO: -En serio.
 TITO: -Cambiate.
 NORBERTO: -¿De qué voy?
 TITO: -Ahí tenés.
 NORBERTO: -¿Qué mierda es esto?
 TITO: -Nuevo vestuario.
 NORBERTO: -¿Y el otro?
 TITO: -No daba más.
 NORBERTO: -Es distinto.
 TITO: -Nuevo vestuarista.
 NORBERTO: -Puso lentejuelas.
 TITO: -Así parece.
 NORBERTO: -¿Es puto?
 TITO: -Y...
 NORBERTO: -No salgo.
 TITO: -Caprichos, no.
 NORBERTO: -Tengo una imagen.
 TITO: -De mierda.
 NORBERTO: -Van a pensar que yo también.
 TITO: -Ponete.

Norberto se pone el traje entero, lleno de lentejuelas doradas. Se mira al espejo penosamente.

NORBERTO: -¿Qué va a decir mi novia?
 TITO: -Se va a cagar de risa.
 NORBERTO: -¿Te parece oficinista con este traje?
 TITO: -Oficinista puto.
 NORBERTO: -No va con la obra.

TITO: -La viró al expresionismo.
 NORBERTO: -Te enceguece.
 TITO: -Se quiere lucir.
 NORBERTO: -Contratan a cualquiera.
 TITO: -Por fin vas a brillar.
 NORBERTO: -Tengo luz propia.
 TITO: -Se te está apagando.
 NORBERTO: -¿Se nota?
 TITO: -Nunca trajiste mina a gira.
 NORBERTO: -Me dio no sé qué.
 TITO: -Joven para vos.
 NORBERTO: -Para compensar.
 TITO: -Viejo verde.
 NORBERTO: -Y a mucha honra.
 TITO: -Y te está durando.
 NORBERTO: -Vaya a saber.
 TITO: -¿Hacemos letra?
 NORBERTO: -Llamá a la maquilladora. Que traiga purpurina. Para compensar la lentejuela.
 TITO: -¡Maquillaje!

ESCENA 4

Otro camarín de teatro de provincia. Tirado sobre el tablero de dibujo, Tito llora desconsoladamente. Norberto abre la puerta y escucha el llanto. Mira a Tito sin saber si entrar o irse. Por fin, se decide, entra, y cierra fuerte la puerta.

NORBERTO: -¿Qué hacés, música y lágrimas?
 TITO: -Anda a la puta que te parió.
 NORBERTO: -¿Qué pasa?
 TITO: -Nada.
 NORBERTO: -Algo pasa.
 TITO: -No te importa.
 NORBERTO: -Me importa.
 TITO: -¿Desde cuándo?
 NORBERTO: -Desde ahora.

TITO: -Nunca te importó.
NORBERTO: -Ahora sí.
TITO: -¿Por qué ahora sí?
NORBERTO: -Porque estás conmigo.
TITO: -Entonces antes no te importaba.
NORBERTO: -Me importaba. Pero es distinto saber que otro llora que verlo llorar.
TITO: -Me dejó mi novia.
NORBERTO: -Deberías festejar.
TITO: -No soy como vos.
NORBERTO: -Es preferible que te dejen a dejar.
TITO: -Sos un cobarde.
NORBERTO: -Práctico. Te librá del reproche.
TITO: -¿Es lo que hacés vos?
NORBERTO: -Siempre. Si no, tendría una legión encima.
TITO: -No te agrandés.
NORBERTO: -Hago de todo para que me dejen. A veces, tardan, pero a la larga se cansan y me dejan.
TITO: -¿Cómo podés ser tan hijo de puta?
NORBERTO: -Por experiencia.
TITO: -Yo la quiero.
NORBERTO: -Bah. Sutilezas dentro de una relación.
TITO: -¿Nunca quisiste?
NORBERTO: -Muchas.
TITO: -¿Entonces?
NORBERTO: -No significa nada.
TITO: -¿Cómo nada?
NORBERTO: -¿Desde cuándo el amor triunfa?
TITO: -Estás loco.
NORBERTO: -Miráte si no.
TITO: -Que a mí me vaya mal no significa...
NORBERTO: -Idealismo. ¿Por qué te dejó?
TITO: -Porque no estoy nunca. Porque no nos vemos nunca. Porque estoy siempre de gira.
NORBERTO: -Tiene razón.
TITO: -Pensé que me ibas a consolar.
NORBERTO: -Realismo. Es lo que me decían a mí.
TITO: -Pero yo no soy el artista.

NORBERTO: –Pero estás unido a la suerte.
TITO: –Por eso quiero largar.
NORBERTO: –Largá.
TITO: –¿Y qué hago?
NORBERTO: –¿Y yo qué sé?
TITO: –Podría. Se me derrumbó el matrimonio.
NORBERTO: –Así es la vida. Hoy se besa, mañana no se besa...
TITO: –Hoy me tocó mañana.
NORBERTO: –Ya llegará pasado mañana.
TITO: –¿Qué pasa pasado mañana?
NORBERTO: –Nadie sabe qué sucederá.
TITO: –Metete el aliento en el culo.
NORBERTO: –No aliento. Enseño.
TITO: –¿Sos maestro ahora?
NORBERTO: –Experiencia.
TITO: –¿Tu novia?
NORBERTO: –Quiere matrimonio.
TITO: –¿Y vos?
NORBERTO: –Tengo varios. No va a resultar.
TITO: –¿Cómo sabés?
NORBERTO: –Experiencia.
TITO: –Nadie sabe qué sucederá.
NORBERTO: –No me corrás con mis palabras.
TITO: –Aprendo.
NORBERTO: –Me da miedo.
TITO: –¿A tu edad?
NORBERTO: –Puede ser la última.
TITO: –Ojalá.
NORBERTO: –Eso es lo que me da miedo.
TITO: –Yo también tengo miedo.
NORBERTO: –¿Por?
TITO: –No imagino otra mujer.
NORBERTO: –Sos joven.
TITO: –¿Y con eso?
NORBERTO: –Si algo tiene la juventud, es imaginación.
TITO: –Hoy la tengo dormida.
NORBERTO: –Se va a despertar sola.

TITO: -¿Vos crees?
 NORBERTO: -Dale tiempo.
 TITO: -Papá...
 NORBERTO: -Nunca me llamás así.
 TITO: -Se me escapó.
 NORBERTO: -¿Qué pasa?
 TITO: -No quiero ser como vos.
 NORBERTO: -Yo tampoco quería ser como yo.
 TITO: -Seguís sin alentarme.
 NORBERTO: -Perdoname, hijo.
 TITO: -Nunca me llamás así.
 NORBERTO: -Se me escapó.
 TITO: -Llamo a la maquilladora.
 NORBERTO: -Llamala. Que nos maquille a los dos. Lo necesitamos.
 TITO: -¡Maquillaje!

ESCENA 5

Otro camarín de teatro de provincia. Norberto, con traje y anteojos de sol, está sentado frente al espejo. Entra Tito.

TITO: -¿Qué hacés, James Bond?
 NORBERTO: -Andá a la puta que te parió.
 TITO: -Vengo de ahí. Te manda saludos.
 NORBERTO: -¿Ya no me quiere matar?
 TITO: -Un poquito nomás.
 NORBERTO: -Me porté como el culo.
 TITO: -Nos dejaste cuando nací.
 NORBERTO: -Estás acá, ¿no?
 TITO: -Tenés un bache de veinte años.
 NORBERTO: -Siempre tuve mala memoria.
 TITO: -Nunca pasaste un peso.
 NORBERTO: -Lo iba dejando para otro día y...
 TITO: -Y pasaron veinte años.
 NORBERTO: -¿Ahora soy el culpable de todo?
 TITO: -De todo no. Mamá también por dejarse seducir.

NORBERTO: –Bien contenta que estaba.
TITO: –Un año. Después veinte de amargura.
NORBERTO: –A ver si cortamos con el tema.
TITO: –Te fuiste con una turra de la compañía.
NORBERTO: –¡Una compañera de trabajo! ¡Una artista!
TITO: –La conociste en un cabaret.
NORBERTO: –Pero tenía condiciones.
TITO: –Culo y teta las condiciones.
NORBERTO: –Y tiraba la goma como nadie. ¿Cómo sabés todo eso?
TITO: –Mamá me contó. Abandonada por una copera.
NORBERTO: –Me enceguecí.
TITO: –Y quedaste ciego veinte años.
NORBERTO: –¡La concha de la lora! ¡Terminala de una vez!
TITO: –¿Cuánto tiempo engañaste a mamá?
NORBERTO: –Meses.
TITO: –¿No sentías culpa?
NORBERTO: –La culpa no existe.
TITO: –Para vos que no tenés conciencia.
NORBERTO: –Para nadie. Existe el miedo a ser descubierto.
TITO: –¿Cómo es eso?
NORBERTO: –Si la culpa existiera, uno no engañaría a nadie. Se frenaría.
TITO: –O lo haría una vez, por impulso.
NORBERTO: –Vas entendiendo. Pero una vez satisfecho el impulso, se mandaría a guardar.
TITO: –Entonces no hay freno.
NORBERTO: –Sí. El miedo a perder lo que se tiene.
TITO: –Y la perdiste a mamá.
NORBERTO: –Y a vos.
TITO: –Y te quedaste con la turra.
NORBERTO: –La turra se fue con el productor. Me quedé sin nada.
TITO: –Bien hecho. Por amoral.
NORBERTO: –En las relaciones no hay moral. Hay deseo.
TITO: –¿Y el remordimiento?
NORBERTO: –No existe. Existe el alivio por haber zafado.
TITO: –¿Qué es la culpa entonces?
NORBERTO: –Una ligera evocación de la moral.
TITO: –Te volviste filósofo.

NORBERTO: –Cada cicatriz es un pensamiento. ¿Si no, para qué están?
TITO: –Y vos tenés varias.
NORBERTO: –¿Se notan?
TITO: –Por algo perdés la memoria. La querés perder.
NORBERTO: –Sicología barata. Vos sos mi cicatriz más grande. Y estás acá para recordármela. (*Silencio*). Bueno. ¿Estás satisfecho?
TITO: –De momento.
NORBERTO: –Llamá a la maquilladora.
TITO: –No va a hacer falta. Se suspende.
NORBERTO: –No hay gente.
TITO: –No hay actores. Humberto no llegó.
NORBERTO: –¿Qué pasó?
TITO: –Venía en el camión con la escenografía. Chocaron. Están bien. Pero no llegan.
NORBERTO: –Putá madre.
TITO: –¿No notaste que falta mi tablero de dibujo?
NORBERTO: –No me di cuenta.
TITO: –Siempre atento a las cosas de tu hijo.
NORBERTO: –Y sos siempre atento para reprocharme algo.
TITO: –Hacés mérito.
NORBERTO: –No se suspende.
TITO: –No hay escenografía.
NORBERTO: –Conseguí tres sillas. Va cámara negra.
TITO: –Estás en pedo.
NORBERTO: –Hace un mes que no tomo.
TITO: –No me di cuenta.
NORBERTO: –Siempre atento a las cosas de tu padre.
TITO: –Me estás plagiando textos.
NORBERTO: –Andá. Buscá las sillas.
TITO: –¿Y el personaje de Humberto?
NORBERTO: –Lo hacés vos.
TITO: –Ni loco.
NORBERTO: –Es un mayordomo pelotudo. Tiene tres textos.
TITO: –Soy tu asistente. No actor.
NORBERTO: –Vos comés de acá.
TITO: –De momento.
NORBERTO: –De momento hay que parar la olla. Cambiate.

TITO: -Soy tu asistente no...
NORBERTO: -El teatro es así. Imprevisible. Dale.
TITO: -¿Y si hago cagada?
NORBERTO: -Yo te lo arreglo.
TITO: -No me animo.
NORBERTO: -Un poco de inconciencia no te va a hacer mal.
TITO: -Soy arquitecto. Lo mío...
NORBERTO: -Es hora de romper esquemas. No de hacerlos. ¡Maquillaje! Sentáte.
TITO: -Tu novia se me va a cagar de risa.
NORBERTO: -Esa es la idea.
TITO: -¿Me estás cargando?
NORBERTO: -No. Y si el público se ríe, mejor.
TITO: -Lo hago por vos.
NORBERTO: -Bueno. ¡Maquillaje!

Se sientan y se miran a través del espejo. Norberto sonríe.

ESCENA 6

Otro camarín de provincia. Norberto, vestido como Sherlock Holmes, trabaja inclinado sobre la mesa de dibujo. Entra Tito y se sienta frente al espejo. Viste de Watson. Comienza a maquillarse.

TITO: -¿Qué hacés, Sherlock Holmes?
NORBERTO: -Andá a la puta que te parió.
TITO: -Te falta la pipa.
NORBERTO: -Fumamela.
TITO: -¿Terminaste?
NORBERTO: -Casi.
TITO: -Tengo que entregar el lunes.
NORBERTO: -Ya sé.
TITO: -Casa de fin de semana. Una cagada.
NORBERTO: -Bonita pero inhabitable.
TITO: -¿Sos experto ahora?
NORBERTO: -Me doy cuenta.
TITO: -¿Hiciste texto?

NORBERTO: -No.
TITO: -¿Querés que repasemos?
NORBERTO: -Ni lo estudié.
TITO: -Me estás cargando.
NORBERTO: -Tratamiento de “tú”. ¿Dónde se ha visto?
TITO: -Ponéte a estudiar, dale.
NORBERTO: -No me entra.
TITO: -¿Estás tomando la pastilla para la memoria?
NORBERTO: -Estudié cientos de textos. No tengo lugar para ninguno más.
TITO: -Voy de Watson. ¿Qué hago?
NORBERTO: -Vos seguime.
TITO: -¿Y las réplicas?
NORBERTO: -Como en la vida. Siempre me replicaste todo.
TITO: -No es lo mismo.
NORBERTO: -Es lo mismo. Pero expuesto.
TITO: -Nos van a sacar a bolsazos.
NORBERTO: -Ojalá.
TITO: -Viejo, no podés seguir así.
NORBERTO: -Déjame terminar el plano.
TITO: -El productor te va a dar un boleo en el culo.
NORBERTO: -El productor queda en boletería.
TITO: -El público te va a linchar.
NORBERTO: -El público no conoce la obra. Se desayuna cada noche.
TITO: -¿Qué pasa? ¿Ya no querés actuar?
NORBERTO: -¿Te diste cuenta?
TITO: -Pero... ¿Qué vas a hacer?
NORBERTO: -Te ayudo con los planos.
TITO: -¡Dejá de joder con esos planos de mierda! Pagan dos mangos.
NORBERTO: -A mí me gusta.
TITO: -Esto da más.
NORBERTO: -Hacelo vos entonces.
TITO: -No tengo cartel.
NORBERTO: -Yo te ayudo.
TITO: -¿A qué?
NORBERTO: -Te acompaño hasta que lo tengas. Te hago a Watson.
TITO: -¡Estás loco! Ni se ensayó.
NORBERTO: -Probemos a ver qué pasa.

TITO: —¿Qué pasa? Nos van a matar.
NORBERTO: —Cambiate. (*Tito duda*). Dale, cambiate.

Ambos se desvisten y se ponen el traje del otro. A Tito le sobra por todos lados. A Norberto le queda chico.

TITO: —Me queda grande.
NORBERTO: —Ya lo vas a llenar.
TITO: —No es una metáfora.
NORBERTO: —Lo arreglamos con alfileres.
TITO: —Así estamos. Prendidos con alfileres.
NORBERTO: —No es una metáfora.
TITO: —No sé cómo me dejo convencer
NORBERTO: —Te falta la pipa.
TITO: —Fumámela.
NORBERTO: —En serio. Te falta la pipa.

Tito toma la pipa y se la pone en la boca.

TITO: —¿Así estoy bien?
NORBERTO: —Pinturita.
TITO: —Viejo...
NORBERTO: —¿Qué?
TITO: —No sé si quiero hacer esto.
NORBERTO: —No lo hagás entonces.
TITO: —Ser segundo vaya y pase. Pero un protagónico...
NORBERTO: —Andate.
TITO: —¿Y qué va a pasar?
NORBERTO: —Se pudre todo.
TITO: —¿Y de qué vivimos?
NORBERTO: —Se verá.
TITO: —Me estás empujando.
NORBERTO: —Sí.
TITO: —¿Por qué?
NORBERTO: —Porque esto es lo único que te puedo dejar.
TITO: —¿El oficio?
NORBERTO: —No. El camino.

TITO: -¿Y si no quiero?
NORBERTO: -Mandálo a la mierda. Buscá otro.
TITO: -Y nos vamos a la mierda.
NORBERTO: -Por mí no te preocupés.
TITO: -No soy irresponsable como vos. No te voy a dejar en banda.
NORBERTO: -Tenés que aprender a ser un poco irresponsable.
TITO: -Me cuesta.
NORBERTO: -Dale. Salgamos al escenario.
TITO: -Llamo a la maquilladora?
NORBERTO: -Llamala. Hora de cambiar los personajes.
TITO: -¡Maquillaje!

ESCENA 7

Otro camarín de teatro de provincia. Tito está frente al espejo. Tiene un vaso de ginebra en la mano del que toma pequeños sorbos. Viste una sotana larga abotonada. Entra Norberto con vestuario en la mano.

NORBERTO: -¿Qué hacés, evangelio según San Marcos?
TITO: -Andá a la puta que te parió.
NORBERTO: -Te busca una mina.
TITO: -Ya la vi.
NORBERTO: -¿Quién es?
TITO: -Una.
NORBERTO: -Una que te cogiste.
TITO: -¿Me cuidás la moral ahora?
NORBERTO: -No. Te la recuerdo.
TITO: -¿Con qué autoridad?
NORBERTO: -La de la experiencia.
TITO: -Me persigue.
NORBERTO: -No te dejés engrampar.
TITO: -Tranquilo.
NORBERTO: -Si querés, yo me ocupo.
TITO: -¡Hijo de puta! Te casaste hace un mes.
NORBERTO: -Resabios.
TITO: -No arruines este.

NORBERTO: -Tranquilo.
TITO: -Le calienta verme de cura.
NORBERTO: -Te va bien la sotana.
TITO: -El hábito no hace al monje.
NORBERTO: -Te cogiste a la maquilladora también.
TITO: -¿Quién te dijo?
NORBERTO: -Ella.
TITO: -Me buscaba.
NORBERTO: -Con la maquilladora no se jode.
TITO: -¿Me vas a educar ahora? ¿Me controlás ahora?
NORBERTO: -Te pongo límites.
TITO: -¿Qué límites? Vos nunca tuviste.
NORBERTO: -Por eso. Te prevengo.
TITO: -¿Cómo va el matrimonio?
NORBERTO: -Bárbaro.
TITO: -¿Le sos fiel?
NORBERTO: -Sí.
TITO: -Increíble.
NORBERTO: -Alguna vez tenía que ser.
TITO: -Tardaste un poco.
NORBERTO: -Tardé cinco matrimonios.
TITO: -Todo llega.
NORBERTO: -Vos llegaste a actor.
TITO: -Ni quería.
NORBERTO: -Pero aquí estás.
TITO: -¿Terminaste los planos?
NORBERTO: -Sí. Aflojó el laburo.
TITO: -Te dije que no podías vivir de eso.
NORBERTO: -Ya sé. Soy tu asistente.
TITO: -¿Me conseguís más ginebra?
NORBERTO: -Ya tomaste.
TITO: -Un vaso nomás.
NORBERTO: -Suficiente.
TITO: -Necesito otro.
NORBERTO: -Vos me lo negabas.
TITO: -¿Te estás vengando?
NORBERTO: -Te cuido.

TITO: -Necesito entonarme.
NORBERTO: -Necesitás concentrarte. Ayer te comiste tres réplicas.
TITO: -¿Lo arreglé, no?
NORBERTO: -Pero dejaste en banda al compañero. Eso no se hace.
TITO: -¿Dónde estamos?
NORBERTO: -Termas.
TITO: -¿De Santiago? ¿De Entre Ríos?
NORBERTO: -Qué se yo. Alguna terma hay.
TITO: -Ya no te preocupa el lugar.
NORBERTO: -A vos sí.
TITO: -Sí. En Termas de Santiago me mandé una cagada.
NORBERTO: -Más que una cagada debe haber sido una cogida.
TITO: -Le prometí matrimonio.
NORBERTO: -¿De primera?
TITO: -Andaba caliente.
NORBERTO: -Cuídate. Vas a tener más matrimonios que yo.
TITO: -Todavía estoy invicto.
NORBERTO: -Pero en riesgo.
TITO: -Llamá a la maquilladora.
NORBERTO: -Que te maquille. No te la cojas.
TITO: -Por las dudas andate.
NORBERTO: -Me estás superando.
TITO: -¿En cogidas?
NORBERTO: -En todo. Me alegro.
TITO: -¿No me vas a retar?
NORBERTO: -Cada hombre tiene que vivir lo suyo.
TITO: -¿Entonces no hay enseñanzas?
NORBERTO: -Ya te enseñé. La vida no se aprende como las matemáticas. Es autoaprendizaje.
TITO: -¿Y cuándo termina?
NORBERTO: -Después que te casés cinco veces.
TITO: -Entonces me falta mucho.
NORBERTO: -No hay apuro. Dame el vaso que te consigo más ginebra.
¡Maquillaje!

ESCENA 8

Otro camarín de teatro de provincia. Norberto, con traje, mira alrededor. Entra Tito vestido de indio. Se miran un instante.

- TITO: –¿Qué haces, Wall Street?
NORBERTO: –¿Qué hacés, malón de ausencia?
TITO: –Andá a la puta que te parió.
NORBERTO: –Andá a la puta que te parió.
TITO: –Estás elegante.
NORBERTO: –Me caso.
TITO: –Ya te casaste.
NORBERTO: –Por iglesia.
TITO: –Mierda.
NORBERTO: –Una bendición, bah.
TITO: –¿Antes nunca?
NORBERTO: –Nunca.
TITO: –Fuerte.
NORBERTO: –Como Constantino.
TITO: –¿Qué hizo?
NORBERTO: –Se bautizó en el lecho de muerte.
TITO: –¿Te estás por morir?
NORBERTO: –No lo planifiqué.
TITO: –¿Entonces?
NORBERTO: –Decidí vivir según ciertas reglas.
TITO: –Cosa tuya.
NORBERTO: –A vos no te vendría mal.
TITO: –Dejáme vivir mi vida.
NORBERTO: –Te dejo.
TITO: –Ah, bueno.
NORBERTO: –Digo que me retiro.
TITO: –¿Adónde?
NORBERTO: –Una chacra en El Bolsón.
TITO: –Al culo del mundo.
NORBERTO: –Con mi esposa.
TITO: –Increíble.
NORBERTO: –Me entusiasma.

TITO: -¿Entonces dejás todo?
 NORBERTO: -Todo.
 TITO: -¿Y yo?
 NORBERTO: -Visitame.
 TITO: -Cuando ande de gira por ahí...
 NORBERTO: -Sos bienvenido.
 TITO: -¿Y quién me viste?
 NORBERTO: -Ya encontrarás. Tratá que no sea mujer.
 TITO: -¿Y quién me aconseja?
 NORBERTO: -Ya estás grande para consejos.
 TITO: -¿Y quién me enseña?
 NORBERTO: -Ya te enseñé todo.
 TITO: -Estoy verde.
 NORBERTO: -Pero ya sos fruto.

Tito va hasta la botella y se sirve ginebra. Norberto lo mira con una sonrisa compasiva. Tito le extiende el vaso.

TITO: -¿Querés?
 NORBERTO: -No, gracias.
 TITO: -Yo la necesito.
 NORBERTO: -Yo no.
 TITO: -Sos como yo era antes.
 NORBERTO: -Sos lo que debés ser a tu edad.
 TITO: -¿Después me voy a arrepentir?
 NORBERTO: -No. Vas a madurar.
 TITO: -¿Cómo vos?
 NORBERTO: -Vaya a saber.
 TITO: -¿A qué hora te casás?
 NORBERTO: -En un rato.
 TITO: -No voy a poder ir. Tengo función.
 NORBERTO: -Cada uno en lo suyo.
 TITO: -¿Lo pensaste así?
 NORBERTO: -Sí.
 TITO: -¿Quiénes van?
 NORBERTO: -Nadie. Los dos y el cura.
 TITO: -Así que ahora crees en los curas.

NORBERTO: —No. Creo en el compromiso.

TITO: —Yo no tengo.

NORBERTO: —Lo tenés. Con el teatro.

TITO: —Verdad.

Norberto va hasta la botella y se sirve un dedo de ginebra.

NORBERTO: —Salud.

TITO: —Salud. Buena vida.

NORBERTO: —Buena función.

Beben de un sorbo. Dejan los vasos. Se miran, se sonríen e intentan un abrazo. El gesto queda inconcluso. Lagrimean. Norberto se va sin más palabras. Tito se sienta frente al espejo y se mira. Se vuelve a servir ginebra. Se seca las lágrimas.

TITO: —¡Maquillaje!

FIN

LA DENUNCIA

—

LA DENUNCIA

PRÓLOGO

Corría el año mil novecientos y pico. Principios de siglo. Bien al principio. El siglo recién empezaba a recorrer sus próximos cien años. Todavía no se había llegado al centenario de nuestra patria. Era principios del siglo veinte. 1909, para no andar con rodeos.

En un pequeño pueblo de la provincia de Buenos Aires, de cuyo nombre no quiero acordarme, había una estación de tren. El pueblo era muy pequeño. Pequeño aún para los patrones de la época. Era casi una aldea. Apenas un asentamiento de casas. Era el pueblo de Las Flores, para no andar con rodeos. Allí tuvo lugar esta historia increíble. Una historia digna de un Decamerón gaucho. Una historia sórdida para los patrones de nuestra época. Una historia que hoy nos llevaría a condenar a los personajes por su pecaminosidad. Una historia verídica, para no andar con rodeos.

En síntesis: en 1909, en Las Flores, ocurrió esta historia real.

Comisaría de Las Flores. Troncoso está sentado en el escritorio frente a la máquina de escribir. La mira con temor. Tímidamente, adelanta un dedo y aprieta la barra espaciadora. El carro se mueve un espacio. Troncoso se sobresalta.

TRONCOSO: –¡A la mierda!

Parado a su lado, el comisario Andrade consulta un alto de papeles. Mira a Troncoso.

ANDRADE: –No se asuste, Troncoso. Estamos incorporando sistemas modernos.

TRONCOSO: –¿No podemos hacer la actuación con plumín como siempre?

ANDRADE: –El plumín es cosa del pasado. La policía tiene que estar a la avanzada en su lucha contra el delito.

TRONCOSO: –Usted sabe que yo con plumín soy una luz. Le puedo seguir el dictado sin respirar.

ANDRADE: –Usted con plumín me llena la hoja de tinta. Este es un sistema nuevo y limpio. ¡Ponga la hoja como le enseñé y escriba!

Troncoso coloca la hoja y hace girar el rodillo. El ruido hace detener a Troncoso.

TRONCOSO: –Se queja.

- ANDRADE: –¡Es una máquina, Troncoso! ¡Todas las máquinas hacen ruido! ¡La bomba de agua hace ruido, el fusil hace ruido, el tren hace ruido!
¡Escriba y deje de joder!
- TRONCOSO: –Para eso me tiene que dictar algo, comisario
- ANDRADE: –La próxima palabra que pronuncie, lo fusilo por insubordinación.
¿Está claro?

Troncoso asiente con la cabeza. Muestra sus dedos índices y los apunta al teclado de la máquina. Andrade dicta leyendo sus notas. Con estrepitosa velocidad Troncoso va escribiendo el dictado del comisario.

- ANDRADE: –Comisaría de Las Flores, ATUACIÓN POLICIAL Nro 3 DE 1909 Del Señor Comisario Don Marcos Andrade.
Denuncia de Angélica Solares contra Bonifacio estrella, acusándolo de haber abusado de ella y de sus dos hijas.
El día de hoy, 15 de enero de 1909 se presenta ante mí, Marcos Andrade, Comisario de Policía de Las Flores, una mujer que dijo venía a levantar una denuncia, y que respondiendo a las preguntas que se le hizo contestó llamarse Angélica, viuda (no sabe de quién), santiagueña de treintaiocho años de edad quien vive en una casa blanqueada de verde que está al otro lado de la estación, en el camino que va al matadero.

Andrade hace una pausa. Al mismo tiempo, Troncoso deja de escribir. El comisario mira a Troncoso desconfiado.

- ANDRADE: –¿Dónde se me quedó, Troncoso?

Troncoso lee en la hoja.

- TRONCOSO: –En el camino que va al matadero.

Andrade mira sus apuntes y luego a Troncoso, asombrado.

- ANDRADE: –¿Y lo anterior también está?
- TRONCOSO: –Todo. ¿Quiere que se lo lea?
- ANDRADE: –No hace falta. ¿Vio que no era tan difícil?

TRONCOSO: –Cuestión de agarrarle la mano.

Troncoso hace sonar los nudillos, abre las manos y las cierra, como ejercitando. Andrade retoma el dictado.

ANDRADE: –Dispuesdeso, yo, Marcos Andrade, Comisario de Las Flores, “le pasé” la palabra a eya y dijo: que primero se casó con Francisco Carreño, de quién tuvo dos hijas, la Micaela, y la Dolores, de 18 y 15 años de edad cada una de ellas,

TRONCOSO: –Tiernita la marucha!

ANDRADE: –que eran mui felises pero un día el se fue a trabajar a la cosecha, pero como estuvo cuatro años sin volver palas casas ni dar señales de vida, eya creyéndolo muerto se volvió a casar con el Casimiro Reyes, con quién tuvo otros tres hijos más.

Francisco se pasea por la habitación refregándose las manos nervioso.

FRANCISCO: –¡Angélica!

Entra Angélica secándose las manos en el delantal.

ANGÉLICA: –Diga, Francisco.

FRANCISCO: –Me voy a trabajar a la zafra. Voy a tardar un poquito.

ANGÉLICA: –Bueno. ¿Lo espero con el desayuno entonces?

FRANCISCO: –No se me ponga en gastos. La zafra es en Tucumán. Va a llevar más tiempo.

ANGÉLICA: –Bueno. Lo espero con la cena entonces.

FRANCISCO: –No creo que llegue, Angélica. Tucumán está un poco lejos. Nomás de ir me lleva el día entero.

ANGÉLICA: –Bueno. ¿Quiere que le prepare una vianda?

FRANCISCO: –No va a haber tiempo. El tren sale en un rato.

ANGÉLICA: –¡Va a viajar en tren! Tucumán sí que debe estar lejos.

FRANCISCO: –Está lejos.

ANGÉLICA: –¿Y qué me va a comer mientras tanto?

FRANCISCO: –Comeré algo por el camino. Yo le avisaba nomás para que no me extrañe.

ANGÉLICA: –No se preocupe por eso. ¿Cuánto va a tardar entonces?

- FRANCISCO: –Vaya a saber. Lo que lleve la zafra.
- ANGÉLICA: –Bueno. ¿Lo espero entonces o voy pidiendo fiado en ramos generales?
- FRANCISCO: –Pida fiado. En algún momento se saldará.
- ANGÉLICA: –Pero tengo que decir cuándo voy a pagar.
- FRANCISCO: –Usted diga un mes. Si tardo más, ya veré de mandarle dinero.
- ANGÉLICA: –¿Y si tarda más y el dinero no llega?
- FRANCISCO: –Mire Angélica: la zafra es cosecha peligrosa. Meta machete afilado. Mucho riesgo de accidente. Dios no lo quiera, pero puedo tener uno.
- ANGÉLICA: –Bueno. ¿Y cómo voy a saberlo yo?
- FRANCISCO: –Usted me espera un par de meses. Si ve que no vuelvo, deme por muerto nomás.
- ANGÉLICA: –Bueno. ¿Ya se despidió de las hijas?
- FRANCISCO: –Mejor le dice usted. No quiero que me agarre flojera.
- ANGÉLICA: –Bueno. Espero que no se muera ni se aquerencie por otros lados.
- FRANCISCO: –Para el caso es lo mismo. Así que mejor no me espere mucho.
- ANGÉLICA: –Bueno. Vaya nomás.
- FRANCISCO: –Adiós, Angélica.
- ANGÉLICA: –Que el sagrado corazón lo acompañe, Francisco.

Angélica queda diciendo adiós con el pañuelo.

- TRONCOSO: –Disculpe, comisario, que interrumpa la importancia de la escritura con un hecho tan mundano. ¿Puedo ir al baño?
- ANDRADE: –¿Y desde cuando hay baño en esta comisaría, Troncoso?
- TRONCOSO: –Bueno, comisario, es una forma de decir. Estoy apremiado.
- ANDRADE: –¿Le da para escribir un último párrafo?
- TRONCOSO: –Con esfuerzo.
- ANDRADE: –Escriba lo que le voy a dictar y deje el esfuerzo para dentro de un rato. Que no sabe porque causa Reyes también la abandono hace ya mucho tiempo, y como no está segura si dos maridos están muertos o no, es que no sabe de cuál de los es viuda. Ahora vaya. ¡Pero no se lleve la declaración!

Casimiro Reyes se pasea por la habitación refregándose las manos nervioso.

CASIMIRO: —¡Angélica!

Entra Angélica secándose las manos en el delantal.

ANGÉLICA: —Diga, Casimiro.

CASIMIRO: —Me voy a trabajar a la zafra. Voy a tardar un poquito.

ANGÉLICA: —¿Usted también?

CASIMIRO: —¿Por qué lo dice, Angélica? ¿Conoce a alguien más que vaya?

ANGÉLICA: —He conocido, Casimiro. He conocido.

CASIMIRO: —La zafra es en Tucumán.

ANGÉLICA: —Sí, ya sé. Nomás de viaje le lleva un día.

CASIMIRO: —Así es. ¡Cómo sabe de geografía usted!

ANGÉLICA: —De geografía nada. De hombres, bastante. Mejor voy pidiendo fiado en ramos generales.

CASIMIRO: —Usted dígame que va a ser un mes, más o menos. Espero que no me extrañe.

ANGÉLICA: —No se preocupe por eso. Estoy acostumbrada. ¿Y si no vuelve en un mes lo doy por muerto?

CASIMIRO: —¡No se me apure que todavía es temprano! Ya veré yo de mandarle dinero.

ANGÉLICA: —La zafra es cosecha peligrosa. Meta machete afilado. Mucho riesgo de accidente.

CASIMIRO: —Me sacó las palabras de la boca. Mejor es estar preparada para lo que sea.

ANGÉLICA: —¿Lo despido de los hijos así no le agarra flojera?

CASIMIRO: —¡Qué comprensiva es usted! Dígame que los veo en un par de meses. Si no, que me vayan llorando nomás.

ANGÉLICA: —No se preocupe por eso. Están acostumbrados. Vaya nomás.

CASIMIRO: —Adiós, Angélica.

ANGÉLICA: —Que el sagrado corazón lo acompañe, Casimiro.

Angélica queda diciendo adiós con el pañuelo. Andrade se detiene y Troncoso también.

ANDRADE: —Me quedé pensando.

TRONCOSO: —Eso sí que es jodido, comisario.

ANDRADE: —A la Angélica la abandonaron dos maridos y ni se inmutó. Ahora denuncia a un tercero.

- TRONCOSO: –Se ve que tiene vocación de abandonada.
- ANDRADE: –Vaya a saber qué ha sido de la vida de estos hombres.
- TRONCOSO: –O de la muerte.
- TRONCOSO: –¡No se me quede, comisario, que estoy embalado!
- ANDRADE: –Que hace un año se conoció con el Bonifacio Estrella, foguista de tren, quién quiso casarse denseguida con ella, pero ladisente de miedo que le pasara lo mismo que con los otros maridos no le dio el sí y solo le asetó vivir arrimada con él pero guardandole el rispeto, como si fuera su esposo endeveras, que el Estrella se portó bien al prinsipio, era cariñoso con sus hijas y corría con los gastos de la casa.
- TRONCOSO: –¡Eso es un hombre!
- ANDRADE: –¡Silencio, Troncoso! ¡No estamos para emitir opiniones, sino para impartir justicia!
- TRONCOSO: –¡Desde el vamos, yo estoy a favor del Bonifacio!
- ANDRADE: –¡Otra palabra y le hago tragar el cilindro de la máquina de escribir! ¿Entendido?

Como respuesta se escucha el tecleo de dos letras. Andrade continúa la lectura.

- ANDRADE: –Pero muy pronto la disente, sedio cuenta que entre él y la Micaela, haiba algo y no está desasertada porque cuando aclaró las cosas resultó que su hija ya estaba gruesa y que el sedutor era su propio marido.
- Que por supuesto ubo un gran baruyo entre ellos, pero como se habían acostumbrado a vivir todos juntos, arreglaron las cosas, pero como marido de la Micaela, con ella “nihablarse”.

Micaela acarrea penosamente un gran fuentón lleno de ropa. Lo coloca en el suelo y se estira, agarrándose las caderas. La prominente panza de embarazada se adelanta. Lanza un quejido. De unos veinte años, dos trenzas le cuelgan sobre los hombros. Entra Angélica apresurada secándose las manos con un trapo. Mira a Micaela con cara de culo y agarra una sábana del fuentón.

- ANGÉLICA: –¿Y la zonza?
- MICAELA: –No sé.
- ANGÉLICA: –¡Dolores!

Entra Dolores arrastrando los pies y balanceando la cabeza de un lado a otro. Tararea. Angélica y Micaela la miran seria. Dolores les sonríe. Cada una toma una sábana del fuentón y comienzan a aventarlas. A lo lejos, se escucha el bullicio de los otros chicos.

- ANGÉLICA: –Sacudilas bien así se le va el olor de esa porquería.
MICAELA: –Usted le tiene idea al Bonifacio. Es un hombre generoso.
ANGÉLICA: –¡Sí! Muy generoso. Se ocupa igual de la madre que de la hija. No hace ninguna distinción.

Dolores lanza una risita. Las otras dos la miran reprobadoras.

- MICAELA: –Está celosa porque a mí me dejó en estado y usted ya no puede quedar.
ANGÉLICA: –¡Cinco hijos tengo! ¡Cinco! Y la primera ya me da una amargura. ¡Qué me queda para el resto!

Dolores lanza una risita. Las otras dos la miran reprobadoras.

- DOLORES: –¿Sigo yo, mamá?
ANGÉLICA: –Vos por suerte me saliste medio zonza para seguir los pasos de tu hermana. Pero por las dudas cuidate que nadie se te aproveche, como a la Micaela.
MICAELA: –¡El Bonifacio no se aprovechó! Yo le dejé que hiciera.
ANGÉLICA: –Como si no fuéramos bastantes en esta casa. Mi marido me hace abuela.

Dolores lanza una risita. Las otras dos la miran reprobadoras.

- DOLORES: –¿Y yo voy a ser tía por parte de mi padrastro?
ANGÉLICA: –Y de la Micaela que se dejó ensartar.
DOLORES: –¿Y el Bonifacio vendría a ser abuelo y padre al mismo tiempo?
ANGÉLICA: –¡El Bonifacio es un desgraciado! ¡Igual que el hijo que va a tener!
MICAELA: –¡Mamá!
DOLORES: –La Micaela nunca ejerció.
ANGÉLICA: –¿Y qué lleva en la panza? ¿Un zapallo?
MICAELA: –¡Mamá, es su nieto!
DOLORES: –¿Al Bonifacio le gusta la jardinería?

ANGÉLICA: –¡Sí! Y anda sembrando por todos lados. Si sabía esto, le arrancaba la zanahoria.

MICAELA: –Bien que comió usted de ese jardinero.

DOLORES: –¿Vamos a tener una quinta?

ANGÉLICA: –¡Vamos a tener otra boca que alimentar!

MICAELA: –El Bonifacio está dispuesto.

DOLORES: –¿El Bonifacio va a seguir sembrando?

ANGÉLICA: –¡El Bonifacio está dispuesto a todo! ¡Pero hasta aquí llegó!

MICAELA: –Me juró por el hijo que va a tener.

DOLORES: –No entiendo. ¿El Bonifacio no va a sembrar más?

ANGÉLICA: –Te voy a dejar la cama grande y el ajuar. Al sagrado corazón de la cabecera no me lo toqués. Trae suerte.

MICAELA: –Espero que no sea la misma suerte que a usted.

DOLORES: –¿Y quién se va a ocupar de la quinta?

ANGÉLICA: –Yo voy a empezar a tejer. En blanco. Que sirva para lo que salga.

MICAELA: –Todavía tiene cosas guardadas de los otros chicos. Van a servir.

DOLORES: –¡Qué lástima! ¡Con lo que me gustan las verduras!

ANGÉLICA: –Vamos a acomodar las cosas. Que el bebé nazca en una casa decente.

MICAELA: –Usted puede usar mi cama, mamá. Con el Bonifacio le vamos a rezar todas las noches al Sagrado Corazón.

Salen llevándose la ropa. Dolores queda sola.

DOLORES: –Le voy a decir al Bonifacio que me siembre algo. Yo también quiero comer verduras.

BONIFACIO: –Yo soy ferroviario. No necesito brújula. Las vías nomás te llevan derechito. Cuestión de subirse a la máquina y dejar que transcurra el tiempo. Siempre para adelante. A lo sumo, algún cambio de vía para maniobras. Por lo demás, pareciera que Dios hubiera fijado el destino. Cuando se llega a una estación, es un contento. Ramona, Angélica, María Juana, Dolores, Rafaela, Susana, Ercilia. En la pampa gringa las estaciones tienen nombre de mujer. Por las esposas de los colonizadores. Eso lo incentiva a uno. Próxima estación: Susana. Y uno se imagina a Susana paradita en la estación sonriendo, esperando la llegada de la locomotora.

Susana es la mujer definitiva. Pero, al llegar a la estación, lo único que encuentra es al señalero, con sus bigotitos anchoa, sacudiendo la bandera roja para que me detenga. Inútil preguntarle por Susana. Ni decirle que yo estaba dispuesto a quedarme en Susana, a vivir en Susana, a morir en Susana. Solo me queda el consuelo de pensar que Susana es la estación que viene antes de Rafaela, y allí sí, seguro que Rafaela me está esperando. Fantasías que tiene uno. El señalero sacude la bandera verde y allá voy, Rafaela. Allá voy, Dolores. Allá voy, María Juana. Allá voy.

Troncoso solo ante la máquina de escribir. Tecllea furibundamente.

- ANDRADE: –Claro que ella sentía perderse a un marido joven...
- TRONCOSO: –Más que sentir era lo que dejaba de sentir.
- ANDRADE: –(*Lo mira serio*). Y con empleo como Estrella...
- TRONCOSO: –¡Y cómo no! Si en esa casa no laboraba nadie...
- ANDRADE: –¡Silencio! Pero dispuso de lo que pasara “que iba aser”...
- TRONCOSO: –¿Y “qué iba aser” ella si ya le había embarazado la hija? La cagada ya estaba hecha.
- ANDRADE: –(*Suspira*). La disente le entregó a la pareja su cama matrimonial y eya se fue a dormir en el catre que usaba antes la Micaela...
- TRONCOSO: –¡El famoso enroque de camas!
- ANDRADE: –¡Qué habla, Troncoso, si usted nunca jugó al ajedrez!
- TRONCOSO: –Lo oí nombrar.
- ANDRADE: –Sigo. Que las cosas siguieron bien un tiempo nomás, porque el sodero Prutorio Gómez al verla libre a la disente empezó a cortejarla...
- TRONCOSO: –¡Enseguida nomás aparecen los caranchos!
- ANDRADE: –¡Silencio, Troncoso! Límitese a los dichos.
- TRONCOSO: –Me limito.
- ANDRADE: –Al enterarse Estrella de esos amores, le prohibio a Gómez que se llegara a las casas, alegando que mientras él sostuviera la familia, el mandaba.
- TRONCOSO: –¡Así se hace! ¡En mi casa mando yo!
- ANDRADE: –¿No se iba a limitar, Troncoso?
- TRONCOSO: –El que no se limitó es el Prutorio Gómez.
- ANDRADE: –(*Bufando*). Que la disente reconoce que Estrella tiene razón en parte...

TRONCOSO: —¡Y claro, si paraba la olla!

ANDRADE: —(*Casi gritando*). Pero que ella también la tiene...

TRONCOSO: —¡Qué va a tener, qué va a tener!

ANDRADE: —(*Gritando*). Porque ya que él la dejó por su hija, no puede prohibirle a que ella busque la felicidad al lao de otro ombre.

TRONCOSO: —¡Ja!

ANDRADE: —(*Cara a cara con Troncoso*). ¿Algo más que decir, Troncoso?

TRONCOSO: —No. Está claro que la culpable es ella.

ANDRADE: —A la próxima opinión jurídica que emita, lo meto a la cárcel sin juicio previo. ¿Está claro, Troncoso?

TRONCOSO: —Yo decía nomás...

Bonifacio está en la puerta de la casa, esperando. Brazos cruzados en actitud hostil. Llega Prutorio, el sodero, con dos cajones de soda en las manos.

PRUTORIO: —Buen día, don Bonifacio. ¿Cómo dice que le va?

BONIFACIO: —Me va, me va...

Prutorio intenta franquear la puerta, pero Bonifacio no se mueve. Se lo queda mirando con los cajones en las manos, midiéndolo. Deja los cajones en el suelo. Bonifacio se agacha hasta el cajón y saca uno. Lo hace girar en sus manos, estudiándolo.

BONIFACIO: —Últimamente le anda pijoteando el gas. Vamos a ver.

Bonifacio aprieta el sifón y el chorro de soda sale y moja el piso. Lo sigue apretando hasta descargarlo totalmente. Los hombres no dejan de mirarse.

BONIFACIO: —Este estaba bien. Veamos.

Deja el sifón vacío en el cajón y saca otro. Tira un chorro de soda. Prutorio levanta la mano.

PRUTORIO: —Si se le da por probarlos a todos, vamos a estar un buen rato.

BONIFACIO: —Hay que cerciorarse, Prutorio.

Aprieta el sifón hasta descargarlo totalmente. Lo pone en el cajón, amaga a sacar otro.

PRUTORIO: —¿No dicen que para muestra basta un botón?

- BONIFACIO: –Dicen, dicen. También me han contado que dicen que usted me anda culeteando a la Angélica.
- PRUTORIO: –Por fin llegamos donde queríamos llegar.
- BONIFACIO: –¿Y qué dice de lo que dicen?
- PRUTORIO: –Dicen, dicen. No soy de entrar a una casa sin permiso del dueño.
- BONIFACIO: –Que yo sepa, usted no me ha pedido permiso.
- PRUTORIO: –Que yo sepa, usted no es el dueño.
- BONIFACIO: –Como si lo fuera. Paro la olla y no permito que me anden picoteando la comida.
- PRUTORIO: –(*Asiente con la cabeza. Se para firme*). Por lo que se, en esta casa hay comida de sobra. Y usted ya tiene el plato lleno.
- BONIFACIO: –¿Y usted quién es para medirme el hambre? Si se me da por servirme otro plato, es cosa mía.
- PRUTORIO: –No hay que ser angurriente, don Bonifacio. La gula es pecado capital.
- BONIFACIO: –Dios está lejos y ocupado para que se ande fijando en lo que yo como. Y usted no se me haga el cura.
- PRUTORIO: –Digo nomás. Hasta donde sé, usted al segundo plato lo deja intacto. Un desperdicio de comida, habiendo tanto pobre.
- BONIFACIO: –No se la dé de carenciado, Prutorio. Usted no tendrá comida en su casa, pero en la recorrida se toma varios aperitivos.
- PRUTORIO: –Para abrir el apetito. Me sigue faltando el plato principal.
- BONIFACIO: –Entonces búsquese otra fonda. Esto no es despacho de comida.
- PRUTORIO: –¿Y si no?

Bonifacio agarra un sifón y lo hace girar entre sus manos. Tira un chorro de soda que sobresalta a Prutorio.

- BONIFACIO: –Habrá que empezar a comer con agua. ¡Se acabó la soda! Y capaz que haya otros que prefieran el agua antes que una soda que le ande salpicando la comida.

Prutorio mira al suelo pensativo. Asiente con la cabeza.

- PRUTORIO: –El negocio es lo primero. ¿Cuánto le dejo?
- BONIFACIO: –¿Me da su palabra?
- PRUTORIO: –Ni falta.

BONIFACIO: –Déjeme los dos cajones. Y le pago los vacíos también. Hace bien en cuidar el negocio.

Andrade mira sus apuntes. Troncoso está listo para escribir.

ANDRADE: –Que apesar de sus protestas Estrella se impuso y la disente le izo caso porque comprendía que apesar de sus caprichos el ombre no es malo del todo y le desía que por ay le acía unas caídas pero la disente no aflojó. Y cuando después de tantas desilusiones pensaba renunciar a los ombres buscando felicidad del nieto que la Micaela esta con filo, resulta que el Estrella se le manda mudar llevándose a la otra a la Dolores, de quinseañiosdeedá, y de yapa media sonsa, porque si nó no se explica como puede haberseido con un ombre así.

TRONCOSO: –¡Se las ensartó a todas!

ANDRADE: –No sea animal, Troncoso. El hombre tuvo una debilidad.

TRONCOSO: –Yo diría que tres debilidades.

ANDRADE: –No juzgue, Troncoso.

TRONCOSO: –No lo juzgo. Es admiración. Más quisiera yo estar en el pellejo del Bonifacio.

ANDRADE: –Si usted estuviera en el pellejo del Bonifacio, lo encarcelo por tiempo indeterminado.

TRONCOSO: –Y bueno. Pero quién me quita lo bailado.

Angélica y Micaela están en la puerta de su casa mirando para todos lados.

MICAELA: –¡Le dije que el sagrado corazón no traía suerte!

ANGÉLICA: –¿Vos le rezaste como te indiqué?

MICAELA: –¡Todas las noches! Y le hice rezar al Bonifacio también.

ANGÉLICA: –¡Ahí está el error! Los hombres cuando rezan piensan en el pecado. En cómo librarse de la culpa. El sagrado corazón se da cuenta y no hace efecto.

Sonido de caballos

MICAELA: –¡Todo el rosario le hacía rezar! ¡Todo el rosario!

ANGÉLICA: –¡Peor! Más tiempo para planear maldades.
MICAELA: –¡Me podría haber dado una señal! Pero no. Quietito ahí en la cabecera, con el dedo apuntando al corazón sangrante. Y yo, meta rosario con el Bonifacio. Ni se inmutó.
ANGÉLICA: –¡Esa era la señal! ¡No se movió! Cuando con el Bonifacio hacíamos la porquería, el Cristo se sacudía para todos lados. Señal de aprobación. ¿Con vos no se movía?
MICAELA: –No sé. No me di cuenta. Me parece que no.
ANGÉLICA: –¡Ahí tenés! Porque estaban en pecado. El sagrado corazón sabía lo que planeaba el Bonifacio mientras rezaba.

Sonido de gallinas.

MICAELA: –¡Y la Dolores! ¡Sabía lo de la Dolores!
ANGÉLICA: –La sonsa se avivó de golpe.
MICAELA: –¡Traicionada por mi propia hermana!
ANGÉLICA: –¡Callate vos, que traicionaste a tu madre!
MICAELA: –¡Es distinto! Lo mío no es traición. Es herencia. Le heredé el marido.
ANGÉLICA: –La herencia es si estuviera muerta. Yo todavía estoy vivita y con ganas.
MICAELA: –Pero usted me lo aceptó.
ANGÉLICA: –Para que no se fuera. ¿De dónde íbamos a sacar otro hombre que nos alimentara a todos?

Sonido de perros y teros.

MICAELA: –Son los perros que asustan a los teros y les comen los huevitos. ¿Y ahora mamá? ¿De qué vamos a vivir?
ANGÉLICA: –Vos andá a rezarle al sagrado corazón. Yo voy a la policía para que lo traigan de vuelta. Ya se me escaparon dos maridos. Este no se va a escapar.

En la comisaría, Andrade anota en su block de hojas. Angélica está sentada en una silla secándose con un pañuelo las lágrimas.

ANDRADE: –Bueno, Angélica. ¿Tiene algo más que agregar?

- ANGÉLICA: –Quisiera aprovechar la oportunidad para denunciar también a los López.
- ANDRADE: –¿Los López? ¿Quiénes son los López?
- ANGÉLICA: –Los vecinos que viven por el mismo camino, en la casa que hace esquina.
- ANDRADE: –¡Ah! ¡Los López! ¿Qué pasa con los López?
- ANGÉLICA: –Que andan diciendo que soy una estúpida y mis hijas son flojas de cincha.
- ANDRADE: –¡Epa! Dichos fuertes. Cuide sus palabras.
- ANGÉLICA: –Mejor dígaselo a ellos que hablan al divino botón.
- ANDRADE: –Mire, Angélica. Los López no tienen nada que ver con este asunto. Los chismes no son motivos de intervención policial. Olvídense de los López. ¿Por qué presenta esta denuncia?
- ANGÉLICA: –Si etubiera en otras condiciones no pediría nada pero obligada a dar este paso teniendo en cuenta a que dispué de lo ocurrido es muy difícil encontrar otro ombre que se quiera ser cargo de la familia.
- ANDRADE: –Ahora sí se va aclarando la tormenta. ¿Algo más? ¿Qué quiere que haga la policía?
- ANGÉLICA: –Que a los López le metan la lengua en donde ya sabe así no andan hablando pavadas. Porque yo sé muy bien que la menor anda saliendo con el Chingolo Barrios, que ya está casado y se encuentran todos los días en la tapera que está al otro lado de la estación. Pero yo no digo nada de esto. Así que ¿por qué ellos tienen que estar hablando de lo que pasa en mi casa? Mejor que cuiden de lo que pasa en la suya.
- ANDRADE: –¡Termínela con los López! ¡No me interesan los López! ¡Acá el tema es el Bonifacio! ¿Qué quiere que haga con el Bonifacio?
- ANGÉLICA: –Presento esta denuncia pidiendo a la autoridad que me hagan justicia obligando a Estrella a volver a la casa y que secace con cualquiera de mis hijas. Asi se ciente más obligado a cumplir sus compromisos y que si el no quiere casarse con las muchachas, a pesar del resentimiento que le guardo, estaría dispuesta a sacrificarme casándome con él nada más que para salbar el honor de la familia.
- ANDRADE: –Bueno, Angélica... Creo que eso es todo.
- ANGÉLICA: –¿Y los López? ¿No va a hacer nada con los López?

ANDRADE: –Mire, Angélica: los voy a estaquear y les voy a meter un trapo con vinagre en la boca para que escarmienten. ¿Está conforme?

ANGÉLICA: –Ahora sí.

ANDRADE: –Está todo lo que ha dicho, di por terminada la denuncia, firmando la disente conmigo y los testigos son Froilan Sombra, mas conocido por el Rengo Sombra, el peluquero Vitorio Avalos, vecinos de esta comisaría y ombres de toda mi confianza. Nombrese: Al sargento Feliciano Troncoso para que pida prestados dos cabayos y en cuanto pueda salga atrás de la pareja y la agarre ande aya.

El comisario Andrade está detrás de su escritorio. Tiene los brazos abiertos, con las manos apoyadas en cada extremo, como si lo estuviera midiendo, mira hosco hacia la puerta.

ANDRADE: –¡Troncoso!

Entra el sargento Troncoso con mucha parsimonia. No hay atisbo de saludo militar.

TRONCOSO: –Al servicio, comisario.

ANDRADE: –Le tengo tarea.

Troncoso saca del bolsillo un pequeño block de hojas atado con un hilo y un pequeño lápiz. Todos sus movimientos son lentos.

ANDRADE: –Primero: se consigue tres caballos.

TRONCOSO: –(Anota). Tres caballos. (Mira al comisario). ¿Los robo o los requiso?

ANDRADE: –¿Cómo los va a robar, Troncoso? Usted es la ley.

TRONCOSO: –(Asiente con la cabeza. Anota). Requisar en nombre de la autoridad.

ANDRADE: –(Respira hondo). Tampoco, Troncoso. Los pide prestados.

TRONCOSO: –(Anota). Pedir prestados. (Mira al comisario). ¿Y si no me lo prestan los requiso?

ANDRADE: –¡No! Vaya hasta lo del Inocencio Batista y los pide en nombre mío.

TRONCOSO: –(Anota). En nombre del comisario. (Mira al comisario). ¿Y si no...?

ANDRADE: –(Cortándolo). ¡Se los va a prestar, Troncoso!

TRONCOSO: –(Está por anotar, pero se detiene). Me los va a prestar.

ANDRADE: –Segundo: ¿Lo tiene al Bonifacio Estrella?

TRONCOSO: –(Anota). Bonifacio Estrella. (Mira al comisario). ¿De cuerpo o de nombre?

ANDRADE: –De cuerpo.

TRONCOSO: –(*Piensa un largo momento*). No. No lo tengo.

ANDRADE: –¿De nombre si lo tiene?

TRONCOSO: –¡Por supuesto! ¡si es mi héroe!

ANDRADE: –El que vive con Angélica Solores.

TRONCOSO: –(*Anota*). Angélica Solores.

ANDRADE: –¡No anote! Es para ubicarlo. ¿La tiene?

TRONCOSO: –Tampoco.

ANDRADE: –La que tiene dos hijas: Micaela y Dolores.

TRONCOSO: –(*Anota*). Micaela y Dolores.

ANDRADE: –¡Deje de anotar! ¿Las tiene?

TRONCOSO: –No, comisario. ¿Señas particulares?

ANDRADE: –Y... La Angélica es una santiagueña de unos 38 años de edad, la Micaela unos 18 y la Dolores unos 15.

TRONCOSO: –(*Niega con la cabeza*). No ubico.

ANDRADE: –¡La que estuvo acá hace un rato! La que vino a hacer la denuncia.

TRONCOSO: –Disculpe, comisario, es que no tengo memoria visual.

ANDRADE: –Con que no tiene memoria visual. Venga, Troncoso, venga. ¿Ve el cepo que tenemos en el patio, Troncoso?

TRONCOSO: –Lo veo.

ANDRADE: –Visualícelo bien, Troncoso, porque si usted no se acuerda de la Angélica, lo voy a meter en el cepo hasta que le venga la memoria. ¿Se acuerda ahora?

TRONCOSO: –¡Ah! ¿Las que viven en una casa blanqueada de verde que hay del otro lado de la estación en el camino que va para el matadero?

ANDRADE: –Esas. ¿Vio qué rápido recuperó la memoria?

TRONCOSO: –Ahora sí, dijo la novia. ¿Le traigo a las mujeres?

ANDRADE: –No, Troncoso. Al que va a traer es a Bonifacio Estrella.

TRONCOSO: –(*Anota*). Bonifacio Estrella. ¿Señas particulares?

ANDRADE: –Un tipo raro.

TRONCOSO: –¿Raro como loco o raro como maricón?

ANDRADE: –Raro como raro.

TRONCOSO: –(*Anota*). Señas particulares: puto.

ANDRADE: –No, Troncoso. Raro como hurraño.

TRONCOSO: –(*Anota*). Hurraño. Tiene que aclarar antes, comisario. Me está haciendo anotar al pedo nomás.

ANDRADE: –(*Toma aire*). Mire, Troncoso, va a agarrar los caballos y va a salir a buscar al Bonifacio Estrella.

TRONCOSO: –(*Anota*). Bonifacio Estrella.

ANDRADE: –Y a la Dolores.

TRONCOSO: –(*Anota*). Dolores. ¿Dolores cuánto?

ANDRADE: –Dolores Carreño.

TRONCOSO: –(*Anota*). Dolores Carreño. ¿Señas particulares?

ANDRADE: –¡Ya se lo dije! Tendrá unos 15 años de edad.

TRONCOSO: –(*Anota*). 15 años de edad. ¿No tenía 18?

ANDRADE: –No, Troncoso. Esa es la Micaela.

TRONCOSO: –(*Anota*). Micaela. ¿Y la de 38?

ANDRADE: –(*Mira al techo*). Esa es la madre, Angélica.

TRONCOSO: –(*Anota*). Angélica.

ANDRADE: –¡Ya le dije todo esto, Troncoso!

TRONCOSO: –Pero no me dejó anotar, comisario.

ANDRADE: –Mire, Troncoso. No me interesa las mujeres.

TRONCOSO: –¿Ah, no?

ANDRADE: –(*Balucea una respuesta inentendible, luego sigue*). Al que tiene que buscar es al Bonifacio Estrella, que se fugó con la Dolores.

TRONCOSO: –(*Anota*). Bonifacio Estrella. ¿Y cuando lo encuentre, lo ejecuto o lo ajusticio?

ANDRADE: –Nada de eso. Lo trae acá.

TRONCOSO: –¿Y si no depone? ¿Lo ejecuto?

ANDRADE: –Usted no ejecuta a nadie, Troncoso.

TRONCOSO: –(*Anota*). Si no depone, ajusticio.

ANDRADE: –¡Tampoco, Troncoso! Usted no va a ajusticiar a nadie. Los trae a los dos a comparecer acá.

TRONCOSO: –(*Anota*). Comparecer acá. Entendido. No los ejecuto ni los ajusticio. ¿Y si no deponen?

ANDRADE: –(*Gritando*). ¡Se vuelve y me pregunta qué tiene que hacer! ¿Entendido?

TRONCOSO: –(*Anota*). Me vuelvo y pregunto.

ANDRADE: –Dígame, Troncoso. ¿Qué diferencia hay entre ejecutar y ajusticiar?

TRONCOSO: –(*Como algo obvio*). La actitud.

ANDRADE: –¿Vendría a ser...?

TRONCOSO: –La ejecución es con saña. Ajusticiar es cumplimiento del deber. Yo prefiero con saña. Aunque tratándose del Bonifacio me daría no sé qué.

- ANDRADE: –Escúcheme bien, Troncoso. Míreme. Usted me va a buscar a Bonifacio Estrella...
- TRONCOSO: –(Amaga a anotar). Bonifacio Estrella.
- ANDRADE: –¡Ya lo anotó! Me lo busca a Bonifacio Estrella y a Dolores Solores y me los trae acá, sanos y salvos. ¿Entendió?
- TRONCOSO: –(Levanta la mano como para preguntar. Andrade asiente). ¿Y cómo los traigo?
- ANDRADE: –¡Le dije que pidiera dos caballos! Uno es para usted y el otro...
- TRONCOSO: –¡Ah! ¡Ahora caigo! En el otro los traigo a ellos.
- ANDRADE: –(Pasándose la mano por la cara). Eso es.
- TRONCOSO: –Sin ejecutar ni ajusticiar.
- ANDRADE: –Eso es.
- TRONCOSO: –¿Y si no...?
- ANDRADE: –Usted me los trae acá y vivos. Porque si no le voy a meter una fusta en el culo que se la voy a hacer salir por la boca.
- TRONCOSO: –No sabía que tenía una fusta tan larga, comisario.
- ANDRADE: –Vaya, Troncoso, vaya. ¡Y tráigamelos vivos!

Troncoso abandona la comisaría y se sumerge en la noche. Avanza por el campo lento, hasta ser alcanzado por el cabo Segura. Troncoso empuña un sable como si fuera un general en batalla. Segura, agazapado detrás, empuña un fusil. Caminan sigilosos. De vez en cuando, el chillido de un grillo los sobresalta y se colocan en actitud defensiva, como si fueran a ser atacados por un malón. Por fin, Troncoso vislumbra algo y levanta la mano, en una orden de detención como si hubiera un pelotón detrás de él. A lo lejos, el resplandor de un fuego.

- TRONCOSO: –(Gritando). ¡Entregate, Bonifacio! ¡No te hagas el Moreira!
- BONIFACIO: –(Desde las sombras). ¿Quién me busca?
- TRONCOSO: –(Gritando). ¡El sargento Troncoso y el cabo Segura!
- SEGURA: –Sintetice, sargento. Dígame la autoridad.
- TRONCOSO: –¡La autoridad!
- BONIFACIO: –(Desde las sombras). ¿De qué se me acusa?

Troncoso mira a Segura y le pregunta con la cabeza. Este se alza de hombros.

- TRONCOSO: –(Gritando). ¡No lo sabemos!
- BONIFACIO: –(Desde las sombras). ¡Entonces váyanse a la puta que lo parió!
- TRONCOSO: –(Gritando). ¡Si no deponés tu actitud, vamos a tener que ejecutarle!

DOLORES: —(*Desde las sombras tras un silencio*). Deponé, Bonifacio. Deponé.
SEGURA: —(*En voz baja*). El comisario lo quiere vivo, sargento.
TRONCOSO: —(*Idem*). Pero él no lo sabe. Técnicas de intimidación.
SEGURA: —¡Ah...!

Aparece Bonifacio con un tenedor en la mano y una pata de pollo en la otra. Detrás, se agazapa Dolores, acunando en sus brazos el resto del pollo y una botella de vino. El cabo y el sargento se colocan en posición de guardia.

SEGURA: —¡Cuidado, sargento! ¡Está armado!
TRONCOSO: —¡Largá el tenedor, Bonifacio, antes que empiece a los tiros!
SEGURA: —Que suelte la pata de pollo también, sargento. Es elemento contundente.
TRONCOSO: —¡Ya lo escuchaste, Bonifacio! ¿De dónde sacaste ese pollo?
¡Contestá antes de que te acuse de abigeato!
SEGURA: —(*En voz baja*). Sargento, abigeato es cuando se roban una vaca, no un pollo.
TRONCOSO: —*Idem*. Pero él no lo sabe. Técnicas de intimidación.
BONIFACIO: —Abigeato es cuando se roban una vaca, no un pollo.
TRONCOSO: —(*En voz baja*). ¡Mierda! ¡Falló la técnica! (*A Bonifacio*). ¡Silencio!
¡Deponé tu actitud que estás rodeado!
DOLORES: —Deponé, Bonifacio, Deponé.

Bonifacio mira hacia atrás y no ve a nadie.

BONIFACIO: —No me parece que estoy rodeado.
TRONCOSO: —¡Cabo! Proceda de acuerdo al entrenamiento.

Segura camina apuntando a Bonifacio y haciendo un círculo hasta quedar en el otro extremo de Troncoso. Bonifacio mira a los policías de a uno y, de un solo impulso, suelta el tenedor y la pata de pollo y levanta los brazos.

TRONCOSO: —Así me gusta. Mansito. (*Camina campechano hacia Bonifacio*.) Y vos debés ser... debés ser... (*Saca el block del bolsillo y lo consulta*). La Dolores. Dolores Solores.

DOLORES: —Para servirlo.

TRONCOSO: —¿Qué estás ocultando ahí?

DOLORES: –Un pollito. Estábamos cenando. ¿Quieren compartir?
SEGURA: –Mal no vendría, sargento. Del mediodía que no pruebo bocado.
TRONCOSO: –¡Silencio, Cabo! ¿Qué pretende? ¿Comerse la evidencia?
BONIFACIO: –El pollo es nuestro. Lo trajimos de Las Flores.
TRONCOSO: –Eso lo van a tener que explicar al comisario.
DOLORES: –Se lo juro, Sargento. Lo trajimos como vianda. Es de nuestro gallinero.
TRONCOSO: –Siendo así, no veo el impedimento.

Dolores abre el mantel que tiene envuelto el pollo y lo coloca en el suelo. Pone la botella de vino en el medio. Todos se sientan. Troncoso con su sable corta el pollo. Todos comen.

SEGURA: –Está rico el pollito.
BONIFACIO: –Mérito de la Dolores.
DOLORES: –La mamá me enseñó a cocinar de chiquita nomás.
SEGURA: –Se ve que le enseñó bien.
TRONCOSO: –No confraternice con el prisionero, Cabo.
SEGURA: –Sí, sargento.
BONIFACIO: –No se preocupe, sargento. Vamos a volver con ustedes. Después de todo, un hombre debe afrontar su destino.
TRONCOSO: –*(Tomando la botella de vino)* Brindo por eso. ¡Salud!

Bonifacio y Dolores se miran, se sonríen tristemente y se toman de la mano. De vez en cuando, el sonido de un grillo sobresalta a los comensales.

TRONCOSO: –Bichos de mierda.

Comisaría de Las Flores. Dolores está sentada en una silla tímidamente, con las manos juntas. Troncoso pasea alrededor mirándola serio, intimidante.

TRONCOSO: –Así que vos sos la Dolores. *(Dolores apenas le echa una mirada).*
¿Contestá! ¿Sos la Dolores o no sos la Dolores?
DOLORES: –Sí, soy la Dolores.
TRONCOSO: –Así me gusta. Mansita. *(Va hasta la máquina de escribir).* ¿Sabés qué es esto?
DOLORES: –No.
TRONCOSO: –El más moderno instrumento para tomar declaración. Registra todo lo que decís. ¿Entendés?

- DOLORES: –Más o menos.
- TRONCOSO: –Una Remington. Como el fusil. Pero esta no dispara balas, dispara letras. (*Aprieta una tecla*). ¿Ves? Puede hacerlo de a una, como el fusil. O así. (*Tecllea varias letras seguidas*). Como una ametralladora. Así que mejor decís la verdad porque cada tiro se puede volver en contra tuyo. Y vas a quedar con el cuerpo perforado de palabras. ¿Entendiste?
- DOLORES: –Más o menos.
- TRONCOSO: –¡Contestá a lo que te he preguntado! ¿Vas a decir la verdad o no vas a decir la verdad?
- DOLORES: –Sí.
- TRONCOSO: –Así me gusta. Mansita. (*Se sienta frente a la máquina*). Empecemos con el interrogatorio. A ver, Dolores. ¿Cómo te llamás?
- DOLORES: –Dolores.
- TRONCOSO: –¡Nombre completo!
- DOLORES: –Dolores Carreño.
- TRONCOSO: –¿Ves qué fácil es decir la verdad? Vamos a ver. ¿Sabés por qué has caído presa?
- DOLORES: –Por haberme fugado con Bonifacio Estrella.

Troncoso tecllea rápidamente hasta hacer una pausa.

- TRONCOSO: –Y ahora me vas a decir... me vas a decir...
- DOLORES: –Me tendría que preguntar por qué me he fugado con el Estrella.
- TRONCOSO: –Eso está bueno, que colabore con la policía. ¿Por qué te fugaste con el Estrella?
- DOLORES: –Yo lo quiero a Estrella desde que lo conocí y que el me correspondió denseguida pero como yo era algo chica todavía y el tenía compromiso con mi madre y mi hermana la Micaela, resolvimos esperar; ase una semana Estrella me a probao como mujer y está muy conforme conmigo y si no me quieren creer se lo preguntan a Estrella.

Dolores está en la mesa tomando mate. Mueve la cabeza de un lado a otro como siguiendo el ritmo de una música interna. De vez en cuando, aparece un tarareo sin que se distinga qué es. Bonifacio Estrella aparece en la habitación, de espaldas a Dolores. La mira de atrás y ensaya una sonrisa. Se aproxima.

BONIFACIO: –¡Buenos días, Dolores! Qué bonita se la ve hoy.

DOLORES: –Lo mismo le dijo usted a mi hermana y la dejó embarazada.

BONIFACIO: –¡Ah! Es que tengo la voz muy potente.

DOLORES: –Entonces mejor me habla despacito.

BONIFACIO: –(*Ríe*). Como quiera, Dolores. Pero mire que, a veces, los susurros son más fuertes que los gritos.

DOLORES: –Depende qué se susurre y depende qué se grite.

BONIFACIO: –Bueno, hay cosas que me gustaría susurrar y hay otras que me gustaría gritar.

DOLORES: –Nada de gritos que va a despertar a la mamá.

BONIFACIO: –(*Se sienta al lado de ella. Dolores mira para el otro lado*). ¿Me autoriza entonces que le susurre?

DOLORES: –Pruebe.

BONIFACIO: –Usted habrá notado de que hace rato que la vengo mirando.

DOLORES: –No. No lo noté.

BONIFACIO: –Y buscando la oportunidad de hablarle.

DOLORES: –No me di cuenta.

BONIFACIO: –Vamos, Dolores, cualquier mujer se da cuenta de esas cosas.

DOLORES: –Es que yo todavía no soy mujer.

BONIFACIO: –Pero está a punto de caramelo, como quien dice.

DOLORES: –Todavía me falta un hervor.

BONIFACIO: –Y de eso quería hablarle. Usted hace que se me enciendan los fuegos. Tengo la cocina lista para darle el hervor que le falta.

DOLORES: –Mejor apague el fuego que ya ha cocinado bastante en esta casa.

BONIFACIO: –De puro oficio nomás. Todavía no se ha dado la ocasión de cocinar lo que hace rato tengo ganas de hacer.

DOLORES: –Será que le falta ojo de cocinero y anda cocinando cualquier cosa que se le cruza.

BONIFACIO: –Será. Pero yo distingo bien el hambre de las ganas de comer. Y aunque esté lleno, usted me abre el apetito.

DOLORES: –Mire que había resultado goloso usted.

BONIFACIO: –Es que no puedo ignorar un postre como usted y dejar que se lo coma otro.

DOLORES: –¿Nadie le dijo que eso es de angurriento?

BONIFACIO: –Sí, el Prutorio. De puro celoso nomás. (*La toma del hombro. Dolores tiene un escalofrío*). Dolores... usted no sabe lo duro que es trabajar en el ferrocarril.

- DOLORES: –No. No lo sé.
- BONIFACIO: –Son muchos kilómetros de nada. Es como vivir en la ausencia. Parece que el horizonte no llega nunca. A veces, me pongo a llorar de pura soledad. Pero entonces miro para adelante y allá, donde las vías parecen juntarse, me la imagino a usted, con ese vestido con vuelos, esperándome sonriente. Entonces, me le pongo a hablar a la locomotora, le avivo el fuego para que se apure y le grito al campo que pronto se va a acabar la espera. Y cuando vuelvo a mirar para adelante, está nuestra casa en el horizonte, con un ombú y un aljibe, y nosotros, tomando mate, dele mirar el cielo.
- DOLORES: –Vaya hasta la piecita de herramientas y espéreme allí. Yo voy a ver si la mamá sigue durmiendo.
- BONIFACIO: –(*Se levanta apabullado*). Dolores...
- DOLORES: –¡Dele, hombre, que no tenemos todo el día!

Troncoso teclea en la máquina de escribir. Se detiene.

- TRNCOSO: –Y decime, Dolores. ¿Vos sos devota?
- DOLORES: –Sí. Pero no del sagrado corazón. Yo soy del Ceferino.
- TRNCOSO: –Para el caso es lo mismo.
- DOLORES: –No, no es lo mismo. El sagrado corazón le trajo mala suerte a la mamá y a la Micaela. En cambio, el Ceferino me dio al Bonifacio.
- TRNCOSO: –¡Es lo mismo para lo que te voy a preguntar! ¿Entendido?
- DOLORES: –Sí.
- TRNCOSO: –Así me gusta. Mansita. ¿Estás arrepentida?
- DOLORES: –No me arripiento de nada, Estrella ya ha cumplido con mi madre y miermana y bastante que he debido esperar mientras el las atendía a eyas antes que a mí y lo justo es que aura me lo dejen a mí siquiera por un tiempo para que el pueda conocerme mejor y despues diga con quien quiere quedarse. Mi madre ha hecho esta denuncia por despecho y no quierodesir otras cosa piores para que la gente no able.
- TRNCOSO: –(*Teclea siguiendo el relato hasta detenerse*). Tampoco te he pedido que hables tanto. Carajo. De chiquitas ya son habladoras.

Entra el comisario Andrade. Dolores sale.

ANDRADE: —Anote, Troncoso. El suscrito tiene la obligación de dejar constancia que la muchacha bien desarroyada y que a pesar de la edad que confiesa, ya es mujercita y buena.

Entra Bonifacio y se sienta en la misma silla que Dolores. Troncoso y Andrade caminan a su alrededor.

TRONCOSO: —Así que vos sos el Bonifacio. (*Bonifacio lo mira*). ¡Contestá! ¿Sos el Bonifacio o no sos el Bonifacio?

BONIFACIO: —Sí, soy el Bonifacio.

TRONCOSO: —Así me gusta. Mansito.

ANDRADE: —Deje, Troncoso. A este hombre lo interrogo yo.

TRONCOSO: —¿Quiere que lo ayude, comisario? Soy bueno para el apriete.

ANDRADE: —No hace falta, Troncoso.

TRONCOSO: —Podemos hacer el policía bueno y el policía malo. Yo voy de malo.

ANDRADE: —Que no, Troncoso.

TRONCOSO: —Mire que soy experto en técnicas de intimidación.

ANDRADE: —¡Dije que no hace falta! ¡Vaya a la máquina y escriba la declaración!

Troncoso va hasta la máquina y se para delante de ella. A Bonifacio.

TRONCOSO: —¿Sabés qué es esto?

BONIFACIO: —No.

ANDRADE: —(*Se agarra la cabeza*). ¡Putá madre!

TRONCOSO: —Una máquina de escribir. Una Remington. Como el fusil.

ANDRADE: —Mire, Troncoso. Una sola palabra más y le voy a hacer tragar las teclas una por una hasta que cague la palabra entendido.
¿Entendido?

TRONCOSO: —Entendido. Son muchas letras, comisario.

ANDRADE: —¡Silencio, Troncoso!

TRONCOSO: —Entendido.

Andrade retrocede hasta Bonifacio sin dejar de mirar de reojo a Troncoso.

ANDRADE: —A ver, vos. ¿Sabés por qué has caído preso?

BONIFACIO: —Lo único que he hecho es fugarme con la Dolores porque la quiero y ella me corresponde.

- ANDRADE: –Pero antes vivías con la Micaela.
- BONIFACIO: –Es verdá, ella está por tener un ijo mío y la quiero mucho tambien porque la muchacha es buena y no se habria sentido animada a meterme en este enriedo sino que la madre qui a echo todo el baruyo enojada porque al prinsipio vivía con eya y despues la dejé.
- ANDRADE: –¿Y le has dado palabra de casamiento a alguna?
- TRONCOSO: –No, porque ya estoy casado con la Rimualda Bustos, pero si mi mujer muere pronto como tiengoesperansa, porque la pobre asi viendo questá enferma, entonsestalves pienso cumplir con la Dolores, aunque sea, pero con la vieja nunca.

En la cama, Rimualda Bustos agoniza. Tiene los ojos bien abiertos mirando el techo. Lanza sonidos guturales. Entra Bonifacio.

- BONIFACIO: –¿Llamaba, Rimualda?
- RIMUALDA: –Gh...gh...gh...
- BONIFACIO: –Bueno, acá estoy. ¿Cómo se encuentra hoy?
- RIMUALDA: –Gh...gh...gh...
- BONIFACIO: –Y sí, empeorando. Ya me lo dijo el médico. A usted le va quedando poco.
- RIMUALDA: –Gh...gh...gh...
- BONIFACIO: –No. Ninguna esperanza. ¿Cómo es que me dijo? Terminal. Lo suyo es terminal.
- RIMUALDA: –Gh...gh...gh...
- BONIFACIO: –Y... un par de meses me dijo. Pero como usted es una mujer fuerte, puede alargarse.
- RIMUALDA: –Gh...gh...gh...
- BONIFACIO: –¿Cómo voy a saberlo, Rimualda? Si no lo sabe el médico...
- RIMUALDA: –Gh...gh...gh...
- BONIFACIO: –No, no me pida que la mate. Sería incapaz. Con un poco de suerte, se va a morir antes. ¿Quiere un tecito?
- RIMUALDA: –Gh...gh...gh...
- BONIFACIO: –No diga groserías, Rimualda. ¿Cómo me voy a meter el té por ahí? Tómese un tecito.
- RIMUALDA: –Gh...Gh...Gh...
- BONIFACIO: –No insista. No la voy a matar. Usted tiene que morirse como Dios manda.

- RIMUALDA: –Gh... gh...gh...
- BONIFACIO: –Ya sé que usted le reza y él no le da bola. Pero ya la va a escuchar,Rimualda. Ya la va a escuchar.
- RIMUALDA: –Gh...gh...gh...
- BONIFACIO: –Y... No sé. Se ve que anda ocupado. Pruebe con San Expedito, en una de esas... Pero yo estoy con usted.
- RIMUALDA: –Gh...gh...gh...
- BONIFACIO: –No, no se preocupe. Yo ya tengo donde satisfacer mis necesidades. Y de sobra. Gracias por su generosidad.
- RIMUALDA: –Gh...gh...gh
- BONIFACIO: –No, me voy a quedar hasta el final. *(Se recuesta en la cama con ella y la abraza)*. Duerma ahora,Rimualda. Duerma. Así el tiempo le va a parecer más corto.
- ANDRADE: –Pero todavía no se murió.
- BONIFACIO: –No. Anda en eso.
- ANDRADE: –¿Y su esposa sabía de sus relaciones con las Carreño?
- BONIFACIO: –Si, sabía todo, pero como cumplo con mis obligaciones y no tengo ningún vicio, antes que ande chupando y jugando por los boliches, mi mujer permite que tenga estas distracciones fuera de la casa. Como es mujer y es sensata comprende que ella está enferma y siendo yo sano y joven por fuerza tengo que tener tentaciones.
- ANDRADE: –¿Quiere agregar alguna otra cosa?
- BONIFACIO: –No me siento culpable de nada, y que si bien reconozco que he echo vida marital con la Angelica Solares y sus dos hijas, tambien es cierto que sostengo a toda la familia con mi trabajo y entonces lo justo es que eyas me pagaran de alguna forma el servicio que lesasía.
- ANDRADE: –Como ya se a echo tarde y no tenemos velas en la comisería terminamos con esta declaración firmando los tres con el sargento Troncoso, porque los testigos que usamos siempre nos pidieron que los dejemos descansar por esta vuelta y les emos dado con el gusto.

Troncoso saca la hoja de la máquina y firman los tres.

- TRONCOSO: –Es la primera vez que firmo, comisario. Con tanta máquina ya me había olvidado lo que es escribir con plumín.
- ANDRADE: –Bueno, Bonifacio. Vaya nomás.
- BONIFACIO: –¿Y eso es todo?

- TRONCOSO: –¿Me permite que le estreche la mano? Quisiera expresarle mi admiración.
- BONIFACIO: –Bueno, no sé. Solo soy víctima de las circunstancias.
- ANDRADE: –No se haga el humilde, Bonifacio. Cuatro mujeres le he contado.
- TRONCOSO: –¡Y de todas las edades! Un prodigio de variedad. ¿Cómo lo hace?
- BONIFACIO: –El ferrocarril.
- ANDRADE: –¿Cómo es eso?
- BONIFACIO: –Usted dice que trabaja en el ferrocarril y ya lo miran como a una locomotora. Me imagino que imaginan una bestia de acero, traqueteando y resoplando por las vías. Ciego, arremetiendo con sus toneladas de acero negro. Indetenible, capaz de llevarse por delante lo que encuentre a su paso. ¡Y yo soy esa locomotora! ¡Soy la bestia que recorre estaciones una tras otra! ¡Soy la razón de ser de una estación vacía! ¡Soy...! Y cuando aclara que es foguista, ni le cuento.
- ANDRADE: –¡Y claro! Se lo deben imaginar echando carbón en la caldera, con el torso desnudo, todo transpirado...
- TRONCOSO: –Pare, comisario, que uno no es de fierro.
- BONIFACIO: –Bueno, no sé...
- ANDRADE: –Vaya nomás, Bonifacio, antes que me lo enamore al Troncoso.
- BONIFACIO: –Adios, Troncosita!

Bonifacio sale.

- ANDRADE: –Ponga otra hoja, Troncoso. Le voy a dictar la resolución. Yo, Marcos Andrade, comisario de la policía de Las Flores, digo: que la menor Dolores Carreño se a disparado por su gusto con su sedutor Bonifacio Estrella y que entre eyos se quieren, resuelbo largarlos al los dos, ya que viviendo juntos no an echo mal a naides pues ay que tener en cuenta que aunque sea casado, su mujer es inferma y no le sirve para nada.
- TRONCOSO: –Cortita como patada de chancho.
- ANDRADE: –Porque me parese que yo, que alguna ves fui potro, y qué potro! no tenemos derecho a estropear la felicidad de naides.
- TRONCOSO: –Pami que la vieja a echo denuncia por despecho nomas, dispue que el mosito la cambió por sus hijas
- ANDRADE: –Y por eso me parese que si los dejamos en libertá, se an de volver arreglar entre ellos otra ves. Es sierto que el a sido marido de

todas, pero si el ombre les daba de comer, no es justo que las tres comieran de sus costiyas y de arriba nomas. Total: que si lo metemo preso a él ellas se van a arreglar con el primer projimo que se arrime a pararles la oya.

TRONCOSO: —¿Y entonces?

ANDRADE: —Ante que anden cambiando de monta, me parese lo mejor dejar las cosas como están, asieyas siguen viviendo con Estrella no mas y el cuidando la decencia de las casas.

TRONCOSO: —Según se mire el abuso es mas de eyas que del él.

ANDRADE: —Ya no quedan buenos cristianos, Troncoso. Ya no quedan.

BONIFACIO: —¿Sabén cómo me decían a mí en Santa Fe? El cumplidor. Bonifacio Estrella, el cumplidor. Nunca un renuncio. Nunca lo pasado pisado. Cumplidor. Ni una deuda, ni un asunto pendiente. Nunca tuve reproches ni reclamos. Cumplidor. Asistí a la Rimualda hasta el final. Pobrecita. Y eso que daba pena en ese ocase, ese apagarse de a poco, ese deslizarse lentamente hacia la oscuridad. Pobrecita. Pero ahí estuvo Bonifacio para que no sufra sola. Ella con su dolor en el cuerpo y yo con mi dolor en el alma. Cumplidor. Y también le cumplí a la Angélica. Y eso que la vieja era jodida. Cosa de los sopapos de la vida, supongo. El de haberse quedado sola tantas veces. Pero yo le cumplí. Nunca le faltó el pan ni a ella ni a sus hijos. Palabra. Con la Micaela fue otra cosa. No fue un amorío. Fue una circunstancia. Una debilidad con consecuencias. Pero un hombre tiene que hacerse cargo de sus actos. Así que ahí estaba Bonifacio Estrella, el cumplidor, dispuesto a sostener todo el paquete. Bonifacio Estrella, el cumplidor. Me cansé. Y por eso me fugué con la Dolores. Tenía alas la Dolores. Parecía decirme: vení que te llevo. Alas de fuego por lo ardorosa. Alas capaces de quemar el aire. Así fue que me encegüecí y me dejé arrastrar hacia el olvido. Hasta que me fueron a buscar. Ahí me recordaron que era Bonifacio Estrella, el cumplidor, y volví. Dispuesto a lo que sea. Dispuesto a hacerle honor a un nombre. Porque un nombre nos recorre toda la vida. Y hay que sostenerlo. Sí, señor. Soy Bonifacio Estrella, el cumplidor.

Micaela y Dolores están en el patio de la casa.

MICAELA: –Te voy a dejar la cama grande y el ajuar.
 DOLORES: –Bueno. Pero al sagrado corazón te lo llevás. Voy a poner a Ceferino.
 MICAELA: –Yo tampoco lo quiero. Ahora le estoy rezando a la de Lourdes.
 Dicen que es efectiva. En una de esas el Bonifacio me vuelve.
 DOLORES: –¡Qué me vas a comparar una virgen extranjera con un santo local!
 Por distancia nomás pierde su efecto.
 MICAELA: –¡Ya vamos a ver! Si el hijo me la sacó, en una de esas, la madre me
 lo trae de vuelta.
 DOLORES: –¡Soñá nomás! ¡Pero al sagrado corazón me lo sacás!
 MICAELA: –¡Al sagrado corazón lo voy a mandar a la piccita del fondo! ¡Para
 que se arrepienta!

Entra Angélica.

ANGÉLICA: –¿Quién me está criticando al sagrado corazón?
 DOLORES: –Las dos.
 ANGÉLICA: –¿Ustedes se olvidan que gracias al sagrado corazón el Bonifacio
 entró en esta casa?
 MICAELA: –¡Sí! Y gracias al sagrado corazón nos dejó a las dos.
 DOLORES: – Tiene razón mamá.
 ANGÉLICA: –¡Porque no le rezabas como es debido! ¿Te crees que el sagrado
 corazón no se daba cuenta?
 MICAELA: –Yo ahora le rezo a la de Lourdes que tiene más milagros que tu
 sagrado corazón.
 ANGÉLICA: –¡Qué va a tener! ¡Qué va a tener! Además, la de Lourdes está
 lejísimo. ¿Cómo te va a hacer los milagros? ¿Por correspondencia?
 DOLORES: –¡Cada una es libre de rezarle a quien quiera! Yo le rezo a Ceferino
 que me trajo suerte.
 ANGÉLICA: –¿A ese indiecito roto? Y claro, le tenías que rezar a un renegado
 porque sos una renegada. ¡Te lo voy a tirar a la mierda!
 DOLORES: –¡No se atreva porque le revoleo el sagrado corazón!
 MICAELA: –Probemos un tiempo con la de Lourdes a ver qué pasa.
 ANGÉLICA: –¡Rajá vos con la de Lourdes!
 DOLORES: –¡A mí al Ceferino no me lo toca nadie!

Entra Bonifacio. Las mujeres se acallan.

BONIFACIO: —¿Qué pasa acá?
DOLORES: —Que decida el Bonifacio.
ANGÉLICA: —Si no queda más remedio...
MICAELA: —Y bueno... después de todo va a ser el padre de mi hijo
BONIFACIO: —¿Qué hay que decidir?
DOLORES: —¿Usted qué dice? ¿Le rezamos a la de Lourdes, al sagrado corazón o al Ceferino? Piénselo bien, Bonifacio.
BONIFACIO: —¡A ninguno! ¡En esta casa se le reza a San Expedito y se acabó!
¿Entendido?
ANGÉLICA: —Clarísimo.
MICAELA: —Si usted lo dice...
DOLORES: —Sí, Bonifacio.
BONIFACIO: —Así me gusta. Mansitas.

CANCIÓN FINAL

Que la Angélica Solores anda en pena
Por el maquinista Bonifacio Estrella
Que la atiende cuando llega la cosecha
Y también siembra a las nenas.
Que primero embarazó a la Micaela
Mientras la parca se lleva a la otra vieja
A la zonza de Dolores picotea
Pero el pan está en la mesa
Está escrito, es oficial
Y es denuncia policial.
Está escrito, es oficial
Y es denuncia policial.
Comisario que mantiene la decencia
el sargento disparando con sus letras
es difícil con familias como estas
tomar decisiones serias
Al Sagrado Corazón, Ceferino lo sacó
Santa Lourdes renunció, Expedito se quedó.
Está escrito, es oficial
Y es denuncia policial.

Está escrito, es oficial
Y es denuncia policial.
Está escrito, es oficial
Y es denuncia policial.
Está escrito, es oficial
Y es denuncia policial.

EPÍLOGO

Jueves Campana, viernes Zárate, sábado San Pedro. ¡Y siguen las fechas!
Mañana estaremos con ustedes, amigos de Lincoln. A las ocho en el Ateneo Cultural Máximo Calderón, nos encontraremos para disfrutar de esta velada teatral. ¡Vaya preparando las empanadas, doña Roberta!
Bazar y juguetería Ricardi. Pelotas grandes, pelotas chicas. ¡Qué pelotas tiene Ricardi! ¡Niños! ¡Llegaron los camioncitos de lata! ¡Igualitos a los de veras!
La semana que viene visitaremos Chacabuco. La Compañía Teatral “Los hermanos Bellini” se presenta en la Sociedad de Canto Casados con la Música, ex amantes de la Lírica. ¡Los esperamos, vecinos de Chacabuco!
Bombas, cañones. ¿Es una guerra? ¡No! Son de crema. Son de dulce de leche. Son las exquisiteces de panadería Balear. Sacramentos, bolas de fraile, para antes de la misa. Medias lunas para las soñadoras. Panadería Balear de Manolo e Ifraín Quinteros e Hijos.
¡Y llega La Denuncia a Ramallo! Sí, amigos, no se pierdan esta comedia reidera el domingo en la Sociedad Católica de Hombres a total beneficio del Hospital de Expósitos de Ramallo. ¡Colabore!
Mercería Santa Julia, enaguas, corsé. Tenemos lo último en corpiño armado. Talles especiales para la familia Giménez. Mercería Santa Julia, todo para el ajuar. ¡Doble función el sábado en San Nicolás! ¡Agotamos la primera función! A pedido del público La Denuncia se repetirá a las 22 horas en el Club Juventud Moderna. ¡Qué suceso! ¡Qué suceso!

FIN

ÍNDICE

- 3 **Prólogo**
- 9 **Tango Turco**
- 45 **Días de sol**
- 71 **El sueño de los zánganos**
- 101 **Piensa en mí**
- 115 **Camarines**
- 141 **La denuncia**

EDICIONES INTEATRO

Las ediciones pueden descargarse en formato PDF en el sitio del Instituto Nacional del Teatro (disponibilidad sujeta a la autorización de los autores).

COLECCIÓN EL PAÍS TEATRAL

De escénicas y partidas

De Alejandro Finzi

Teatro (Tomos I, II y III)

Obras completas de Alberto Adellach.

Prólogo: Esteban Creste (Tomo I), Rubens

Correa (Tomo II), Elio Gallipoli (Tomo III).

Teatro del actor

De Norman Briski

Prólogo: Eduardo Pavlovsky

Dramaturgia en banda

Incluye textos de Hernán Costa, Mariano Pensotti, Hernando Tejedor, Pablo Novak,

José Montero, Ariel Barchilón, Matías

Feldman y Fernanda García Lao.

Coordinación pedagógica: Mauricio Kartun

Prólogo: Palo Bontá

Antología breve del teatro para títeres

De Rafael Curci

Prólogo: Nora Lía Sormani

Teatro para jóvenes

De Patricia Zangaro

Antología teatral para niños y adolescentes

Incluye textos de Hugo Álvarez, María Inés Falconi, Los susodichos, Hugo Midón, María Rosa Pfeiffer, Lidia Grosso, Héctor Presa,

Silvina Reinaudi y Luis Tenewicki

Prólogo: Juan Garff

Becas de creación

Incluye textos de Mauricio Kartun,

Luis Cano y Jorge Accame

Diccionario de autores teatrales argentinos 1950-2000 (Tomo I y II)

De Perla Zayas de Lima

Hacia un teatro esencial

De Carlos María Alsina

Prólogo: Rosa Ávila

Teatro ausente

De Aristides Vargas

Prólogo: Elena Frances Herrero

Caja de resonancia y búsqueda de la propia escritura

De Rafael Monti

La carnicería argentina

Incluye textos de Carolina Balbi, Mariana Chaud, Ariel Farace, Laura Fernández, Santiago Governori, Julio Molina y Susana Villalba.

Coordinación: Luis Cano

Prólogo: Carlos Pacheco

Del teatro de humor al grotesco

De Carlos Pais

Prólogo: Roberto Cossa

Nueva dramaturgia argentina

Incluye textos de Gonzalo Marull, Ariel Dávila, Sacha Barrera Oro, Juan Carlos Carta, Ariel Sampaolesi, Martín Giner, Guillermo Santillán, Leonel Giacometto, Diego Ferrero y Daniel Sasovsky.

Dos escritoras y un mandato

De Susana Tampieri y María Elvira Maure de Segovia

Prólogo: Beatriz Salas

La valija

De Julio Mauricio

Prólogo: Lucía Laragione y Rafael Bruza

Coedición con Argentores

El gran deschave

De Armando Chulak y Sergio De Cecco

Prólogo: Lucía Laragione y Rafael Bruza.

Coedición con Argentores

Una libra de carne

De Agustín Cuzzani

Prólogo de Lucía Laragione y Rafael Bruza

Coedición con Argentores

Una de culpas

De Oscar Lesa

Coedición con Argentores

Desesperando

De Juan Carlos Moisés

Coedición con Argentores

Almas fatales, melodrama patrio

De Juan Hessel

Coedición con Argentores

Air Liquid

De Soledad González

Coedición con Argentores

Un amor en Chajari

De Alfredo Ramos

Coedición con Argentores

Un tal Pablo

De Marcelo Marán

Coedición con Argentores

Casanimal

De María Rosa Pfeiffer

Coedición con Argentores

Las obreras

De María Elena Sardi

Coedición con Argentores

Molino rojo

De Alejandro Finzi

Coedición con Argentores

El que quiere perpetuarse

De Jorge Ricci

Coedición con Argentores

Freak show

De Martín Giner

Coedición con Argentores

Trinidad

De Susana Pujol

Coedición con Argentores

Esa extraña forma de pasión

De Susana Torres Molina

Coedición con Argentores

Los talentos

De Agustín Mendilaharsu y Walter Jacob

Coedición con Argentores

Nada del amor me produce envidia

De Santiago Loza

Coedición con Argentores

Confluencias.

Dramaturgias serranas

Prólogo: Gabriela Borioli

El universo teatral de Fernando

Lorenzo. Los textos dramáticos y los espectáculos.

Compilación: Graciela González de Díaz

Araujo y Beatriz Salas

70/90. Crónicas dramáticas

Incluye textos de Eduardo Bertaina, Aldana

Cal, Laura Córdoba, Hernán Costa, Cecilia

Costa Vilar, Omar Fragapane, Carla Maliandi,

Melina Perelman, Eduardo Pérez Winter,

Rubén Pires, Bibiana Ricciardi, Rubén

Sabatini, Luis Tenewicki y Pato Vignolo

Doble raíz

De Leonardo Gologoboff

La canción del camino viejo

De Miguel Franchi, Santiago Dejesús y Severo

Callaci

Febrero adentro

De Vanina Coraza

Mujer armada hombre dormido

De Martín Flores Cárdenas

Museo Medea

De Guillermo Katz, María José Medina,

Guadalupe Valenzuela

¿Quiéná?

De Raúl Kreig

Quería taparla con algo

De Jorge Accame

Obras reunidas (2000-2014)

De Soledad González

Prólogos: Eduardo Del Estal y Alejandro Finzi

Moreira Delivery

De Pablo Felitti

Del nombre de los sentimientos

De Alberto Moreno

Yo estuve ahí. Textos dramáticos

De Luis cano

COLECCIÓN ESTUDIOS TEATRALES

Narradores y dramaturgos

Incluye conversaciones con Juan José Saer, Mauricio Kartun, Ricardo Piglia, Ricardo Monti, Andrés Rivera y Roberto Cossa

Las piedras jugosas. Aproximación al teatro de Paco Giménez

De José Luis Valenzuela

Prólogos: Jorge Dubatti y Cipriano Argüello Pitt

Dramaturgia y escuela 1

Antóloga: Gabriela Lerga

Pedagogas: Gabriela Lerga y Ester Trozzo

Prólogo: Graciela González de Díaz Araujo

Dramaturgia y escuela 2

Textos de Ester Trozzo, Sandra Vigianni, Luis Sampedro

Prólogo: Jorge Ricci y Mabel Manzotti

Didáctica del teatro 1

Coordinación: Ester Trozzo, Luis Sampedro

Colaboración: Sara Torres

Prólogo: Olga Medaura

Didáctica del teatro 2

Prólogo: Alejandra Boero

Manual de juegos y ejercicios teatrales

De Jorge Holovatuck y Débora Astrosky

Segunda edición corregida y actualizada

Prólogo: Raúl Serrano

Nueva dramaturgia latinoamericana

Incluye textos de Luis Cano, Gonzalo Marull (Argentina), Marcos Damaceno (Brasil), Lucía de la Maza (Chile), Víctor Viviescas (Colombia), Amado del Pino (Cuba), Ángel Norzagaray (México), Jaime Nieto (Perú), Sergio Blanco (Uruguay)

Compilación y prólogo: Carlos Pacheco

La Luz en el teatro.

Manual de iluminación

De Eli Sirlin

Laboratorio de producción teatral 1.

Técnicas de gestión y producción aplicadas a proyectos alternativos

De Gustavo Schraier

Prólogo: Alejandro Tantanián

El teatro con recetas

De María Rosa Finchelmann

Prólogo: Mabel Brizuela

Presentación: Jorge Arán

Teatro de identidad popular en los géneros sainete rural, circo criollo y radioteatro argentino

De Manuel Maccarini

Por una crítica deseante.

De quién/para quién/qué/cómo

De Federico Irazábal

Saulo Benavente.

Ensayo biográfico

De Cora Roca

Prólogo: Carlos Gorostiza

Las múltiples caras del actor

De Cristina Moreira

Palabras de bienvenida: Ricardo Monti

Presentación: Alejandro Cruz

Testimonio: Claudio Gallardou

Técnica vocal del actor

De Carlos Demartino

Hacia una didáctica del teatro con adultos referentes y fundamentos

De Luis Sampetro

El teatro, el cuerpo y el ritual

De María del Carmen Sánchez

Tincunacu. Teatralidad y celebración popular en el noroeste argentino

De Cecilia Hopkins

La risa de las piedras

De José Luis Valenzuela

Prólogo: Guillermo Heras

Dramaturgos argentinos en el exterior

Incluye textos de Juan Diego Botto, César Brié, Cristina Castrillo, Susana Cook, Rodrigo García, Ilo Krugli, Luis Thenón, Aristides Vargas, Bárbara Visnevetzky.

Compilación: Ana Seoane

Antología de teatro latinoamericano. 1950-2007 (Tomos I, II, III)

De Lola Proaño Gómez y Gustavo Geirola

El universo mítico de los argentinos en escena (Tomos I, II)

De Perla Zayas de Lima

Piedras de agua. Cuaderno de una actriz del Odin Teatret

De Julia Varley

El teatro para niños y sus paradojas. Reflexiones desde la platea

De Ruth Mehl

Prólogo: Susana Freire

Rebeldes exquisitos. Conversaciones con Alberto Ure, Griselda Gambaro y Cristina Banegas

De José Tcherkaski

Ponete el antifaz (escritos, dichos y entrevistas)

De Alberto Ure

Compilación: Cristina Banegas

Selección y edición: Alejandro Cruz y Carlos Pacheco

Teatro de vecinos. De la comunidad para la comunidad

De Edith Scher

Prólogo: Ricardo Talento

Cuerpos con sombra. Acerca de entrenamiento corporal del actor

De Gabriela Pérez Cuba

Jorge Lavelli. De los años 70 a los años de la Colina. Un recorrido con libertad

De Alain Satgé

Traducción: Raquel Weskler

Saulo Benavente.

Escritos sobre escenografía

Compilación: Cora Roca

Una fábrica de juegos y ejercicios teatrales

De Jorge Holovatuck A.

Prólogo: Raúl Serrano

Circo en Buenos Aires. Cultura, jóvenes y políticas en disputa

De Julieta Infantino

La comedia dell'arte, un teatro de artesanos.

Guiños y guiones para el actor

De Cristina Moreira

El director teatral ¿es o se hace?

Procedimientos para la puesta en escena

De Víctor Arrojo

Teatro de objetos.

Manual dramaturgico

De Ana Alvarado

Textos dramáticos para teatro de objetos

Mariana Gianella, Fernando Ávila y Francisco Grassi

Técnicas de clown.

Una propuesta emancipadora

De Cristina Moreira

Concurso de ensayos sobre teatro.

Celcit- 40 años

Incluye textos de Alfonso Nilson Barbosa de Sousa, José Emilio Bencosme Zayas, Julio Fernández Pelaéz, Roberto Perinelli, Ezequiel Gusmeroti, Lina Morales Chacana, Loreto Cruzat, Isidro Rodríguez Silva

La música en el teatro y otros temas

De Carmen Baliero

Manual de análisis de escritura dramática. Teatro, radio, cine, televisión y nuevos medios electrónicos

De Alejandro Robino

Exorcizar la historia. El teatro argentino bajo la dictadura

De Jean Graham-Jones

Leer a Brecht

De Hans-Thies Lehmann

COLECCIÓN HOMENAJE AL TEATRO ARGENTINO

El teatro, ¡qué pasión!

De Pedro Asquini

Prólogo: Eduardo Pavlovsky

Teatro, títeres y pantomima

De Sarah Bianchi

Prólogo: Ruth Mehl

Saulo Benavente. Ensayo biográfico

De Cora Roca

Prólogo: Carlos Gorostiza

Títeres para niños y adultos

De Luis Alberto Sánchez Vera

Memorias de un titiritero

latinoamericano

De Eduardo Di Mauro

Gracias corazones amigos.

La deslumbrante vida de

Juan Carlos Chiappe

De Adriana Vega y Guillermo Luis Chiappe

Los muros y las puertas en el teatro de

Víctor García

De Juan Carlos Malcum

Prólogo: Carlos Pacheco

El pensamiento vivo de Oscar Fessler.

Tomo 1: el juego teatral en la educación

De Juan Tríbulo

Prólogo: Carlos Catalano

El pensamiento vivo de Oscar

Fessler. Tomo 2: clases para actores y directores

De Juan Tríbulo

Prólogo: Víctor Bruno

Oswaldo Dragún. La huella inquieta – testimonios, cartas, obras inéditas

De Adys González de la Rosa y Juan José

Santillán

COLECCIÓN HISTORIA TEATRAL

Personalidades, personajes y temas del teatro argentino (Tomos I y II)

De Luis Ordaz

Prólogo: Jorge Dubatti y Ernesto Schoo (Tomo I), José María Paolantonio (Tomo II)

Historia de la actividad teatral en la provincia de Corrientes

De Marcelo Daniel Fernández

Prólogo: Ángel Quintela

40 años de teatro salteño (1936-1976). Antología

Selección y estudios críticos: Marcela Beatriz

Sosa y Graciela Balestrino

Historia del teatro en el Río de la Plata

De Luis Ordaz

Prólogo: Jorge Lafforgue

La revista porteña. Teatro efímero entre dos revoluciones (1890-1930)

De Gonzalo Demaría

Prólogo: Enrique Pinti

Historia del Teatro Nacional Cervantes 1921-2010

De Beatriz Seibel

Apuntes sobre la historia del teatro occidental - Tomos I y II

De Roberto Perinelli

Un teatro de obreros para obreros. Jugarse la vida en escena

De Carlos Fos

Prólogo: Lorena Verzero

Antología de obras de teatro argentino desde sus orígenes a la actualidad.

Tomo I (1800- 1814)

Sainetes urbanos y gauchescos

Selección y Prólogo: Beatriz Seibel

Presentación: Raúl Brambilla

Antología de obras de teatro argentino desde sus orígenes a la actualidad.

Tomo II (1814-1824)

Obras de la Independencia

Selección y prólogo: Beatriz Seibel

Antología de obras de teatro argentino desde sus orígenes a la actualidad.

Tomo III (1839-1842)

Obras de la Confederación y emigrados

Selección y prólogo: Beatriz Seibel

Antología de obras de teatro argentino desde sus orígenes a la actualidad.

Tomo IV (1860-1877)

Obras de la Organización Nacional

Selección y prólogo: Beatriz Seibel

Antología de obras de teatro argentino desde sus orígenes a la actualidad.

Tomo V (1885-1899)

Obras de la Nación Moderna

Selección y prólogo: Beatriz Seibel

Antología de obras de teatro argentino desde sus orígenes a la actualidad.

Tomo VI (1902-1908)

Obras del Siglo XX -1ra. década- I

Selección y prólogo: Beatriz Seibel

Antología de obras de teatro argentino desde sus orígenes a la actualidad.

Tomo VII (1902-1910)

Obras del Siglo XX -1ra. década- II

Selección y prólogo: Beatriz Seibel

Antología de obras de teatro argentino desde sus orígenes a la actualidad.

Tomo VIII (1902-1910)

Obras del Siglo XX -1ra. década- III

Selección y prólogo: Beatriz Seibel

Antología de obras de teatro argentino desde sus orígenes a la actualidad.

Tomo IX (1911-1920)

Obras del Siglo XX -2da. década- I

Selección y prólogo: Beatriz Seibel

Antología de obras de teatro argentino desde sus orígenes a la actualidad.

Tomo X (1911-1920)

Obras del Siglo XX -2da. década- II

Selección y prólogo: Beatriz Seibel

Antología de obras de teatro argentino desde sus orígenes a la actualidad.

Tomo XI (1913-1916)

Obras del Siglo XX -2da. década- III

Selección y prólogo: Beatriz Seibel

Antología de obras de teatro argentino desde sus orígenes a la actualidad.

Tomo XII (1922-1929)

Obras del Siglo XX -3ra. década- I (sainetes y revistas)

Selección y prólogo: Beatriz Seibel

Antología de obras de teatro argentino desde sus orígenes a la actualidad

Tomo XIII (1921-1927).

Obras del Siglo XX -3ra. década- II (historias de ayer y de hoy)

Selección y prólogo: Beatriz Seibel

Antología de obras de teatro argentino desde sus orígenes a la actualidad

Tomo XIV (1921-1930).

Obras del Siglo XX -3ra. década- III (comedias)

Selección y prólogo: Beatriz Seibel

Iberescena 10 años. Fondo de ayudas para las Artes Escénicas

Iberoamericanas 2007-2017

Compilador: Carlos Pacheco

Prólogos de Marielos Fonseca Pacheco y

Marcelo Allasino.

Apuntes sobre la historia del teatro occidental - Tomos III y IV

De Roberto Perinelli

COLECCIÓN PREMIOS

Obras Breves

Obras ganadoras del 4° Concurso Nacional de Obras de Teatro

Incluye textos de Viviana Holz, Beatriz Mosquera, Eduardo Rivetto, Ariel Barchilón, Lauro Campos, Carlos Carrique, Santiago Serrano, Mario Costello, Patricia Suárez, Susana Torres Molina, Jorge Rafael Otegui y Ricardo Thierry Calderón de la Barca.

Siete autores (la nueva generación)

Obras ganadoras del 5° Concurso Nacional de Obras de Teatro

Incluye textos de Maximiliano de la Puente, Alberto Rojas Apel, María Laura Fernández, Andrés Binetti, Agustín Martínez, Leonel Giacometto, Santiago Governori
Prólogo: María de los Ángeles González

Teatro/6

Obras ganadoras del 6° Concurso Nacional de Obras de Teatro

Incluye textos de Karina Androvich, Patricia Suárez, Luisa Peluffo, Lucía Laragione, Julio Molina, Marcelo Pitrola

Teatro/7

Obras ganadoras del 7° Concurso

Nacional de Obras de Teatro

Incluye textos de Agustina Muñoz, Luis Cano, Silvina López Medín, Agustina Gatto, Horacio Roca, Roxana Aramburú

Teatro/9

Obras ganadoras del 9° Concurso

Nacional de Obras de Teatro

Incluye textos de Patricia Suárez, y María Rosa Pfeiffer, Agustina Gatto, Joaquín Bonet, Christian Godoy, Andrés Rapoport, Amalia Montaña

Teatro/10

Obras ganadoras del 10° Concurso

Nacional de Obras de Teatro

Incluye textos de Mariano Cossa y Gabriel Pasquini, Enrique Papatino, Lauro Campos, Sebastián Pons, Gustavo Monteros, Erica Halvorsen, Andrés Rapoport

Concurso Nacional de Obras de Teatro para el Bicentenario

Incluye textos de Jorge Huertas, Stela Camilletti, Guillermo Fernández, Eva Halac, José Montero, Cristian Palacios

Concurso Nacional de Ensayos Teatrales.

Alfredo de la Guardia - 2010

Incluye textos de María Natacha Koss, Gabriel Fernández Chapo, Alicia Aisemberg

Teatro/11

Obras ganadoras del 11° Concurso

Nacional de Obras de Teatro Infantil

Incluye textos de Cristian Palacios, Silvia Beatriz Labrador, Daniel Zaballa, Cecilia Martín y Mónica Arrech, Roxana Aramburú, Gricelda Rinaldi

Concurso Nacional de Ensayos Teatrales.

Alfredo de la Guardia - 2011

Incluye textos de Irene Villagra, Eduardo Del Estal, Manuel Maccarini

Teatro/12

Obras ganadoras del 12° Concurso

Nacional de Obras de Teatro

Incluye textos de Oscar Navarro Correa, Alejandro Ocón, Ariel Barchilón, Valeria Medina, Andrés Binetti, Mariano Saba, Ariel Dávila

Teatro/13

Obras ganadoras del 13° Concurso

Nacional de Obras de Teatro

-dramaturgia regional-

Incluye textos de Laura Gutman, Ignacio Apolo, Florencia Aroldi, María Rosa Pfeiffer, Fabián Canale, Juan Castro Olivera, Alberto Moreno, Raúl Novau, Aníbal Fiedrich, Pablo Longo, Juan Cruz Sarmiento, Aníbal Albornoz, Antonio Romero

Teatro/14

Obras ganadoras del 14° Concurso

Nacional de Obras de Teatro

-30 años de Malvinas-

Incluye textos de Mariano Nicolás Saba, Carlos Aníbal Balmaceda, Fabián Miguel Díaz, Andrés Binetti

Teatro/18

Obras ganadoras del 18° Concurso

Nacional de Obras de Teatro

Incluye textos de Mariano Tenconi Blanco, Fabián Miguel Díaz, Leonel Giacometto, Andrés Gallina, Aliana Álvarez Pacheco y Sebastián Suñé

Teatro/15

Obras ganadoras del 15° Concurso

Nacional de Obras de Teatro

Incluye textos de Laura Córdoba, María Sol Rodríguez Seoane, Giuliana Kiersz, Manuel Migani, Santiago Loza, Ana Laura Izurieta

Teatro/16

Obras ganadoras del 16° Concurso

Nacional de Obras de Teatro

-dramaturgia regional-

Incluye textos de Omar Lopardo, Mariela Alejandra Domínguez Houlli, Sandra Franzen, Mauricio Martín Funes, Héctor Trotta, Luis Serradori, Mario Costello, Alejandro Boim, Luis Quinteros, Carlos Guillermo Correa, Fernando Pasarín, María Elvira Guitart

Teatro/17

Obras ganadoras del 17° Concurso

Nacional de Obras de Teatro

Incluye textos de Ricardo Ryser, Juan Francisco Dasso, José Moset, Luis Ignacio Serradori, Víctor Fernández Esteban, Jesús de Paz y Alejandro Finzi

Seis comedias serias

Este ejemplar se terminó de imprimir en Grupo Unión

Carlos Calvo 675 / CABA – Argentina.

Enero de 2019 – Primera edición: 2.500 ejemplares